

A romantic scene featuring a man and a woman in Victorian-era clothing. The man, on the left, has dark, wavy hair and is wearing a dark suit with a white cravat. The woman, on the right, has long, flowing blonde hair and is wearing a white lace dress. They are standing in a soft, hazy landscape. The title 'EL LIENZO DE TUS SUEÑOS' is written in a large, elegant, reddish-brown serif font across the middle of the image.

EL LIENZO DE TUS SUEÑOS

MIRANDA KELLAWAY

A large, ornate Victorian house with multiple gables, many windows, and a prominent entrance. The house is surrounded by lush greenery, including trees and manicured lawns. The scene is bathed in the warm, golden light of a setting or rising sun, creating a romantic and nostalgic atmosphere.

Selecta 

El lienzo de tus sueños

Miranda Kellaway

Selecta

*Para Ian. Orgullosa de caminar a tu lado
mientras te conviertes en el hombre que siempre supe que serías*

Capítulo 1

Vilbruck, Alemania, junio de 1905

Los rayos del sol se filtraban tímidamente a través de las vidrieras de colores, creando un mosaico de luz alegre y vivaz en la mesa del comedor. Katja Bramwell, ataviada con un austero vestido negro con el que aún guardaba luto por su difunto esposo, se sentó frente a su hija Rosalind, quien sorbía entusiasmada su chocolate caliente.

Un golpe en la puerta principal resonó en la modesta vivienda. Katja se levantó y fue a abrir, topándose con su progenitor, August Bauer, un hombre fornido de mirada penetrante y barba tupida.

—Buenos días, hija —saludó con voz grave—. He venido a desayunar con vosotras.

Katja lo recibió con una sonrisa tensa.

—Buenos días, padre. Pasa, por favor.

Acomodado en la cabecera de la mesa y tomando posesión del lugar que perteneció a su yerno como cabeza de familia, el señor Bauer devoraba sus tostadas y conversaba con Rosalind sobre sus clases de piano. Katja observaba en silencio, sus dedos jugueteaban distraídos con el borde del mantel, mientras sus oídos seguían

atentamente cada intervención del patriarca. A pesar de la tranquilidad aparente, una tensión apenas perceptible flotaba en la estancia, como si las palabras no dichas pesaran más que las que se pronunciaban.

—Tu esposo era un buen hombre —comentó August de repente, cambiando de tema—. Se te ha ido demasiado pronto.

Katja tragó saliva con dificultad.

—Sí —respondió, tratando de disimular su voz temblorosa—. Lo echo mucho de menos.

Un velo de recuerdos nefastos nubló su intelecto. Su matrimonio con el sexagenario Thomas Bramwell había sido un tormento. Un enlace forzado por las convenciones sociales, sin amor ni respeto. Thomas era un hombre frío y dominante que la humillaba y sometía a toda clase de vejaciones y malos tratos.

La mente atribulada de Katja se hundió en aquellas memorias amargas, y la imagen de Thomas, vestido con un impoluto traje a medida y su inseparable bastón, se materializó ante sus ojos. Su rostro, serio y apático, reflejaba una arrogancia que la helaba hasta la médula.

Rememoró cómo lo había conocido. Ella, una joven ingenua de veintiún años, llena de sueños y anhelos. Él, un empresario adinerado, tres décadas mayor, con la mirada calculadora y el corazón yermo. Se encontraron en un baile de la alta sociedad, y Thomas quedó prendado de su belleza, su espeso cabello rubio y sus grandes ojos aguamarina.

Bramwell le pidió matrimonio dos semanas después, en una carta lacónica y formal. August, ansioso por asegurar el porvenir de su hija, aceptó de inmediato. Katja no tuvo voz ni voto en la decisión, y su destino se selló con un simple «sí» que la condenaría a una vida de dolor y sufrimiento.

La boda se celebró a los tres meses, una ceremonia fastuosa y carente de sentimientos. Katja, vestida de blanco, herencia de la moda que la reina Victoria de Inglaterra impuso prácticamente en toda Europa cuando se casó con el príncipe Alberto de Sajonia, se sentía como un cordero camino al sacrificio. Su alma se llenó de tristeza y presagios funestos mientras pronunciaba los votos matrimoniales.

La luna de miel fue un espejismo de felicidad en su recorrido por la costa italiana, y apenas unos días después de llegar a Gran Bretaña, la verdadera naturaleza de Thomas se reveló. Era un hombre sádico y despótico que la degradaba y sometía a su voluntad sin un ápice de compasión. La convirtió en un mero objeto decorativo, sin derecho a la opinión ni a la libertad.

Un año más tarde nació Rosalind, fruto de su unión, en un parto difícil que casi le cuesta la vida. La joven se aferró a la pequeña como a un clavo ardiendo, la única razón para seguir adelante en medio del infierno en el que vivía.

Una lágrima humedeció la mejilla de Katja mientras evocaba aquellos ocho años de angustia. Su cuerpo aún conservaba las marcas de las palizas, las cicatrices físicas y emocionales de una existencia robada. Pero ahora era libre. Thomas estaba muerto y enterrado; había sucumbido a una hepatitis producto de su debilidad por la bebida, el endemoniado vicio que le había dado el valor que necesitaba para dejar salir al monstruo que llevaba dentro.

Miró a Rosalind, que se limpió los labios de los restos del chocolate, y dijo:

—Cariño, ¿te apetece jugar fuera? Hace una mañana preciosa.

—Le estaba explicando al abuelo cómo me va en las clases con *fräulein* Schneider —respondió la chiquilla—. Ya consigo tocar el *Ännchen von Tharau* sin equivocarme.

—Eso es estupendo, Rosie —terció el señor Bauer—. Pero tu madre y yo tenemos que hablar sobre un asunto muy aburrido para ti. Además, aún no has estrenado el caballito de madera que te regalé. ¿Te parece bien ir adelantándote tú?

Rosalind desvió la mirada hacia su madre, quien asintió con la cabeza.

—Puedes terminarte el bollito en el jardín.

La niña se levantó de un salto, agitando los tirabuzones de su brillante melena dorada.

—¡Pero no les des de comer a los pájaros! —exclamó Katja, viéndola trotar en dirección a los parterres traseros de la vivienda.

—Esta muchachita posee la energía de un ejército entero —bromeó el anciano—. Me recuerda a ti cuando eras pequeña.

Katja se giró hacia él. August no era inclinado a mostrar demasiado afecto a sus seres queridos, y además era un pésimo comunicador de sentimientos, un defecto que afectaba a casi todos los Bauer por igual, excepto a su tía Katja Rose (de la que heredó el nombre de pila), una mujer afable y cariñosa que la trataba como a la hija que nunca tuvo.

Una mueca triste se dibujó en sus labios. Katja Rose había fallecido el invierno anterior a causa de una gripe, y Thomas ni siquiera le había permitido asistir al sepelio. La casa en la que residió con su marido en Birmingham era su cárcel, el epicentro de su martirio. Tenía prohibido poner un pie en la calle sin su permiso y toda su correspondencia era vigilada por Bramwell y su horrendo mayordomo, motivo principal por el que jamás había alertado a su familia de su situación. Solo Katja Rose estaba al tanto de la verdad, y le rompía el alma saber que no volvería a verla, ni a abrazarla ni a escuchar su voz dulce y melodiosa.

—Thomas decía que Rosalind es como una copia mía diminuta —

declaró la joven dama, alisándose la tela de su falda de seda bruna —. No es que le hiciera especial ilusión que nos pareciéramos tanto...

—¿Hubiera preferido que se asemejara a él? ¿Una niña con esos rasgos? Siento gran estima por mi querido yerno, que en paz descanse, pero no es que fuera muy agraciado que digamos.

Katja reprimió una risita. Su cónyuge era dos años mayor que August, y carecía por completo del atractivo ligado a la apostura de los caballeros que arrancaban suspiros a las señoritas casaderas.

—La sangre alemana de los Bauer prevaleció sobre la suya —confesó ella—. Y un inglés no soporta que las características de su raza sean anuladas por las de un país rival.

—Por el amor del cielo, Katja, si nunca hemos sido enemigos de Gran Bretaña —aleccionó Bauer—. Nuestro propio káiser, Wilhelm II, es nieto de la reina Victoria. Además, la vieja monarca tiene a sus descendientes repartidos por todo el continente. Por algo la llaman *la abuela de Europa*.

—Totalmente cierto —ratificó su interlocutora—. Pero supongo que no habrás venido a darme una clase de historia contemporánea ni a hablar de la pureza de nuestro linaje, ¿verdad?

August escudriñó a su hija con una mirada reflexiva. Ambos sabían a qué se debía su visita, e intentar disimular no serviría de nada. Se tomó el resto de su café con leche y enunció:

—Querida, he estado revisando las cuentas de Thomas. Me temo que las deudas son más de lo que imaginábamos.

—No me sorprende. He estado barajando posibles soluciones, y... hay algunos acreedores en Inglaterra que exigen el pago inmediato. No sé cómo voy a hacerles frente.

—He escrito a conocidos míos en Londres. Tal vez puedan ayudarnos a encontrar un comprador para su propiedad en Yorkshire

—opinó él—. En cuanto a la renta mensual que abonas por esta casa...

—Estamos al día.

—Podéis mudaros conmigo y con tu madre.

—No será necesario, no te preocupes.

August asintió. Desde los esponsales de Katja, esta no era la misma. Su carácter se había vuelto taciturno y derrengado. Estaba claro que su hija habría preferido unirse a un hombre más joven y basar su relación en el afecto; sin embargo, consolidar el acuerdo comercial con Bramwell requería entregarle también a la muchacha. Era una cláusula no negociable del contrato firmado entre ambos para que Thomas inyectara liquidez en la fábrica de zapatos de los Bauer. El muy zorro, además de quedarse con la parte de la fortuna que le correspondía como socio, también quería hacerse con el control del dinero que Katja percibiría, y quién sabe, dirigir él mismo la fábrica si August llegara a faltar. Pero el tiro le salió por la culata, ya que este partió a la otra dimensión antes que su suegro, y Bauer no pudo hacer más que suspirar de alivio, a pesar del aprecio que le tenía. Por lo menos no perdería el patrimonio por el que tanto había luchado y por el que habría vendido su alma al mismísimo diablo.

—Por cierto, Hoffmann, el abogado de la familia, quiere hablar contigo —informó el hombre—. Dice que es referente a mi hermana y algo que le confió para ti antes de morir.

—¿Tía Katja Rose?

—Sí.

—Me pondré en contacto con él de inmediato. ¿Qué querrá de mí?

August dejó su servilleta sobre el mantel y respondió:

—No lo sé, pero creo que era importante. Cuenta con mi apoyo si necesitas cualquier clase de asesoramiento, ¿de acuerdo?

Katja se apartó de la mesa y se dirigió a la ventana, desde donde contempló las correrías de Rosalind y el paisaje veraniego, con su verde fulgente y sus abetos frondosos que parecían reflejar un estado de ánimo que se moría por recuperar. Debía afrontar las deudas de Thomas, resolver el misterio del mensaje de su tía y reconstruir su vida rota. La ardua tarea apenas comenzaba, y nada mejor que un almuerzo en su chocolatería favorita y en compañía de su amiga Annette para infundirle el valor que le faltaba.

—Hablaré con Hoffmann mañana —declaró, corriendo de nuevo las cortinas y encarando a su progenitor—. ¿Tienes prisa por marcharte?

—En realidad no.

Katja esbozó una sonrisa sincera.

—Entonces no tardemos, que Rosie nos espera.

La ciudad portuaria de Bremen se despertó al alba lentamente, envuelta en una tenue neblina que suavizaba los contornos de los edificios y silenciaba momentáneamente el bullicio cotidiano. El humo grisáceo de las chimeneas industriales se elevaba en altas columnas hacia el cielo, fusionándose con el aire fresco y húmedo que traía el cercano mar del Norte. El traqueteo de los carruajes resonaba a lo largo de las estrechas vías empedradas, mientras los primeros transeúntes comenzaban a aparecer entre los callejones.

Katja siempre había amado aquella urbe tan idílica, mezcla de tradición y progreso, cuna orgullosa de uno de los cuentos más famosos de los hermanos Grimm, cuyos relatos aún parecían susurrarle desde cada rincón y casa señorial. Los mercados, con sus puestos coloridos y abarrotados, hervían de actividad, rebosantes de

frutas frescas, especias aromáticas, tejidos finos y artesanías diversas. Los comerciantes ofrecían sus productos con entusiasmo, desplegando desde la última moda en sombreros hasta cerámicas pintadas a mano, mientras los obreros trabajaban con dedicación en sus talleres de madera, vidrio y metal, moldeando pacientemente objetos que parecían tener alma propia.

Sohlenkunst, la fábrica de calzado de los Bauer, estaba ubicada a las afueras de la metrópoli, un edificio robusto de grandes ventanales a través de los cuales emanaban los efluvios característicos del cuero y el aceite. Allí, entre el eco constante de martillos y máquinas, se forjaba el sustento de muchas familias, incluido el futuro de Katja. Su infancia había transcurrido felizmente entre el vibrante barullo de aquel gigante de ladrillos rojizos y la tranquila serenidad de la mansión familiar, situada en el pintoresco pueblo de Vilbruck, donde los prados verdes y los bosques frondosos ofrecían un refugio perfecto para su desbordante imaginación.

Tras media hora de trayecto, el faetón que transportaba a Katja rumbo a las oficinas del letrado Isidor Hoffmann avanzó por el viejo puente que enlazaba ambas riberas del río Weser. Al llegar al extremo opuesto, el carruaje se detuvo con un leve vaivén. La joven exhaló un suspiro prolongado, una combinación de cansancio y expectación, y miró por la ventanilla. Ante sus ojos emergía una imponente construcción de fachada sobria, de aspecto sólido y severo, con altas ventanas de guillotina y un portalón rematado en hierro forjado. En ese mismo instante, vio salir por la puerta principal al propio Hoffmann, que acudía a recibirla con paso resuelto.

—¡Señora Bramwell! —saludó.

Ella descendió auxiliada por el cochero, quien le ofreció la mano para que no tropezara con el peldaño. Su corazón latía impetuoso,

presa de una inquietud difícil de sofocar. Aquella citación inesperada del abogado la había tenido en vilo desde que la recibió.

—*Herr* Hoffmann —respondió con un leve asentimiento de cabeza—. Buenos días.

El asesor, hombre de mediana edad, de rostro anguloso y mirada aguda, esbozó una sonrisa cordial. Su porte, aunque reservado, transmitía confianza; la perilla meticulosamente recortada acentuaba unas facciones amables y serenas. Sin dilación, la invitó a entrar en su despacho, una oficina amplia y luminosa, adornada con mobiliario de madera de nogal: un escritorio pulido, butacas de terciopelo, alfombras orientales y estanterías macizas atestadas de volúmenes encuadernados en piel.

—Le agradezco que haya respondido con tanta presteza —dijo el abogado, tomando asiento frente a ella—. Me informaron hace poco que ha regresado de Inglaterra y que se ha instalado en el pueblo donde pasó su niñez. Permítame expresarle mis condolencias por su reciente viudez, aunque lleguen con algo de retraso.

—Gracias. Debo confesar que estoy deseando saber cuál es el motivo de esta reunión.

El caballero carraspeó levemente, se inclinó sobre su buró y tomó un fajo de documentos sujetos con un cordel.

—Verá..., su tía me confió esta carpeta poco antes de su deceso, con la estricta instrucción de entregársela únicamente si su esposo, el señor Bramwell, fallecía antes que usted.

Katja frunció el ceño, perpleja.

—¿Cómo dice?

—Fueron sus últimas disposiciones —aclaró Isidor con tono grave.

Le tendió el portafolios de cartón pardo, y ella lo tomó, temerosa de descubrir lo que ocultaba su interior.

—¿Qué contienen estos papeles? —preguntó cautelosa.

—Léalos usted misma. Le aseguro que son de suma relevancia para su porvenir.

Katja desató el cordel y desplegó su contenido: cartas de su tía, anotaciones dispersas y un testamento manuscrito, debidamente validado ante notario. La lectura fue lenta, pesada, y a cada línea su desconcierto crecía, hasta que de pronto, un pasaje concreto la dejó sin aliento. Sintió que el estómago se le encogía, como si el aire en la estancia hubiese escaseado de repente.

—¿Qué significa esto? —murmuró, incrédula—. ¿Una... herencia? Hoffmann asintió.

—Así es. Su tía le lega todos sus bienes.

—¿Me cede sus posesiones? —insistió ella, boquiabierta.

—Correcto —corroboró el abogado—. Mientras estuvo usted casada, su esposo habría tenido pleno acceso a la fortuna y pertenencias que la señorita Bauer poseía. Y ella no deseaba bajo ningún concepto que el señor Thomas Bramwell se beneficiara de su patrimonio. Por eso estipuló esta condición. —Hizo una breve pausa—. Sunny Hütte, la finca y los terrenos, además de quince mil marcos y algunas joyas de valor considerable, pasan ahora a ser de su propiedad.

Katja, estupefacta, se llevó una mano trémula a los labios. Aquel inesperado legado representaba mucho más que simples bienes materiales: podría liquidar gran parte de las deudas contraídas por Thomas en vida. Si además conseguía vender la casa de Birmingham, saldaría definitivamente sus cuentas con los acreedores y tendría la oportunidad de comenzar de nuevo. Con lo que restara, podría emprender un negocio propio, quizá abrir una pequeña tienda, o bien depositar el capital en un banco y vivir de los intereses. También contemplaba la posibilidad de buscar un empleo

estable en alguna fábrica de la región, lejos de los fantasmas del pasado.

Por primera vez en meses, un atisbo de esperanza se asomó en su mirada.

—En nombre de su tía, tengo el placer de entregarle esto —dijo él, extendiéndole un manojo de llaves—. La casa, junto con todo lo que alberga en su interior, la aguarda para convertirse en su nuevo hogar. Le deseo una vida larga y feliz entre sus muros.

Katja depositó las llaves en su regazo, sintiendo cómo un torrente de emociones la arrollaba sin darle tiempo a reaccionar: euforia, nostalgia y una cierta aprensión. Aquella casa, que había sido el refugio y santuario de su tía durante tantos años, ahora pasaba a ser suya. Un espacio impregnado de recuerdos que intuía que estaba a punto de cambiarle la vida.

—Gracias, *herr* Hoffmann —respondió, agradecida—. Aún no alcanzo a comprender el motivo de este giro tan inesperado, pero...

—Katja Rose siempre fue una mujer generosa y sabia —opinó el letrado con una sonrisa benévola—. No busque otra explicación. Ahora, si no le importa, necesito que firme algunos documentos para formalizar todo —añadió mientras sacaba de un maletín unos papeles que colocó sobre el escritorio—. No le tomará mucho tiempo.

Todavía conmovida por la magnitud de la sorpresa, Katja obedeció y trazó varias rúbricas en los lugares indicados por Isidor, mientras su mente ya empezaba a imaginarse cómo sería vivir en aquella antigua residencia. Había quedado con Annette para tomar un tentempié en el barrio medieval de Schnoor, y no podía esperar para compartir con su amiga aquella noticia que estaba destinada a modificar para siempre el rumbo de su existencia.

Las angostas calles adoquinadas del encantador barrio de Schnoor serpenteaban entre casas de entramado de madera, cuyas fachadas lucían engalanadas con macetas rebosantes de flores de vivos y desbordantes colores. El fragante olor del pan recién horneado se entrelazaba con la brisa salobre que ascendía desde el cercano río Weser, incitando a los transeúntes a detenerse y disfrutar de las delicias locales, mientras el sol de la mañana arrojaba un cálido resplandor dorado sobre el vecindario histórico. Un murmullo constante de risas y conversaciones distendidas saturaba el ambiente de una grata sensación de cercanía entre sus habitantes.

Sentada en una de las mesas de süßer Genuss, una chocolatería fundada en el siglo XVIII por una familia belga, Katja esperaba a la que, desde la más tierna infancia, había considerado como una *hermana de distinta madre*. El hecho de que ambas fueran hijas únicas había contribuido a que se formara entre ellas un lazo afectivo indestructible con el paso de los años, y Katja se sentía un alma afortunada por haber hallado en la señorita Müller una compañera con la que compartir todos y cada uno de sus anhelos y secretos.

Cuando Annette apareció, su rostro se iluminó con una sonrisa que rivalizaba con el esplendor de la flora repartida por la vía pública de Schnoor, y Katja se levantó para recibirla. Annette la besó en la mejilla y se sentó frente a ella, mientras aguardaban que un camarero se aproximara y les tomara nota.

—Todavía me cuesta creer que hayas vuelto a Vilbruck —comentó la señorita Müller—. ¡Te he echado tanto de menos! Supongo que ese monstruo que tenías por marido no te dejaba ni a sol ni a sombra, y escondía todas las esuelas en las que yo figuraba

como remitente.

—No imaginas lo que significaron para mí tus palabras de aliento, has sido mi salvación en estos tiempos oscuros —respondió Katja con suavidad, posando una mano sobre la de su amiga—. Fuiste el ancla silenciosa que me sostuvo en medio de la tormenta. Pero al fin he roto esas cadenas, he tomado las riendas de mi destino... y he regresado al único lugar que puedo llamar «hogar».

Sus miradas se encontraron en un instante de complicidad, recordando juntas los días de juventud en los que soñaban con un mundo lleno de posibilidades y aventuras. Katja sabía que sin el ejemplo de valor y firmeza de Annette jamás habría reunido el coraje para escapar de su yugo impuesto, sellado aquel día funesto en que Thomas deslizó un anillo en su dedo acompañado por votos carentes de significado real.

Su interlocutora, una cautivadora belleza de melena castaña y ojos verdes, escrutó sigilosa sus facciones en busca de cualquier indicio de dolor o arrepentimiento. Katja sabía que su confidente había sido testigo mudo de las lágrimas derramadas en las noches solitarias y de las sonrisas forzadas en los desayunos ante la servidumbre. Pero a pesar del sufrimiento, en aquel momento solo brillaba en los ojos de Annette la chispa de la empatía y del cariño sincero que habían cultivado desde que tenían edad para recordar.

—Me alegra tanto verte libre, Katja —murmuró Annette con ternura, como si temiera que al alzar la voz pudiera desvanecer la frágil dicha que las envolvía—. Y dime... ¿has pensado en lo que harás ahora? ¿Te planteas un nuevo matrimonio o has decidido cerrar para siempre ese capítulo?

Antes de que Katja pudiera responder, el camarero se acercó respetuoso, y las dos pidieron chocolate caliente con menta y dos *apfelstrudel*. Esta entrelazó sus dedos con los de Annette,

apretándolos con fuerza, como buscando en ese gesto la certeza de que el futuro aún guardaba promesas dulces.

—Tengo algo importante que contarte —musitó, llenando sus pulmones de aire como si estuviera preparándose para confesarse—. Es sobre mi tía Katja Rose... me ha dejado la casa del lago.

La reacción de su amiga fue tan inesperada como sonora: dio un respingo en la silla, y la sombrilla de encaje que descansaba en su regazo cayó al suelo con estrépito, arrancando una mirada curiosa de una pareja sentada en la mesa vecina.

—¿Cómo dices?

—Lo has oído bien —asintió Katja con un regocijo apenas contenido—. Sunny Hütte es mía.

Annette se llevó una mano al pecho, como si la noticia hubiera sido un súbito relámpago que la alcanzó de lleno, robándole el aliento. Sus ojos se abrieron desmesuradamente, dejando asomar en su interior un vestigio de asombro y esperanza en medio de un mar de incertidumbre. Katja la contemplaba expectante y nerviosa, debatiéndose entre el desasosiego y la tímida ilusión que la idea de heredar la casa del lago despertaba en ella.

—¡Esa propiedad es un tesoro, Kat! —exclamó Annette con júbilo renovado—. Recuerdo cuántas tardes pasábamos allí, en aquel salón acogedor, degustando los *schwarzbröt*^[1] con embutido que tu tía preparaba con tanto esmero. Y los bizcochos de limón... ¡jamás probé otros iguales! Además, ¿no fue ella quien te regaló aquella vieja edición de tu cuento favorito?

—*Los músicos de Bremen*, de los hermanos Grimm —confirmó Katja con una sonrisa teñida de melancolía—. Siempre quise ser como el burro. Perseverante, leal... incluso cuando todos lo tenían por un inútil.

—Decías que nadie entendía su verdadero valor.

Katja bajó la mirada.

—La extraño terriblemente —confesó—. Ojalá Rosalind hubiera llegado a conocerla de verdad, como nosotras. Tal vez habría aprendido algo de su generosidad, de su determinación.

Annette dejó vagar la mirada hacia el brillo vacilante de las aguas del río, rememorando los días de felicidad inagotable en Sunny Hütte. El aroma dulce de manzana y canela que emanaba de los *apfelstrudel* recién colocados en la mesa arrancó de su estómago un quejido discreto.

—Tu tía fue una mujer excepcional. Su casa era más que un refugio; era un pequeño oasis para las almas inquietas —dijo la señorita Müller, llevándose la taza de porcelana a los labios, con parsimonia.

Katja giró su cucharilla entre los dedos, pensativa.

—Cuando mi padre lo sepa, insistirá en que la venda —reflexionó—. Thomas dejó un océano de deudas tras de sí... Pero me resisto a deshacerme de la única herencia que siento como mía de verdad.

Annette dejó la taza en el platillo con un leve tintineo.

—¿Y si te mudas allí? —sugirió de pronto, con una chispa traviesa en las pupilas.

Katja arqueó las cejas, sorprendida por la sugerencia que, de inmediato, empezó a tomar forma en su mente como un boceto al carboncillo.

—¿Mudarme? ¿A Sunny Hütte? —repitió, calibrando el peso de sus palabras—. No sé si sería sensato... aunque la tentación es enorme.

—Sería perfecto —aseveró Annette, convencida—. Un lugar solo tuyo, libre de las sombras del pasado. Independencia absoluta, sin deudas morales ni recuerdos amargos persiguiéndote por los pasillos. Es una oportunidad que no deberías rechazar, Kat.

El viento suave le revolvió un mechón de cabello, como si la brisa misma quisiera alentarla. Katja visualizó el lago sereno junto a Sunny Hütte, el rumor de las hojas, el crujido de la madera bajo sus pies... la gloria de un nuevo comienzo.

—Sería empezar de cero —musitó—. Sin Thomas. Sin los Bauer. Sin miedo.

—Exacto —insistió Annette con tesón—. Tu tía deseaba eso para ti. Lo supiste siempre. No dejes que el temor te encadene otra vez.

El corazón de Katja latía a una velocidad desbocada, como si la decisión ya hubiera sido tomada en lo más profundo de su alma. La idea de transformar aquella casona en su residencia definitiva le resultaba tan irresistible como aterradora; un canto de sirena que prometía redención y solaz tras los años de tormento.

¿Y si Sunny Hütte se convirtiera en el remedio que tanto había esperado? ¿El bálsamo capaz de cerrar las heridas que Thomas dejó abiertas? Por primera vez en mucho tiempo, la respuesta parecía al alcance de su mano.

Capítulo 2

Sunny Hütte era una mansión de arquitectura isabelina que coronaba una modesta elevación del terreno, rodeada de extensos parterres y setos meticulosamente recortados, donde florecían en armoniosa desmesura lirios, peonías, tulipanes y plantas autóctonas. Las rosas trepadoras, con sus tallos flexibles y espinosos, se afianzaban a las columnas de piedra gris, cuyos capiteles lucían cubiertos de un musgo añejo, como si la naturaleza reclamara poco a poco su espacio. El aire, impregnado de aromas dulces y terrosos, parecía suspenderse en una quietud casi irreal.

Katja se detuvo junto a la balaustrada de mármol, cautivada por la elegancia sosegada de la casona, cuyos ventanales reflejaban los destellos rosados del sol vespertino, y sus ojos vagaron hasta la laguna artificial. El agua, donde nadaban en círculos lentos un par de ánares, le devolvía una imagen distorsionada de la vivienda. El borde de la laguna estaba cercado por una hilera de acianos, esas flores de pétalos garzos que, según recordaba, habían sido elegidas como emblema nacional por voluntad de Wilhelm I, entonces rey de Prusia y primer jefe de estado de la Alemania unificada.

—Mami, ¿vamos a vivir aquí? —preguntó Rosalind, tirando de la falda azabache de Katja.

—Puede... —declaró ella, sin apartar la vista de la imponente fachada.

—¿Y podré elegir mi habitación? ¡Seguro que hay cuartos de sobra!

Antes de oír la respuesta, la niña salió disparada hacia la escalinata de piedra que conducía a la entrada principal de Sunny Hütte, y Katja sonrió al ver su figura menuda desaparecer tras los pilares cubiertos de la hiedra que se enroscaba en torno a un viejo farol de hierro forjado. Sus propios pasos resonaron sobre el empedrado con un eco sordo mientras avanzaba hacia el umbral, con la extraña sensación de que las paredes centenarias albergaban ecos de voces dispuestas a despertar en cualquier momento.

Al internarse en el espacioso recibidor de la planta baja, un aroma tenue a barniz y a polvo invadió sus fosas nasales, mezclado con el perfume rancio de antiguos tapices. Las estancias, ocultas bajo sábanas amarillentas, dejaban entrever muebles macizos, vitrinas y armarios tallados con primor. Mientras su mirada se perdía en los detalles de los relieves y las molduras, un fulgor plateado atrajo su atención desde una consola junto a uno de los tabiques.

—¡Katja, ven! ¡Mira esto!

La voz de Annette la llamó desde un cuarto contiguo. La dama se dirigió rápidamente hacia donde se hallaba la señorita Müller, mientras Rosalind revolvía con curiosidad una caja repleta de juguetes en un rincón.

—¿Has desenterrado algún botín? —bromeó Katja, asomándose a la sala.

Annette levantó un cuadro envuelto en jirones de una tela fina y desgastada. La pintura mostraba un retrato sorprendente: una joven Katja Rose, de al menos treinta años atrás, con el rostro apacible, la mirada profunda y una sonrisa suave, rodeada por un paisaje que

parecía extraído de un sueño, con colinas suaves y cielos de tonos imposibles.

Un escalofrío le recorrió la espalda. No reconocía aquella imagen.

—Es la primera vez que lo veo... —murmuró, acercándose con prudencia, como si temiera que el cuadro revelara algo perturbador—. ¿Quién habrá pintado esto? Es... hermoso —añadió, deslizando los dedos sobre las pinceladas, sin atreverse a tocar la superficie, embargada por una inquietud que no lograba explicar.

Annette elevó una ceja con gesto concentrado.

—La firma es casi ilegible..., pero hay algo en este retrato que me resulta vagamente familiar, aunque no sepa decir qué. Mira estas iniciales... creo que pone... ¿R. Weller?

—R. Weller... —repitió Katja en un murmullo, intentando hacer memoria.

Sus miradas se cruzaron, cargadas de dudas y presagios, en un silencio denso. Fue Annette quien lo quebró, con un pensamiento que caló hondo en su compañera.

—Es raro, ¿no crees? ¿Por qué escondería Katja Rose este lienzo? Podría haberlo colgado en el salón o en la biblioteca. Aquí aparece tan joven, tan luminosa... incluso feliz.

—Feliz... ¿Y si no quiso que nadie viera esa expresión? Tal vez... lo ocultó a propósito. Pero ¿por qué?

Annette negó con la cabeza, confusa.

—No tengo la menor idea. Pero no creo que sea casualidad que acabáramos encontrándolo justo hoy. ¿Te lo vas a quedar?

Katja recorrió la estancia con la vista. Desde el fondo del pasillo llegó la voz cantarina de Rosalind, llamándola con impaciencia. Sin apartar la mirada del misterioso retrato, murmuró:

—No puedo deshacerme de él. Por alguna razón mi tía prefirió no exhibir esta imagen, pero tampoco pudo destruirla. Me gustaría

saber la razón.

Annetteladeó la cabeza, observándola entusiasmada.

—¿Entonces te mudarás a Sunny Hütte de verdad? Me encantaría ayudarte a dejarla habitable. Aunque... me imagino que a tu padre no le hará ninguna gracia. Ya sabes cuánto detestaba venir aquí, y las peleas que tenía con su hermana.

Katja suspiró, sintiendo cómo la historia inconclusa de la casa volvía a envolverla, exigiendo respuestas.

—Estoy más que preparada para sus reproches y sus eternos intentos de disuadirme —respondió. En su voz latía una nota de firmeza inusual—. Pero esta vez no cederé. Necesito estar aquí, en este lugar que guarda la esencia de su vida, entre sus objetos, sus recuerdos. Excepto tú, nadie me ha entendido nunca como lo hacía Katja Rose. Ella me escuchaba sin prisas, sin censuras, sin imponerme su punto de vista disfrazado de consejo. Su apoyo era sincero, desinteresado... y eso no tiene precio. Además, Rosie está fascinada con el jardín y la laguna. No para de hablar de las flores, los peces y las libélulas.

Annette asintió mientras depositaba con cuidado el retrato contra la pared, evitando que resbalara. Katja se apartó del cuadro con la insólita impresión de que la mirada de su tía la seguía, atenta, desde su posición inanimada.

—Si pretendes quedarte aquí, habrá que ponerse manos a la obra —advirtió Annette—. Esta casa necesita una limpieza a fondo antes de poder considerarse apta para vivir. Podría traer un par de doncellas de la finca de mis padres, o...

—O contratar cuadrillas de jornaleros que se encarguen de lo peor —interrumpió Katja, haciendo una lista mental—. Limpiadoras, pintores, tal vez algún albañil para reparar las goteras de la biblioteca... y alguien que revise la instalación de gas. Me niego a

pasar el invierno con lámparas de aceite.

—Desde luego, trabajo no nos va a faltar. Y cuando acabemos con la planta baja... nos encerramos en la buhardilla a curiosear. Si este retrato estuvo oculto allí, quién sabe qué otros misterios aguardan bajo las tablas o en el fondo de algún baúl olvidado. ¿Te imaginas descubrir un mapa que conduzca a un tesoro escondido en alguna lejana colonia africana?

—¡Annie, por favor! —Rio Katja, alzando las cejas con fingida exasperación.

—La esperanza es lo último que se pierde, querida.

—Eres incorregible.

—Y cuando tu padre vuelva a intentar imponer sus condiciones, no podemos mostrarnos débiles.

—Llevaré notas con todos los detalles de los desperfectos y los presupuestos que iremos recogiendo.

Poco después, ambas se sentaron a planificar la restauración de Sunny Hütte, decididas a devolverle su antiguo esplendor en un plazo máximo de dos meses. Sabían que la empresa no sería sencilla. Las esperaban muros agrietados, muebles carcomidos... y la más difícil de las tareas: hacer frente a la previsible y tenaz oposición de August Bauer.

—No tiene sentido seguir abonando una renta mensual por este espacio si tengo una vivienda a mi disposición, papá.

—Ya te comuniqué mi ofrecimiento. Hay habitaciones vacías en nuestro hogar. Tu madre quiere pasar más tiempo con Rosie, y cuidaríamos de ti como debe ser. Con la venta de Sunny Hütte podríamos...

—No. Soy una mujer adulta, y quiero vivir mi vida sin injerencias externas.

August frunció el entrecejo, perplejo por la réplica de su hija. Las palabras de Katja volaban veloces como flechas, embutidas en una manifiesta declaración de su independencia y la osadía de forjar su propio camino. La frente arrugada del anciano se suavizó mientras miraba a su interlocutora, tratando de entender su negativa.

Movió la cabeza lentamente, resignado a la obstinación que ella izaba en torno suyo como un escudo defensor. Sabía que no podía obligarla a volver, a ampararse en la protección y seguridad que le ofrecían entre las paredes donde se había criado. A pesar de su desacuerdo, August admiraba su valentía, empero le escocía en su orgullo que rehusara aceptar su ayuda.

—Siempre has tenido ese fuego en la mirada —sentenció—. Como tu abuelo Hans.

Katja no respondió, pero una chispa de ternura cruzó brevemente sus ojos antes de apagarse bajo el peso de su tenacidad.

La tensión se coló entre ambos, espesa y tibia como una bruma de verano. August buscó en vano un argumento capaz de torcer aquella voluntad férrea.

—No queremos perderte —añadió con voz queda.

La joven sostuvo su mirada sin pestañear, firme como una estatua tallada en roca. Bauer se peinó la barba canosa con los dedos, gesto distraído que delataba su desasosiego, y se irguió lentamente en el sillón del despacho, donde intentaba recuperar el aliento tras la caminata que le había dejado las rodillas doloridas. La luz oblicua del atardecer se colaba por la ventana entornada, repartiendo vetas doradas por la alfombra.

—Hace años que no pongo un pie en Sunny Hütte —murmuró al

fin—. Nunca fui bienvenido a la casa de Katja Rose.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo? —replicó ella, con una ceja levemente alzada, desconcertada por la repentina mención de su tía fallecida.

—Temo que, de alguna manera, su recuerdo acabe haciendo mella en ti... y termines por odiarme también.

—No digas tonterías. Yo jamás te despreciaría. Eres mi padre —afirmó Katja convencida, aunque sus palabras dejaron un eco incierto en el aire—. ¿A qué le temes, en realidad? ¿A que Sunny Hütte me contagie un rencor dormido? No sabía que hubieras caído en esa clase de supersticiones.

August tragó saliva. No era de espectros ni maleficios de lo que huía su conciencia; eran los fantasmas reales, los del pasado y los de carne y hueso, los que le arrebataban el sueño en las largas noches de invierno. Katja ignoraba la verdad: lo que él y el abuelo Hans le habían hecho a su hermana... y a aquel joven desgraciado cuyo nombre se le atragantaba en la garganta cada vez que asomaba en su memoria.

No podía siquiera pronunciarlo sin que un sudor frío le perlase la nuca.

—Por favor, no vayas allí —suplicó en un murmullo apenas audible, con la voz quebrada de quien sabe que su petición llega tarde.

—Sé que no apruebas mi decisión, padre, pero yo no soy mi tía. No heredé sus heridas, solo comparto su rostro y su nombre de pila.

August bajó la mirada, incapaz de sostener el brillo claro de sus ojos. En su pecho pesaban culpas más abrumadoras que las piedras de molino que antaño arrastraban los bueyes en la finca. Los remordimientos, esos enemigos mezquinos y letales, no perdonaban el paso de los años ni se ablandaban ante las canas o las arrugas.

Sabía que ella tenía razón, pero el temor seguía royéndole las entrañas como un animal hambriento.

Afuera, en el jardín, el viento agitó las ramas de un tilo centenario, y por un segundo creyó oír una risa apagada, como un eco burlón que el tiempo no había logrado borrar.

—No puedo obligarte a quedarte, pero prométeme que serás precavida. ¿Y si trabajaras en Sohlenkunst a mi lado? Cuando yo falte, tendrás que dirigir tú la fábrica. No tengo un hijo varón que me sustituya.

Katja permaneció callada, midiendo con cuidado su respuesta al ruego que brotó de los labios de August. A pesar de sus diferencias, de las disputas soterradas y de las palabras nunca dichas, sabía que su padre y su madre, en el fondo, deseaban su bienestar. Habían errado al escoger a Thomas como esposo para ella, pero su preocupación era sincera, tangible.

Dio un paso hacia él, evocando instantes de su infancia: los otoños junto al fuego de la cocina, las tardes de juegos en el jardín, las risas... antes de la llegada de Thomas a sus vidas. Quiso aferrarse a esos fragmentos limpios, intactos aún por la sombra del rencor.

—Te prometo que me cuidaré —dijo al fin, posando una mano temblorosa en el hombro encorvado de August. Aunque su gesto era de afecto, no lograba ahuyentar la punzada de fastidio que le provocaban aquellas advertencias reiteradas, ese afán por dirigir su destino incluso ahora que reclamaba su libertad.

Bauer inclinó la cabeza en señal de derrota, soltando un suspiro que parecía arrastrar consigo décadas de esperanzas desvanecidas. Katja lo abrazó con cautela, como quien abraza una figura de porcelana que podría romperse con la mínima presión. En ese contacto breve, ambos contuvieron el oleaje de emociones que

amenazaba con desbordarlos.

Cuando se separaron, Katja retrocedió un paso, aún con la frente erguida, aunque sus pensamientos pesaban como un lastre. August la observó con una mezcla de orgullo herido y zozobra, consciente de que no podía retenerla sin destruir aquello mismo que deseaba proteger.

—Gracias por comprenderme, papá —manifestó ella, experimentando un insólito alivio al ver resignación en su mirada—. Las puertas de Sohlenkunst seguirán abiertas para mí, lo sé..., pero, por ahora, mi camino me lleva lejos de aquí. Tal vez en otras circunstancias...

August le dedicó una sonrisa débil, gesto mudo de rendición ante lo inevitable. Katja besó su mejilla rugosa, sintiendo cómo el nudo en su garganta se deshacía un poco, aunque no del todo. Mientras abandonaba el despacho, su mente era un hervidero de pensamientos. Aún no revelaría a sus padres el infierno vivido junto a Thomas, ni las noches de terror ni las magulladuras que la bebida y la furia de su esposo habían dejado en su cuerpo y en su alma. No todavía. No mientras el velo de las apariencias continuara protegiendo su frágil dignidad.

Entretanto, el viejo permanecía absorto en sus cavilaciones. Los años no habían logrado borrar de su memoria la imagen de Katja Rose apartándose de ellos con su integridad hecha jirones, tras alcanzar la ansiada emancipación que le permitió vivir sin estar sometida al yugo de los Bauer. Desde entonces, esta se había refugiado en Sunny Hütte, rehusando abrir su puerta al padre y al hermano que la habían defraudado de manera irreparable.

Aunque la vida hubiera seguido su curso, August sabía que las grietas de su corazón jamás se habían sellado, y que la amargura de Katja Rose había perdurado hasta el final de sus días. La posibilidad

de otorgar el perdón fue sepultada junto a su cuerpo inerte, y la reconciliación tan anhelada se disolvió como humo en el viento, perdida para siempre.

—Por favor, no me arrebatas el amor de mi pequeña, Katja Rose —gimió atribulado, alzando los ojos al cielo, imaginando que su espíritu, en algún rincón ignoto del firmamento, aún podía escuchar sus palabras—. Sé que lo que te hice no tiene perdón ni en esta vida ni en la otra..., pero ella es todo cuanto me resta.

Sus labios temblaron al pronunciar aquella plegaria vana. Y, sin poder contenerse más, el patriarca hundió el rostro entre las manos y rompió a llorar, mientras la tarde caía sobre él como un sudario.

La mudanza se había realizado sin imprevistos ni sobresaltos. Ya establecida en la casona, Katja dedicó las primeras jornadas a disponer de muebles y objetos, devolviendo orden y propósito a las estancias largamente deshabitadas. El sosiego del paisaje, la sinfonía viva de la naturaleza y la frescura de aquel nuevo comienzo le ofrecían un alivio incalculable. Con el auxilio de Annette y de algunos vecinos dispuestos, emprendió pequeñas restauraciones interiores, siempre guiada por los consejos del maestro de obras y las ideas precisas de un arquitecto amigo de los Bauer.

August, sin embargo, persistía en su negativa a aceptar aquella decisión; sus argumentos, insistentes y revestidos de preocupación, no lograban quebrar la sólida voluntad de Katja, cuyo ánimo parecía alimentarse de cada obstáculo vencido. El golpeteo rítmico de martillos y formones resonaba en cornisas y muros, despertando a la casa de su letargo polvoriento, mientras los viejos muebles esperaban su turno para ser devueltos a la dignidad de antaño.

Katja Rose, en otros tiempos, había mimado aquella morada como a un hijo, pero tras su partida, nadie se encargó de preservarla. Ahora, con cada brocha que deslizaba la mano de un pintor, con cada grieta reparada y cada baldosa renovada, Sunny Hütte parecía recobrar aliento. Los motivos florales del techo resurgían lentamente del desgaste del tiempo, y Katja no pudo evitar sonreír al verlos vibrar de nuevo, como si agradecieran el gesto de ser resucitados.

—*Frau* Bramwell, ¿le parece bien el blanco para los remates del comedor? —inquirió uno de los pintores, rodillo en mano y gesto expectante.

—Sí, así es como lo prefiero. Igual que en tiempos de mi tía, sin alteraciones ni modernidades innecesarias. Solo una capa generosa que avive los relieves y les devuelva el brillo a las molduras —respondió el ama, recorriendo el entorno con la mirada.

—Como usted diga, señora —acató el hombre, inclinando la cabeza antes de volver a su labor.

Annette, mientras tanto, hurgaba en un arcón de cedro, del que extrajo un candelabro de plata deslustrada. Lo sostuvo ante la ventana, examinándolo con un destello de deleite en los ojos.

—Tu tía era una mujer de gustos exquisitos —comentó—. No sabes cuánto me alegra que te haya nombrado heredera de Sunny Hütte. Hay piezas aquí que cualquier anticuario mataría por adquirir.

—Fue una dama singular, irrepetible —convino Katja, nostálgica.

—Siempre me intrigó que nunca se casara —prosiguió Annette, sin apartar la vista del candelabro—. ¿Ninguna vez te habló de un pretendiente? ¿Algún caballero que la cortejara en serio?

Katja se volvió hacia su amiga, pensativa, con una sombra de duda en el semblante.

—No lo sé... jamás lo mencionó.

En ese instante, la pequeña Rosalind irrumpió en la estancia como un torbellino, escapando por la puerta trasera abierta de par en par. Sus rizos áureos brincaban con cada salto, mientras reía a carcajadas, descalza y feliz, dejando diminutas huellas de barro en el sendero de caliza que conducía a la fuente de mármol del jardín. Tras ella, la abuela Ingrid avanzaba resoplando, con una muñeca de porcelana en brazos, implorándole entre risas sofocadas que regresara para ponerse las zapatillas.

La niña se detuvo en seco, hipnotizada por el revoloteo caprichoso de una mariposa que danzaba entre los narcisos en plena floración. Contuvo la respiración con una solemnidad impropia de su edad, extendiendo con sumo cuidado su mano hacia el aire perfumado. Para su asombro, el frágil insecto descendió lentamente y se posó en la punta de su dedo, agitó las alas como si la saludara y remontó el vuelo hacia el cielo límpido.

Katja, que observaba la escena desde el interior de la casa, dejó escapar una risilla baja que se perdió entre las cortinas.

—¿Viste eso, mamá? ¡Me eligió a mí! —exclamó la criatura, volteándose con una expresión radiante de asombro.

—Lo vi, mi amor. Es un bichito encantador. Seguro que en el rincón de las caléndulas encuentras otras tan bonitas como esa —respondió su madre, señalando hacia el extremo del vergel.

Ni bien había terminado de hablar, la niña salió disparada hacia la parcela de flores, su risa cristalina sobresaliendo por encima del barullo de los obreros, mientras la abuela Ingrid resoplaba con el rostro arrebolado por el esfuerzo de seguir su ritmo.

—¡Menudo huracán está hecha la señorita Bramwell! —dijo Annette entre carcajadas—. Igual que tú cuando tenías su edad.

—No exageres —protestó Katja, entre divertida e incrédula—. Yo no era tan inquieta.

—Claro que sí. De hecho, eras peor —añadió su amiga con picardía.

Katja soltó un resoplido fingido y le dio un suave manotazo en el hombro.

—Por favor... yo no llenaba de harina el costurero de la institutriz ni cazaba sapos para soltárselos en la bañera. Y ni hablar de la piña en la silla del comedor..., seguro que aún le duele el trasero por el pinchazo.

La risotada de la señorita Müller reverberó por toda la sala, franca y sonora.

—Te recuerdo que la idea de la piña fue tuya —replicó, sin perder la sonrisa.

—Embustera —bromeó Katja—. Fuiste tú.

—No vayas por ahí, que nos conocemos —insistió su compañera, arqueando una ceja.

Katja puso los ojos en blanco y dio media vuelta, encaminándose hacia unas cajas apiladas cerca de la pared.

—Anda, ayúdame con esto. Son cosas de mi tía... aún no sé qué utilidad les daré. De momento, las subiré a la buhardilla hasta nuevo aviso.

—Vamos allá —asintió Annette, acercándose para echarle una mano.

El desván de Sunny Hütte aguardaba en el último piso, casi como un guardián polvoriento al que nadie había osado perturbar en años. Al abrir la pesada puerta de madera, que crujió con un lamento prolongado, una bocanada densa de aire viciado y polvo suspendido salió a su encuentro, haciéndoles arrugar la nariz y alzar instintivamente las mangas de sus vestidos para cubrirse el rostro.

El panorama se desplegó ante ellas como un océano inmóvil de objetos olvidados y saturado de cachivaches antiguos. Las telarañas

colgaban de las vigas como delicadas cortinas de encaje, bordadas con esmero durante décadas por huéspedes invisibles. El suelo, cubierto de astillas y motas de serrín, protestaba bajo el peso de cada paso, emitiendo quejidos que vibraban en el silencio estancado. Annette, deteniéndose con precaución, lanzó una mirada de desconfianza a las tablas resquebrajadas bajo sus botas.

—No deberíamos haber subido aquí sin protección —susurró, a medio camino entre la chanza y el miedo real—. Las alturas y las arañas... una combinación perfecta para provocarme un infarto. Si alguna vez decides deshacerte de mí, ya sabes dónde encerrarme.

—Prometo recordarlo —repuso Katja con una mueca torcida, mientras se agachaba para depositar las cajas en una esquina llena de trastos heterogéneos: muñecas de ojos vidriosos, trozos de encaje parduzcos, piezas de ajedrez perdidas y retazos de sábanas y manteles.

En medio de aquel caos atemporal, algo captó la atención de ambas: un rollo de pergamino atado con un lazo de seda añil, oculto entre volúmenes encuadernados y viejos atlas descoloridos. La anfitriona deshizo el nudo y desenrolló el documento.

—Abre la claraboya, necesito más claridad —pidió.

Annette obedeció, empujando el tragaluz. Las bisagras oxidadas chirriaron con un sonido agudo, semejante al maullido de un gato asustado. Un haz de luz descendió sobre el pergamino, revelando un mapa cuidadosamente trazado: veredas ocultas, claros, pequeños arroyos serpenteando entre los árboles del bosque junto al lago. Katja no recordaba haber visto nunca semejante representación.

—Esto es asombroso... —murmuró, sin apartar los ojos de la ilustración.

—¿Katja Rose dibujaba? —preguntó Annette, intrigada.

—Tenía talento para muchas cosas, pero no para esto. Y esta

letra... no la reconozco. Mira allá —indicó, señalando un mueble deslucido—. Esos felpudos... junto a la cómoda.

Las dos se acercaron con cautela y descubrieron una caja de madera fina, delicadamente labrada, con incrustaciones de nácar que brillaban bajo la débil iluminación de la claraboya. Los intrincados motivos florales parecían moverse sutilmente con cada reflejo. La cerradura, pequeña pero resistente, protegía obstinada su contenido. No había rastro de ninguna llave.

—Esto se pone interesante —declaró Annette, acariciando el relieve tallado—. ¿Qué ocultará? ¿Joyas? ¿Cartas de amor? ¿Un secreto de familia?

Katja ladeó la cabeza, fascinada, mientras mil posibilidades tomaban forma en su mente: amuletos misteriosos, reliquias ancestrales, viejas confesiones, quizá incluso documentos que nadie debía hallar jamás.

—Si algo lleva un candado en esta casa —reflexionó— es porque encierra algo demasiado valioso... o demasiado peligroso como para ser dejado a simple vista.

Una mezcla de expectación y recelo se apoderó de su ánimo.

—¿Y si la pista para abrirla está en el mapa? —aventuró Annette, emocionada—. Como una caza del tesoro... ¡Igual que en *Las minas del rey Salomón*!

Katja rio.

—Ojalá nuestras vidas fueran tan apasionantes como una novela de Haggard —contestó mientras inspeccionaba la cerradura—. Pero te doy mi palabra, Annie: no descansaré hasta encontrar la manera de abrir esta caja. Cueste lo que cueste.

Capítulo 3

En el estudio de August Bauer se respiraba una solemnidad serena, realzada por la presencia de muebles de maderas nobles, laboriosamente bruñidos hasta adquirir un lustre impecable. Dominando las dependencias, había un escritorio de roble macizo —pieza central y testigo de tantas horas de trabajo— cubierto de papeles, carpetas y libros de contabilidad, al lado de una pluma estilográfica y un tintero de plata finamente cincelada, recuerdo de uno de los viajes de negocios del director de Sohlenkunst a tierras helvéticas.

La elegancia del mobiliario se veía realzada por una alfombra turca de primoroso diseño, mientras que gruesas cortinas de brocado, caídas con pesada suntuosidad a ambos lados de los ventanales, velaban la luz del día y conferían al ambiente un aire de intimidad y opulencia. En las paredes, retratos de ilustres antepasados compartían espacio con bucólicas escenas campestres, todos enmarcados con molduras de estuco que hablaban silenciosamente de la respetable estirpe y el legado familiar de los Bauer.

Ingrid, desde su asiento tapizado en terciopelo, no perdía detalle de la expresión sombría de su esposo. Observaba, con creciente

ansiedad, sus ademanes nerviosos y su mirada ensimismada. Desde que Katja se había mudado, August no era el mismo: se mostraba distraído, dejaba pasar los días sin poner un pie en la fábrica como solía hacerlo con rigurosa puntualidad, e incluso había descuidado sus hábitos a la mesa, saltándose comidas con una desconcertante frecuencia. Alzándose del mullido sillón, se acercó a él junto al mueble-bar, aceptando la copa de oporto que su marido le extendía, como si ese sencillo gesto pudiese devolver algo de la normalidad perdida.

Sobre la mesa, entre informes y memorandos de la empresa, asomaba un periódico cuyas páginas August había hojeado antes de sumirse en sus pensamientos. En él se daba noticia de unos artículos recientes firmados por un joven físico llamado Albert Einstein, publicados en la revista *Annalen der Physik*. Las teorías de aquel desconocido desafiaban los principios establecidos, proponiendo ideas osadas sobre la naturaleza de la luz, el movimiento de las partículas y la relación entre la masa y la energía. Aunque sus formulaciones matemáticas resultaban incomprensibles para el profano, el tono de la reseña insinuaba que aquel nombre, hasta entonces relegado a los círculos académicos, podía abrir un capítulo insospechado en la ciencia moderna alemana. August había leído con asombro la mención a la revolucionaria hipótesis y la inquietante posibilidad de que el tiempo y el espacio no fuesen absolutos, sino relativos al observador —una noción que, aunque ajena a los asuntos prácticos de la industria, había logrado turbar momentáneamente su espíritu reflexivo—.

—Te noto agitado, August —señaló Ingrid, llevándose la copa de oporto a los labios y saboreando el dulzor del vino—. Sabes bien que siempre he apoyado tus decisiones, incluso las más arriesgadas, pero en esta ocasión... no deseo seguir enfrentándome a tu

hermana. Mucho menos ahora que reposa en su tumba.

—No puedo evitarlo —repuso él, apretando los puños con fuerza—. No dejo de pensar en lo que implicará esta mudanza para nosotros. ¿De verdad crees que es sensato que Katja se instale en Sunny Hütte? Después de todo lo que sucedió allí...

—Después de todo lo que nosotros provocamos, querrás decir. August calló, dolido por la acusación.

—¿Y qué esperabas que hiciera, Ingrid? ¿Qué otra opción crees que tenía? No podemos borrar lo que ocurrió, pero al menos intento preservar lo poco que nos queda.

—¿Preservarlo? ¿De quién, exactamente?

—¡De Roderick Weber! —exclamó con aspereza—. ¿O acaso ya has olvidado lo que representa ese hombre?

—No, cielo. Lo recuerdo perfectamente —confirmó ella, con una sonrisa amarga—. Fuiste tú quien prohibió que se mencionara su nombre bajo este techo, y sin embargo eres el primero en quebrantar tu propia orden.

El señor Bauer soltó un hondo suspiro, derrotado, mientras aflojaba la corbata que oprimía su garganta. No era la prenda la que le asfixiaba, sino el peso invisible de las culpas largamente guardadas.

—No puedo permitir que nuestra hija se inmiscuya en cuestiones que no le incumben.

—Te equivocas, August. Este sí es un asunto que la afecta —lo corrigió Ingrid, alzando levemente la voz—. Tú y Hans tramasteis una red de engaños para destruir a Weber, y con ello destrozasteis la vida de Katja Rose. Yo callé, por lealtad a ti y por respeto a tu padre, pero ella jamás nos perdonó. Si nuestra hija descubre la verdad de vuestra vileza, el odio de tu hermana crecerá en su alma como una raíz ponzoñosa. Y esa carga no estoy dispuesta a heredarla.

—Sohlenkunst es lo que nos ha dado sustento toda la vida —se defendió él.

—El negocio familiar habría bastado para darnos pan, techo y tranquilidad —lo cortó Ingrid con dureza—, pero vuestra ambición pesó más que la razón, más que la prudencia. Y ahora pagaremos las consecuencias.

August descargó su puño sobre el mueble-bar con un golpe sordo que hizo vibrar las botellas de licor. La furia que lo devoraba por dentro encontró así un desahogo breve, pero la herida en su conciencia siguió abierta, desgarrada por las palabras de su esposa, tan punzantes como mil cuchillas afiladas. El silencio descendió sobre él, impregnándolo todo de temor y presentimientos oscuros. Los dos permanecieron inmóviles, atrapados en sus pensamientos, mientras la sombra de viejos reproches se alzaba tan real y amenazante como una tormenta que se preparaba para desatarse en un océano embravecido, presta a aniquilar cuanto habían edificado con tanto esfuerzo.

—Era mi deber —musitó él al fin, en tono quebrado—. Proteger los intereses de los míos.

—¿Y a qué precio? —respondió Ingrid, con tristeza—. A costa de traicionar a los demás. Lo sabes tan bien como yo: tarde o temprano la verdad saldrá a la superficie. Y cuando lo haga... será inútil lamentarse. El daño ya estará hecho, y ni Sohlenkunst, ni el nombre de los Bauer ni siquiera nuestra hija quedarán a salvo de las consecuencias.

Le dirigió una mirada grave, cargada de advertencia, y August sintió un escalofrío. Por primera vez en años, vislumbró el alcance abismal de todo cuanto podrían perder.

Los dedos del patriarca se cerraron con tal ímpetu en torno a la copa de oporto que por un instante temió astillarla. Sus nudillos,

blancos por la tensión, contrastaban con el rojo oscuro del líquido que se columpiaba en el recipiente de cristal. Sus ojos, encendidos de ira apenas contenida, brillaban bajo el resplandor mortecino de la lámpara, mientras la atmósfera se empapaba del sabor ácido de las últimas palabras de Ingrid. Ella se retiró sin despedirse, dejando tras de sí una estela de recriminaciones y desasosiego, y ahora él se quedaba solo, rodeado por la diabólica persistencia de un peligro latente que se negaba a desaparecer.

Con un suspiro que le vació el pecho, el hombre se desplomó en su sillón de respaldo alto, cayendo pesadamente como un faisán abatido en la linde del bosque, víctima de un disparo certero. Su mirada se perdió en un punto indefinido del muro, más allá de los límites de la fábrica. En su mente, como un vendaval de hojas secas, se agolpaban imágenes de escenas pasadas: la expresión helada de Katja Rose la última vez que la vio, la amenaza velada de Weber, la conspiración tejida años atrás en los pasillos de Sohlenkunst... todo volvía a él con total nitidez.

Y de entre esa maraña de memorias emergió la figura de Roderick Weber, alzándose cual espectro obstinado, incapaz de desvanecerse pese al tiempo transcurrido. August se llevó una mano temblorosa al rostro, frotándose la frente perlada, y sintió, como una losa invisible, la carga aplastante de la crueldad dirigida a su hermana y al infeliz de su amante.

La reprimenda de su esposa repercutió en su cerebro como un eco persistente en una cripta cerrada: «Tarde o temprano la verdad saldrá a la superficie». Y tenía razón. Tarde o temprano la verdad se abriría paso, igual que el agua que horadaba la roca. Implacable, hasta hacerla estallar.

—Debo hallar una salida —gimió, apretando la mandíbula—. Te vencí una vez, Weber..., en una lucha sin cuartel que nos costó más

de lo que admitimos. No ganarás la guerra final. Todo ese esfuerzo... todos esos sacrificios... no pueden haber sido en vano.

Sin demorarse más, se incorporó y tomó la pluma de plata que descansaba junto al tintero suizo, sumergiéndola en la tinta negra. Debía escribir a Hoffmann sin dilación, trazar nuevas estrategias, preparar cada movimiento con la precisión de un ajedrecista veterano.

No podía permitirse flaquezas. Un solo paso en falso... y todo el tablero ardería con él.

Katja apuraba con deleite una taza de té Darjeeling mientras hojeaba el *Bremer Nachrichten*, el rotativo local que desde hacía medio siglo saciaba la sed de información de la burguesía de Bremen y sus comarcas. Aquel ejemplar, impreso en caracteres negros sobre papel ligeramente amarillento, dedicaba su columna principal a los últimos roces diplomáticos entre Su Majestad Wilhelm II y su homólogo austrohúngaro, el emperador Francisco José I. Los editorialistas no escatimaban palabras al analizar las recientes maniobras expansionistas de la Casa de Habsburgo y su posible repercusión en el frágil equilibrio continental.

A ojos de Berlín, la codicia territorial de Francisco José comenzaba a ser motivo de inquietud. Los viejos dominios de Bohemia, Moravia y Hungría no bastaban; ahora sus ambiciones se proyectaban hacia los Balcanes, región que despertaba recelos en Viena y alarma en las cancillerías de París y San Petersburgo. La sombra de un conflicto a gran escala se alargaba sobre Europa como un presagio de hierro y fuego. Katja exhaló, mostrando su desaliento; las guerras de los hombres rara vez traían algo bueno

para quienes, como ella, solo aspiraban a mantener su hogar en calma.

Pasando las páginas con dedos enguantados para no mancharse, halló por fin la sección de anuncios domésticos. Su aviso solicitando institutriz para Rosalind aparecía tal como lo había indicado al redactor: conciso, correcto, sin espacio para malas interpretaciones. La futura preceptora de su hija debía poseer sólidos conocimientos de lectura, escritura y aritmética, pero también familiaridad con las normas de urbanidad, etiqueta y modales propios de una señorita de buena cuna. No era suficiente con saber declinar versos latinos o bordar pañuelos; la imagen que proyectara la pequeña debía ser impecable, inatacable, ajena a cualquier reproche.

Porque en público, cada palabra, cada gesto contaban. A puerta cerrada, Katja toleraba ciertas libertades, incluso pequeñas travesuras infantiles que le recordaban su propia niñez. Pero en salones y bailes, bajo la mirada severa de esposas y viudas influyentes, no había margen para la desobediencia o la desmesura. Una mala impresión en la edad temprana podía sellar el destino de una dama para siempre, relegándola al rincón sombrío de las olvidadas, allí donde la buena sociedad apartaba la vista.

Por unos segundos, sus pensamientos vagaron hacia el rostro de Rosie, alegre y curioso como un pájaro en primavera, aún ignorante de las rígidas cadenas invisibles que la vida le impondría más pronto que tarde. Cerró el periódico con un chasquido, dispuesta a entrevistarse con las candidatas en cuanto la primera llamara a su puerta.

—¿Desea más leche, señora?

Katja alzó la vista hacia Mielke, la joven criada que había contratado en Sunny Hütte hacía unos días. Apenas contaba quince años y carecía de experiencia previa, pero Annette la había

recomendado con insistencia, asegurando que era cumplida y responsable.

—Sí, por favor, solo un poco más. Mi esposo solía tomarlo con un chorrito y sin azúcar. Yo, en cambio, nunca logré acostumbrarme a beberlo así. Me parece demasiado...

—¿Insípido? —aventuró la muchacha. Katja rio.

—Pensaba en extraño, pero ese calificativo también encaja perfectamente.

—Disculpe, señora, es que la comida inglesa... no quiero ofender... he probado algunos platos y para mí son lo más soso del mundo. Siempre le echan mostaza o esa salsa marrón llamada *gravy*, pero de sal, poco o nada.

—¿Has estado allí?

—No. El marido de mi prima es inglés.

El sonido de la lluvia de verano tamborileaba sobre los cristales de la galería. Katja apretó la taza entre las manos y sintió un leve tirón en la muñeca derecha. Aquel pequeño peso aún despertaba molestias, a pesar de que habían transcurrido tres años desde la agresión.

Cerró los párpados y la imagen de Thomas, ebrio y furioso, se presentó nítida ante su persona. Los gritos estruendosos de Bramwell porque había osado salir sin permiso. El ardor en el cuero cabelludo cuando la tomó por el recogido y la arrastró escaleras arriba, hacia su habitación. El ruido sordo de las bofetadas, la tela rasgada de su vestido, el empujón que la lanzó contra el lecho. El terror que la paralizó mientras esa bestia, incapaz de entregar amor o respeto, la violentaba sin piedad.

Y luego, las náuseas que la invadieron al pensar que aquel tormento podía traer consigo otro embarazo indeseado.

Aquel recuerdo era un lastre intangible, una cadena que aún le

oprimía el alma. Pero debía mantenerse fuerte. Rosalind dependía de ella, y no podía permitirse el lujo de quebrarse.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Mielke con genuina preocupación. La chica esbozó una sonrisa endeble.

—Sí, solo son recuerdos que regresan cuando menos los espero. Pero ya no me vencerán.

La doncella asintió, comprendiendo, mientras Katja volvía a concentrarse en la tranquila escena que la rodeaba. Afuera, la tormenta amainaba, dejando un aire limpio con olor a hierbabuena y tierra mojada.

—¡Oh!

La exclamación de Mielke la hizo sobresaltarse, y entonces Katja advirtió que parte del té se había vertido sobre su vestido. Tomó una servilleta para intentar secar la mancha.

—Disculpa —murmuró avergonzada—. Me he dejado llevar por mis pensamientos.

—Es que no ha parado de moverse desde que llegó a Sunny Hütte —comentó la sirvienta con una sonrisa cómplice—. Limpia, ordena, revisa... Me agota con solo verla, y créame que yo también trabajo duro para ganarme el sustento. Debería tomarse un respiro y dejar que los criados hagamos el resto.

—Me temo que si sigo tan distraída, acabaré dándote más dolores de cabeza de los que puedas imaginar.

—La lavandera se va a hartar de quejarse, seguro.

La señora Bramwell asintió, resignada.

—Voy a mi cuarto a cambiarme; no puedo recibir a mi madre en este estado. ¿Sabes dónde está mi hija?

—En su dormitorio, entretenida con su caballo de madera.

Katja dejó la taza sobre la mesa y se levantó, tomando la mano de la chica.

—Gracias, Mielke. Al principio dudé en contratarte por tu juventud, pero cada día que pasa veo que fue la mejor decisión.

La aludida estrechó su mano con ternura y le dedicó una mirada abierta y sincera.

—Me gusta trabajar en Sunny Hütte —confesó—. Mi madre siempre me advertía que controlara mi lengua y que no dijera lo que realmente pienso porque soy una charlatana nata. Pero usted me escucha, me trata con respeto, igual que la señorita Müller. Eso no se encuentra en todas partes. Es una buena patrona.

—Y tú, un verdadero regalo —respondió la dama—. Mejor me voy, antes de que sea mi madre quien me atrape nada más cruzar la puerta, con una retahíla de reprimendas listas para lanzarme.

Katja salió de la salita con el periódico en mano, haciendo una breve parada en la biblioteca para dejar allí la copia del *Bremer Nachrichten*. Al arribar a la estancia contigua, se detuvo frente a la majestuosa puerta de caoba adornada con delicados relieves. Giró el pomo de bronce, frío al tacto, y empujó el pesado tablero. Una bocanada de aire fresco la envolvió, trayendo consigo la fragancia embriagadora que se colaba por la ventana abierta hacia el jardín.

Las estanterías, fabricadas en nogal pulido, albergaban cientos de volúmenes, tanto de ensayos como de ficción, y guías de viajes. Al fondo, destacaba una mesa de diseño clásico y robusto, cubierta por un mantel de puntilla.

—Tú serás mi próximo desafío en esta cruzada contra el caos —masculó—. Cuando acabe contigo, brillarás más que la joya más preciada del káiser.

Se acercó al buró, deslizando sus dedos sobre la superficie del mueble, notando la textura áspera del mantel bajo sus yemas. Entonces, un destello metálico llamó su atención: la manija de un cajón, casi oculta entre el desorden de documentos. Contuvo la

respiración y tiró de ella. La gaveta se resistió, atascada por el desgaste del tiempo y el polvo acumulado.

Persistió, aplicando más fuerza, hasta que las bisagras emitieron un gemido lastimero y el cajón se abrió, revelando su contenido. En el fondo descansaba una llave antigua, con un diseño enrevesado grabado en su extremo.

—¿Qué haces aquí, oculta en la penumbra? —preguntó Katja, tomando la llave—. ¿A qué cerradura perteneces? Quizá sirvas para el candado de la caja del desván. Sería un golpe de suerte encontrar eso, pero no pierdo nada intentando.

Alzó el pequeño objeto con reverencia, sintiendo su peso sólido en la palma de su mano, mientras su mente vagaba entre los posibles escenarios, imaginando los secretos que podría desvelar esa pieza.

El canturreo de Mielke mientras se ocupaba de sus tareas abajo le recordó que el tiempo apremiaba; Ingrid llegaría en cualquier momento. Tras una larga reflexión, Katja había decidido abandonar el negro riguroso que vestía desde la muerte de su esposo, optando por tonos más suaves, menos sombríos. Temía el juicio de la sociedad, acostumbrada a que una viuda mostrara su dolor con una tristeza palpable, pero estaba lejos de Inglaterra, y los vecinos de Vilbruck manifestaban una mayor condescendencia. Además, Thomas Jeremiah Bramwell no merecía lágrimas ni duelos ostentosos.

Con un latido acelerado, guardó la llave en el bolsillo de su vestido, sintiendo que aquel pequeño objeto podía ser la clave de un enigma que había esperado años para ser descubierto. Cuando su madre regresara a su casa, se apresuraría a encerrarse en la buhardilla y, sin demora, comenzaría la exploración que su intuición le dictaba.

Sabía que más allá de los misterios de aquella llave, debía enfrentarse a su propio pasado, a las tinieblas que todavía se aferraban a su existencia. El camino sería arduo, pero Katja estaba lista para desenterrar las verdades escondidas, una a una, hasta que ninguna quedara en la oscuridad.

En efecto, aquella noche la suerte, con la que siempre había pensado no contar, se presentó inesperadamente a su favor. Después de arrojar a Rosie en su cama y apagar las lámparas de gas, se llevó a su alcoba la cajita del desván, decidida a probar la llave encontrada entre los papeles olvidados. Con un leve temblor en las manos, insertó el objeto en el candado que aseguraba la arqueta, y para su gratificación, el mecanismo cedió con un clic que indicaba que la cerradura se había destrabado. La tapa se abrió, exponiendo su contenido.

Vestida con una fina bata de dormir, Katja se acomodó en su lecho, apartando de su rostro la larga trenza que le caía por el hombro. Encendió la vela colocada en la palmatoria, cuyo parpadeante fulgor dibujaba sombras danzantes sobre cortinas y paredes, y exhaló un suspiro de alivio y expectación. Allí, dentro de la madera envejecida del cofre, reposaba un manojo de cartas antiguas, atadas con una cinta de raso rojo, ahora descolorida y ajada.

Los bordes ocre y las fechas en la esquina inferior de cada hoja revelaban que esas misivas habían sido escritas hacía muchos años. Desató el lazo y desplegó la primera carta, quedando inmediatamente atrapada por la caligrafía refinada y sinuosa del remitente, cuyos trazos parecían cobrar vida bajo la luz temblorosa.

Las palabras se sucedían con un ritmo pausado, cargadas de un sentimiento intenso y hermético, como si cada frase contuviera un secreto que temía ser forzado. Katja sintió cómo su pulso se aceleraba con cada línea, mientras las emociones vertidas en aquel texto comenzaban a envolverla en un inexplicable halo de melancolía.

No era una simple esquelita; era una ventana abierta al pasado de Katja Rose, una historia oculta que aguardaba ser divulgada. La curiosidad la empujó a continuar leyendo, anhelando comprender quién había plasmado aquellas confidencias y qué acontecimientos habían marcado sus páginas.

Estimada señorita Bauer,

Confío en que esta nota la encuentre completamente recuperada de su reciente alergia y que disfrute de este espléndido día primaveral. Permítame comenzar manifestándole mi más profundo agradecimiento por la confianza que ha depositado en mí al otorgarme el privilegio de pintar su retrato. Es, sin duda, un honor inmenso trabajar para una familia tan respetable como la suya y captar en el lienzo la serenidad y elegancia que emanan de su presencia, un regalo que parece bendecido por la mano divina.

Desde aquel primer encuentro, en la cálida tarde en la que su radiante figura iluminó el salón donde esperaba para nuestra entrevista, he sentido una sutil pero innegable afinidad con usted. Cada trazo que realizo sobre la tela no solo intenta reproducir sus rasgos, sino que busca reflejar la profundidad y delicadeza de su alma.

Este proyecto artístico se ha convertido en un empeño personal, en un viaje para capturar la esencia pura de su ser, algo que me produce una satisfacción sin igual.

Más allá de la emoción que me embarga al trabajar en su imagen, quiero aprovechar este mensaje para expresarle un sentimiento que ha ido creciendo silenciosamente en mi interior durante las últimas semanas. Rememoro con especial ternura el paseo que disfrutamos juntos entre los claros del bosque, donde la luz filtrada por las copas de los árboles dibujaba un tapiz dorado bajo nuestros pies. En ese momento, parecía como si el tiempo se hubiera detenido y el universo se redujera al ámbito compartido entre usted y yo.

Anhelo poder repetir esos instantes, perderme con usted en los recovecos escondidos de la arboleda que rodea Sunny Hütte, y encontrar en la quietud del paisaje el lugar para hablar sin reservas. Desearía que pudiésemos explorar esos parajes mágicos, donde solo la naturaleza y nuestros pensamientos sean testigos de nuestras palabras.

Espero sinceramente no ser demasiado audaz ni inadecuado; no pretendo incomodarla, sino expresar con honestidad lo que siento. Si usted lo considera oportuno, me complacería enormemente que pudiéramos acordar una fecha para una nueva cita, una en la que podamos gozar no solo del arte, sino también de la compañía y la conversación, en un ambiente de calma y confianza.

Quedo a la espera de su respuesta, anhelando que esta propuesta sea recibida con agrado. Con el mayor

respeto y afecto,
Roderick W.

Al finalizar la lectura, Katja se sintió abrumada por una mezcla de emociones abrasadoras. El fervor de las palabras, impregnadas de un tono romántico y sugerente, despertaba en ella una serie de pensamientos turbulentos y expectativas inciertas. Roderick W... ahora ya conocía el nombre de pila del autor del cuadro que Annette había descubierto en el desván. Y ese hombre probablemente era un... ¿pretendiente de su tía?

Decidió abrir la siguiente epístola.

Querida Katja Rose,

Sé que arriesgo demasiado al dirigirme a ti de esta manera, usando tu nombre sin ceremonias, pero la verdad es que ya no me importa el qué dirán ni las convenciones. Desde el instante en que tus ojos se cruzaron con los míos, sentí que había encontrado algo único, algo que no podría olvidar jamás. Cada jornada que he dedicado a crear el retrato que muy pronto será tu imagen definitiva ha sido para mí una fuente constante de admiración silenciosa. Y fue ayer, mientras paseábamos juntos en el lugar que tantas confidencias ha escuchado, cuando acepté plenamente que mi afecto por ti supera cualquier mero deseo estético.

No puedo seguir ocultando esta pasión que me consume, y por eso me atrevo a confesarte con el corazón en la mano que me he enamorado irremediabilmente de ti. Cada minuto a tu lado ha sido como un sueño que cobra vida, y el recuerdo de aquel beso bajo la sombra

protectora de tu árbol favorito me persigue sin descanso, señalándome mi ineptitud para guardar silencio.

Me has arrancado el alma sin piedad. Me siento desarmado, incapaz de imaginar el futuro sin la promesa de tenerte cerca. Es tal mi locura que veo tu rostro reflejado en cada mujer con la que me cruzo, y cada vez que mi mente invoca el sabor de tus labios, siento que he bebido de un néctar reservado solo a los dioses. Renunciar a ese momento es un sacrificio que no estoy dispuesto a hacer.

Aunque sé que mi amor es correspondido, y me has dado señales que me llenan de alegría, debo ser honrado contigo sobre ciertos acontecimientos que rodean mi pasado, y la verdadera razón por la que llegué a Vilbruck. A los Bauer y a mi familia nos une un lazo complicado, una deuda que ha perdurado por décadas. Lo que entre nosotros ha surgido no fue producto de un plan preconcebido, te lo juro con toda sinceridad.

Por favor, encuéntrame el domingo después del servicio dominical, en el lugar que ya conoces tan bien, para que pueda explicártelo todo. Creo que mereces conocer toda la verdad antes de que sigamos adelante.

Te adora, R.

P.D.: Te adjunto un mapa que dibujé cuidadosamente de nuestro refugio especial. Espero que te guste y te ayude a revivir esos momentos tan nuestros.

Estupefacta por su repentino hallazgo, Katja dejó de leer, asimilando aquella información que parecía afectarla mucho más de

lo que vaticinó en un principio.

Así que el pergamino también era obra de Roderick...

—Tonta de mí por no darme cuenta antes —murmuró para sí.
Desdobló la tercera misiva y devoró también sus letras sin demora.

Mi adorada Rosie,

Rezo para que estas líneas te encuentren en paz, o al menos te ofrezcan refugio y solaz en medio de las tormentas que hoy nos tienen sitiados. Desde que nuestras almas se entrelazaron en un vínculo de amor puro, he sentido una dicha profunda que solo tú sabes despertar en mí. Sin embargo, la sombra de un destino perverso se cierne sobre nosotros con dureza, aunque te juro, querida mía, que jamás claudicaré en esta batalla que libramos por nuestro futuro.

La noticia de que mis cartas te fueron arrebatadas por la mano implacable del patriarca Bauer me ha dejado sin aliento. Que hayas logrado conservar solo dos de ellas es una injusticia que hiere más allá de lo que puedo expresar. Tu padre y tu hermano August, en su afán de separarnos, han consumido en las llamas de una chimenea nuestras palabras, intentando borrar no solo textos, sino también la ilusión que nos sostiene. Pero déjame decirte que ese fuego no ha hecho más que avivar mi espíritu y reafirmar mi compromiso contigo.

Te imploro, mi dulce Katja Rose, que no pierdas la paciencia ni la fe. Eres como un faro luminoso que guía cada uno de mis pasos. No descansaré hasta que la justicia se imponga y podamos, al fin, ser libres del odio y

la ambición de Hans Bauer.

Aunque ahora las circunstancias parezcan insuperables, aferrémonos a la esperanza. Confía en que nada, ni siquiera las maquinaciones de tu padre, podrá doblegarnos. Cobija en tu pecho ese anhelo que nos une y aguarda por mí, porque estoy dispuesto a enfrentar cualquier adversidad para que conquistemos la felicidad que merecemos.

Con todo mi amor y devoción eternos,
Roderick

Con una furia que apenas lograba dominar, Katja resolló, levantándose de la cama como impulsada por un tornado. Sus pasos nerviosos iban y venían, buscando en el movimiento una calma esquiva que lograra sosegar la rabia que la devoraba. Cada frase escrita en aquellas cartas le atravesaba el pecho como un puñal invisible, desgarrando sus entrañas. La imagen de su tía, destrozada por el dolor de la separación, se grabó en su mente con una nitidez despiadada, y su cólera crecía sin freno, alimentada por la amarga convicción de que Roderick, después de todo lo ocurrido, no había cumplido su propósito.

Cuando finalmente sus latidos empezaron a desacelerarse y la tempestad interna amainó, Katja se precipitó de nuevo hacia el lecho, decidida a continuar leyendo. Necesitaba respuestas, aunque dolieran; exigía conocer el desenlace de la historia que lo había cambiado todo. Para su asombro, descubrió que las veinte misivas restantes estaban escritas del puño y letra de Katja Rose, todas dirigidas a Roderick. Un extraño sentimiento la invadió: ¿por qué había conservado esas cartas en lugar de enviarlas a su destinatario?

Sus ojos recorrieron la primera hoja, datada en 1875, apenas unos meses después del último mensaje del pintor. Las demás correspondencias estaban fechadas en distintos años posteriores, como fragmentos dispersos de una memoria que se negaba a quedar sepultada. El reloj de pared de su habitación marcaba las once y media de la noche, pero la joven rehusaba entregarse al sueño. Por más que lo deseara, su mente estaba demasiado agitada, y le era imposible encontrar reposo.

Los veranos en la Baja Sajonia eran suaves, pero al anochecer el aire adquiría una frescura que recordaba la brisa otoñal de las costas británicas. Cubriéndose con un chal de algodón, Katja se dirigió hacia la cocina a prepararse algo caliente. Necesitaba la vigilia como aliada para atravesar la noche que se avecinaba, larga y llena de interrogantes. Sabía que tendría que usar cada fragmento de voluntad si quería mantenerse despierta, pues la maraña de secretos y conspiraciones que había empezado a desentrañar era solo el inicio de un camino incierto y difícil. En la soledad del hogar, y rodeada del aroma amargo del café, se preparó para enfrentar las horas más oscuras, dispuesta a no rendirse hasta exhumar la verdad que su corazón reclamaba.

Erigido en la periferia de Bremen, Sohlenkunst, el negocio propiedad de tres generaciones de Bauers, dominaba el paisaje industrial con su presencia majestuosa. Al detenerse el carruaje, Katja cruzó las rejas de hierro y se adentró en el corazón de la fábrica, avanzando por un laberinto de pasillos amplios y bulliciosos, donde el zumbido constante de las máquinas de coser y el chirrido de las suelas que se prensaban llenaban el aire.

La luz se filtraba vibrante a través de las ventanas altas, creando un juego de sombras y reflejos en los interminables estantes de herramientas y materiales de producción. A medida que iba recorriendo los corredores, pudo observar la meticulosa labor de los artesanos que trabajaban en sus estaciones, cortando, cosiendo y ensamblando cada pieza con destreza y precisión.

El olor a cuero recién seccionado invadió su olfato, mezclado con el inconfundible aroma a cera y aceite de las máquinas. En las salas de montaje, las mesas estaban cubiertas de filas ordenadas de zapatos a medio terminar, esperando ser adornados con detalles finales y lustrados con esmero. Los trabajadores, concentrados en su labor, movían sus manos con rapidez y habilidad, dando vida a cada par de calzados con un cuidado artesanal. Vio que un niño de unos doce años cargaba con unas diez cajas para guardarlas en el almacén desde donde se despacharían los pedidos, mientras un cuarteto de mujeres discutía sobre el acabado de uno de los modelos.

—Nunca dejan de parlotear como cotorras, y luego se preguntan cómo es posible que las confecciones se retrasen —dijo Ingrid, situándose junto a ella—. ¿Qué haces aquí, querida?

Katja se giró hacia su madre. Su gesto áspero y poco amable la sobresaltó.

—Fui a tu casa y me dijeron que estabas en la fábrica —contestó escuetamente—. ¿Vienes cada día? Pensé que eran solo padre y sus subalternos quienes tomaban las decisiones en el gobierno de nuestra empresa.

—Vine a traerle el almuerzo, que con las prisas se le olvidó —explicó la señora Bauer—. Te noto atribulada, hija. ¿Estás teniendo problemas con las reformas de Sunny Hütte? Si quieres, August puede hablar con un conocido y...

El chirrido de un enorme artefacto con el que los obreros limaban las suelas cortó la conversación. Un hombre lanzó un grito a su compañero seguido de un juramento, e Ingrid propuso:

—Vamos a sus oficinas. Allí apenas se oye el ruido de...

—No he venido a visitarlos. Solo a que me digas qué sabes acerca de Roderick Weller.

Ingrid palideció de pronto. Katja creyó que intentaría eludir la pregunta con alguna excusa absurda, o una de sus famosas migrañas, pero no fue el caso. La tomó por el codo y la guio al exterior, al área de descanso de los trabajadores, y, asegurándose de que nadie las interrumpiría, susurró:

—¿Dónde has oído ese nombre?

—Entonces lo conoces.

—¿Quién te contó...?

Katja abrió su bolsito de tela y sacó una hoja doblada. A continuación recitó:

—«Te imploro, mi dulce Katja Rose, que no pierdas la paciencia ni la fe. Eres como un faro luminoso que guía cada uno de mis pasos. No descansaré hasta que la justicia se imponga y podamos, al fin, ser libres del odio y la ambición de Hans Bauer».

—Basta. No es necesario que sigas. Veo que mi cuñada logró conservar algunas de sus cartas.

—¿A qué justicia se refiere? ¿Quién era ese hombre, madre?

Ingrid inició una caminata en dirección opuesta a la entrada trasera, y la chica la siguió. Se sentó en un banco próximo a una fuente y confesó:

—August me avisó de que esto sucedería. Y no puedo decir que no me alegre. Su apellido no era Weller, sino Weber. Y fue el motivo por el que tu tía nunca se casó.

Katja se acomodó a su lado, muda como una tumba. Ingrid

parecía presta a colaborar, así que la dejaría desahogarse sin interrumpirla.

—Yo ya estaba casada con tu padre cuando todo ocurrió, aunque tú aún no habías nacido —relató la mujer—. Acababa de entrar a formar parte de la familia. Hans, tu abuelo, apoyó mi compromiso con August desde el comienzo, y me recibió con los brazos abiertos. Sentía que estaba en deuda con él. Y por eso... por eso me puse de su parte cuando el escándalo estalló.

—¿Qué escándalo?

—Roderick fue contratado para realizar un retrato de Katja Rose, y se enamoraron. Pero lo que hizo que August y Hans se opusieran rotundamente a su relación fue lo que ambos averiguaron al indagar sobre aquel atractivo y enigmático artista. Sus verdaderas razones para presentarse a la oferta de empleo. Ocultaba un as bajo la manga que podría habernos destruido. Siempre he sentido remordimientos por lo que le hicimos a tu tía; sin embargo, carecíamos de más opciones.

Katja escrutó enfadada su expresión pesarosa. ¿Se estaba... justificando? Pensó en la desdicha de su propio matrimonio, una unión que los Bauer habían consentido activamente. Weber había sido el amor de la vida de Katja Rose, y lo había perdido gracias a su intervención. A ella le sucedió al contrario: se le había negado la oportunidad incluso de hallarlo. Sintió cómo la bilis ascendía por su garganta y se alojaba en su lengua, preparada para ser lanzada por esta como el tósigo de una cobra.

—Tu cuñada le escribió cartas cada año desde su separación. Imprimió sobre el papel todo el sufrimiento que le causasteis —gruñó, furiosa—. Fueron veinte esquelas, madre. Veinte ocasiones en las que se sentó frente a su escritorio para gritar al viento su dolor. No sé cómo podéis vivir con eso.

Ingrid se llevó una mano al talle encorsetado, como si de repente le costara respirar.

—Era apenas una cría. Creí... creí que lo iba a superar —sollozó—. Que conocería más tarde a un caballero que le daría el hogar y los hijos que tanto deseaba. Tu nombre... lo escogimos como un homenaje a ella.

—Para intentar calmar vuestra conciencia, querrás decir.

—¡Katja!

La dama se levantó del banco como si el asiento quemara. Los bajos de su falda gris ondearon al viento igual que la bandera de un barco de guerra.

—Iban a fugarse y a vivir en Rothenburg ob der Tauber —informó, mirando a la señora Bauer—. El pueblo en el que Roderick planeaba adquirir una casa, asentarse y ejercer su profesión. ¿Sabes cómo lo descubrí, madre? Porque era lo que Katja Rose seguía deseando décadas más tarde. En sus últimas letras, que redactó unos días antes de morir, se despedía de él porque presentía que no le quedaba mucho tiempo, y describía al detalle la decoración de ese nido compartido que nunca llegó a materializarse.

—Por favor, no sigas.

—Arrancasteis a Weber de sus brazos, y a mí me lanzasteis a los de un demonio —continuó Katja, ignorándola—. Porque Thomas me dio más bofetones que besos en el rostro. Y después de tener a Rosalind, perdí un bebé como resultado de una golpiza propinada por mi adorado esposo. Por no hablar de las veces que me vejó y estupro hasta cansarse.

Ingrid abrió los ojos como platos y lanzó una exclamación de angustia, y Katja se percató de que había hablado demasiado.

—Me he pasado toda la noche sin dormir, desnudando el alma de mi tía a través de sus íntimas confesiones —gimió, al borde del

llanto—. Escribía a Roderick como una especie de catarsis, aún sabiendo que nunca podría enviar esas misivas, porque él había desaparecido sin dejar rastro. Vosotros hicisteis que desapareciera.

—Dios mío, hija...

Ingrid rompió a llorar, y Katja desvió la mirada hacia un corro de obreros a lo lejos, que depositaban un pedido de calzado en un carro con destino a una tienda del centro de Bremen.

—Si nos hubieras alertado del trato que Thomas te daba, nosotros...

—No habríais hecho absolutamente nada —la cortó la chica—. Tanto mi persona como todas mis posesiones eran propiedad de mi marido. Me vendisteis a un carnicero, y ahora sé que no fui la única en padecer las consecuencias de vuestras pésimas resoluciones. Que Dios os perdone, porque yo no sé si podré.

Con las mejillas enrojecidas por la agitación y el enojo, Katja procedió a alejarse de la matriarca sin ni siquiera decir adiós. El taconeo de sus pasos repercutiendo en los adoquines se mezclaba con el rumor del viento, creando una tétrica sinfonía discordante que reflejaba el torbellino de emociones que sacudía su interior. Cada paso que daba era una muestra de independencia, una afirmación de su derecho a conocer la verdad y a desafiar las injusticias del pasado.

Detrás de ella, la figura de su madre quedó sola en el patio, su silueta recortada contra el paisaje industrial y efervescente que las rodeaba. Sus gestos eran de impotencia y pesar, y su voz debilitada se perdió en el vacío cuando intentó detener a su hija y rogarle que la escuchara. Pero la joven había tomado una decisión, y nada la detendría en su búsqueda de reivindicación y consuelo para la memoria de Katja Rose.

Abandonó la fábrica con aplomo, sin volver la vista atrás. Al

franquear la verja principal, divisó el automóvil de Annette Müller esperándola al otro lado de la calle. Su amiga asomó la cabeza por la ventanilla apenas la vio acercarse, agitando la mano. Subió sin decir palabra y se dejó caer en el asiento, notando cómo el nudo en su garganta seguía apretando, mientras el vehículo se ponía en marcha.

Ya sentadas en dos confortables sillones orejeros, Katja y Annette compartían un tentempié de galletas y té de limón en la salita de la villa de los Müller. El vapor se elevaba en espesas espirales aromáticas mientras la invitada, con una expresión de disgusto en sus facciones, relataba la acalorada discusión que había protagonizado con su madre.

—¡Estoy... atónita! ¡Ni siquiera se molestó en negarlo o...!

—Disimular.

—¡En absoluto!

—Ahora entiendo por qué Katja Rose compró Sunny Hütte, se recluyó allí y expulsó a tus padres de su círculo —concluyó Annette—. ¿Le preguntaste sobre ese «as bajo la manga» del que te habló? ¿Qué significa eso?

—Estaba tan perturbada que no lo mencioné —explicó su compañera—. Pero pienso desenterrar esa vergonzosa controversia que sobrevoló las cabezas de los miembros de mi clan por décadas.

—Arderá Troya, Kat.

—No me importa.

Annette escuchaba atentamente, su rostro proyectaba una combinación de sorpresa y preocupación por la situación de su amiga. Cuando esta terminó de desahogarse, tomó aire antes de preguntar:

—¿Qué vas a hacer con las cartas de tu tía?

Katja bajó la mirada y se concentró en el líquido dulce y

amarillento de su vaso. Luego elevó el mentón con firmeza y dijo:

—Dárselas en mano a Roderick Weber.

—¿Qué?

—Ya me has oído.

—¡Señor del cielo!

—Sé que piensas que estoy loca, y...

Annette saltó de la poltrona, haciendo que su interlocutora diera un respingo.

—¡No! Creo que es una idea brillante. ¡Y muy romántica! Katja Rose debe de estar sonriendo desde el cielo ahora mismo.

Los ojos de Katja se anegaron, y una gruesa lágrima resbaló por uno de sus pómulos.

—Perdóname, no quería entristecerte...

—No lo has hecho. Me he emocionado, eso es todo —replicó la aludida—. Amaba a mi tía como a una segunda madre. Y a ambas nos une este hilo invisible tejido con la crueldad de las personas que debían querernos y proteger nuestros intereses. Es lo mínimo que puedo hacer para compensarla.

—¿Y cómo localizarás a ese hombre? Sabemos cómo se apellida y a qué se dedica, pero sería como buscar una aguja en un pajar por toda Alemania.

Katja se mostró de acuerdo con sus conclusiones. No obstante, las letras de su tía establecían ciertas pistas sobre el posible paradero del señor Weber, y no iban a ciegas del todo. Él era natural de Dachau, una aldea a veinte kilómetros de Múnich que, a principios del siglo anterior, comenzó a atraer a pintores de paisajes de renombre, como Carl Spitzweg o Wilhelm von Diez. Dachau era conocida como una colonia de artistas de distintas ramas, y por casualidad, su propio tío abuelo Jürgen, el hermano mayor de Hans, la había visitado en su mocedad, cuando era estudiante en la

universidad.

—Podría comenzar por Dachau, la villa en la que nació —propuso, meditabunda—. O Rothenburg ob der Tauber, el emplazamiento al que iba a mudarse tras desposarse con Katja Rose.

—¿Irás personalmente?

—Imposible. Tengo que cuidar de mi hija, y las entrevistas para conseguir una institutriz... primero contrataré a un detective. Luego, le pediré al señor Weber que venga a Vilbruck, y nos citaremos...

—Dudo que Roderick quiera aproximarse a menos de cien millas de este sitio o del mismo Bremen —señaló la anfitriona—. Y espero que hayas pensado en cómo vas a decirle que tu tía...

—No me lo recuerdes —se lamentó la señora Bramwell—. Cada vez que trato de preparar un discurso decente, me embarga una agonía que no me deja respirar.

—No te preocupes por Rosalind; tiene a sus abuelos. Y me tiene a mí, por supuesto —declaró la señorita Müller, mordiendo una galleta de crema—. No te demorarás tanto en esos dos villorrios como para que la niña te eche de menos.

—Pero... mis responsabilidades...

—No la estás abandonando. Deja de sentir esa culpa diabólica siempre que quieres hacer algo que no esté relacionado con tu pequeña. Sé que todavía no comprendo la profundidad de los sentimientos de una madre, puesto que yo aún no tengo hijos, pero a veces parece que olvidas que eres una mujer y tienes tus propios sueños. Ella estará bien. Y puedes posponer la búsqueda de una educadora un mes o dos. Rosie no se va a perder gran cosa, y tú tendrás una grandiosa historia que contarle cuando regreses. Vete. Por favor. Hazlo por ti. Y por Katja Rose.

Katja se terminó su té y se limpió los labios con una servilleta,

rumiando las palabras de Annette. Temía lo que podría hallar en su viaje, tanto en términos de la reacción del destinatario de las cartas como de lo que descubriera acerca de su propia familia. Pero la persistencia de su confidente le indicaba claramente que sería una necesidad ignorar esa oportunidad de encontrar algo de paz y cierre para ese episodio de su vida.

Debía engullir su aprensión y enfrentarse a Roderick Weber cara a cara. Honrar la memoria de la hermana de su padre ahora era una prioridad.

Capítulo 4

Más que un lugar de trabajo, aquella vasta sala era un santuario de inspiración y creatividad. Allí, rodeado de sus herramientas, materiales y obras en progreso, el alquimista del pincel se sumergía en su mundo interior para dar vida a sus visiones. La atmósfera del estudio, con sus colores y texturas, contribuía a alimentar la imaginación y facilitar la expresión artística.

Los caballetes eran indispensables para sostener los lienzos mientras se trabajaba en ellos. Los pinceles, tablillas y cuchillos de paleta se colocaban en mesas junto con los pigmentos y los aceites para mezclar. En ese estudio en particular, se podían encontrar otros elementos como modelos vivos, maniquíes o incluso animales, como el gato de Ernst, que lo seguía a todas partes como una amante despechada.

El dibujo con el que Roderick llevaba semanas atascado seguía sin satisfacerle. Prefería la pintura al aire libre, con sus paisajes cambiantes, sus escenas urbanas llenas de movimiento; pero no podía rechazar el encargo del conde von Sachsen, quien insistía en que solo él —y no su colega— debía pintar a Afrodita recostada sobre un lecho de mirtos, rodeada de manzanas, granadas y limas. Lena, la modelo elegida, había desaparecido con la obra a medio

hacer, dejándolo plantado sin una explicación convincente.

Hastiado por no ser capaz de concentrarse, arrugó el boceto y lo tiró a la papelera, soltando un bufido. Liesel habría sido absolutamente perfecta para aquel pedido. Un cuerpo exuberante y hermoso, piel tersa y cremosa, curvas abundantes... justo lo que aquel noble borracho andaba buscando. Pero ella también se había largado. Y sin avisar.

—Habla con Isaak, Roderick. Si le expones el asunto, tal vez ceda y permita que Lena vuelva a posar para ti.

La voz de Ernst Kissinger llegó desde el otro extremo del estudio, mientras acariciaba distraído el lomo de Herzog, que ronroneaba con la satisfacción de quien domina su pequeño reino. Roderick alzó la vista de su cartapacio para mirarlo con cansancio.

—Le exigió que se retirara. Y ella ha obedecido —respondió.

—¡Pero si le pagaste el doble de la tarifa habitual!

—El conde fue generoso con el adelanto, así que pude permitírmelo. Algunas mujeres, al casarse, empiezan a ver esta profesión con otros ojos. Y el que tú te hayas acostado con ella tampoco tranquiliza al flamante marido —añadió Roderick, con una mueca amarga.

—¡Eso fue antes de que se conocieran! —protestó Ernst, herido en su vanidad—. En todo caso, el agraviado debería ser yo: Isaak me la arrebató sin miramientos, sin una sola palabra de disculpa.

—Le ofreciste juegos de almohada, unas risas y un puñado de promesas vacías. Él, un hogar, un apellido y un futuro sin incertidumbres. Habría dudado de la sensatez de Lena si hubiera rechazado semejante oferta para quedarse contigo —zanjó Roderick, irritado.

—A veces me pregunto por qué continúo soportando tu ingrata compañía. Debería abandonar este taller y buscar otro agujero

donde pintar en paz, dejando que las deudas te asfixien.

—Gracias por tus conmovedores buenos deseos. Y ahora, déjame terminar esto o no podré pagar el alquiler del mes que viene.

Ambos volvieron a sus quehaceres y no hablaron durante la siguiente hora. Herzog se escapó por la ventana y se marchó a recorrer el pueblo, mientras los ojos argentados de Weber se perdían en las vistas del bucólico Rothenburg ob der Tauber.

En algún momento, Kissinger desapareció del estudio y retornó con unos bollos *krapfen* todavía tibios en una bolsa de papel. Le ofreció uno, pero Roderick lo rehusó. No comería hasta haber dado con la solución al problema que se le presentaba. Von Sachsen empezaba a impacientarse y no sería prudente decepcionar a un miembro de la nobleza alemana. Si su cuadro se exhibía en los salones de la residencia de verano del aristócrata, tendría trabajo asegurado para ese año y el entrante, pues los nobles tenían la extraña manía de copiarse unos a otros y competir entre ellos. Si uno descubría a un talento, los demás no perderían la oportunidad de rifárselo y obtener alguna obra suya para restregársela por la cara a amistades y parientes.

La imagen recurrente de Liesel regresó a su mente para atormentarlo, y Roderick sintió vergüenza, además de una inquina corrosiva. Hacía un rato le había recriminado a Ernst que se hubiera involucrado con Lena, cuando él había hecho lo mismo con ella. Aunque claro, su historia había sido bien distinta. Y maldita la hora en la que se le ocurrió llevársela a la cama.

—Rod.

—Te he dicho que estoy ocupado, Ernst. Y no tengo hambre.

—Tienes visita.

—He anulado todas las citas de hoy —replicó Roderick, crispado,

sin apartar la vista del bosquejo que tenía ante sí—. Si no termino este condenado encargo, el conde me exigirá el adelanto de vuelta y le encomendará el cuadro a otro fulano.

Kissinger, impasible ante el tono de su compañero, se acercó con una lentitud deliberada y, sin previo aviso, le arrebató el carboncillo de la mano. Roderick se incorporó de un salto, fulminándolo con la mirada.

—Devuélveme eso —gruñó.

—Dame diez segundos de tu valioso tiempo y lo haré —repuso Ernst, llevándose tranquilamente un trozo de bollo a la boca.

—¿Qué demonios quieres ahora?

Ernst masticó con calma, haciendo gala de una templanza exasperante. Luego tragó, carraspeó y habló con fingida solemnidad:

—Detrás de esa puerta está la solución a tu encrucijada.

Roderick enarcó una ceja, impaciente.

—¿Y eso qué significa?

—Una joven. Vestida como una dama. Viene preguntando por ti —informó Kissinger con una sonrisa torcida—. Y es... extraordinaria. Cabello rubio como un lingote de oro, liso y brillante. Y los ojos... Dios. ¿Recuerdas aquella cala en Madagascar donde fondeamos el verano pasado? El agua tenía ese color imposible, entre verde y azul, que no sabías definir. Así son los suyos. No he logrado decidir de qué tono exacto.

Roderick frunció el ceño, desconfiado.

—No tiene por qué ser modelo.

—Tal vez no lo sea —admitió Ernst—. Pero si no, invéntate algo, sobórnala, ruégale. Págale el triple de lo que le dabas a Lena, si hace falta. Pero no dejes que cruce esa puerta sin antes probar suerte. Von Sachsen te haría una reverencia si la convencieras de posar en tu cuadro de Afrodita, créeme.

—¿Qué droga le has puesto a esos *krapfen* esta mañana? Se suponía que te recetaron los extractos de cáñamo solo para tratar el insomnio.

—¡Ve, insensato!, antes de que cambie de idea.

La intriga terminó por vencer el mal humor. Roderick se sacudió el polvillo de las manos, apartó el taburete con el pie y se dirigió hacia la puerta con fingida desgana. Al salir al corredor, la vio de espaldas, de pie junto al ventanal, perfilada contra el vidrio que dejaba pasar una luz pálida y temblorosa.

—¿Puedo ayudarla en algo, señorita? —preguntó, aguardando su respuesta.

Ella se volvió con suavidad, y Roderick contuvo el aliento de forma involuntaria. La belleza de la joven era evidente, pero no fue eso lo que lo turbó: era la inquietante familiaridad de aquel rostro lo que lo detuvo en seco, como si lo hubiera contemplado antes en otro tiempo o en otro lugar.

—¿Nos... conocemos? —murmuró, incapaz de ocultar su desconcierto.

En las ondulantes colinas de la región de Baviera, donde el río Tauber serpenteaba como una cinta plateada, se alzaba la urbe medieval de Rothenburg ob der Tauber, como un tesoro preservado para la posteridad. Las murallas centenarias abrazaban con firmeza la localidad, erguidas como centinelas mudos ante el paso de los siglos. Sus imponentes torres de piedra se elevaban hacia el cielo como dedos señalando hacia el infinito, recordando a los intrépidos viajeros que se aventuraban dentro de sus muros que allí el pasado y el presente se entrelazaban en un baile fascinante y cautivador.

Al adentrarse por sus calles, Katja se vio atrapada por un magnético manto de historia y leyenda. Las casas, con sus fachadas inclinadas y sus tejados de pizarra, parecían susurrar antiguos misterios al viento que soplaba entre sus anchas vigas. Las ventanas adornadas con enredaderas florecidas y los balcones engalanados con macetas rebosantes de geranios daban vida a cada esquina, como si la ciudad misma fuera un jardín sacado de un paisaje digno de un romance de Goethe.

Cruzó el *Marktplatz* a pie, dejando a su izquierda la iglesia gótica de San Jacobo, en busca del estudio de Roderick Weber. Dos días atrás había partido de Dachau al no dar con ninguna pista sobre el paradero del caballero, y después de probar suerte preguntando entre el personal del hotel en el que se hospedaba, uno de los camareros del restaurante le indicó la dirección del pintor, que era un miembro bastante conocido en la pequeña población de tres mil habitantes.

Al llegar al edificio, ascendió por unos estrechos escalones hacia lo que semejaba un espacioso apartamento. Iba a usar la aldaba para llamar a la puerta, cuando un hombre joven, de cabellos rubios, ojos marrones y muy bien parecido se dirigió a ella con una educación ejemplar.

—Buenos días —saludó él, subiendo la escalera—. ¿Viene a recoger algún pedido?

Katja se dio la vuelta. Al mirarlo a los ojos, notó en los de él un destello de aprobación. No era que se tuviera en alta estima a sí misma en cuanto a su aspecto físico, pero era consciente de que el tono claro y singular de sus iris grandes y expresivos gustaba bastante a los integrantes del gremio masculino.

—Buenos días —cumplimentó, solícita—. Vengo a ver al señor Roderick Weber. ¿Es aquí su taller?

—Y su casa —completó el hombre—. Y yo, su socio. Ernst Kissinger, para servirla.

Katja estrechó su mano y le sonrió.

—Katja Bramwell. ¿Podría... hablar con él?

—¿Tiene cita? Disculpe que le pregunte. Es que... últimamente anda muy ocupado.

—Yo... no. Pero... de veras que me urge verle. No he venido a hacer ningún encargo. He de regresar lo antes posible a mi casa. Vivo cerca de Bremen, al norte.

Kissinger asintió, impresionado. ¿Del norte de Alemania? El bribón de Weber se quejaba de vicio. Introdujo una llave en una vieja cerradura, y la puerta se abrió. Con gesto amable, le cedió el paso a la visitante.

—Por favor, si no es molestia, espere aquí, en el vestíbulo. Voy a avisarle.

—Muchas gracias.

Ernst abrió otra puerta de madera y cristal labrado, y los nervios se agolparon en el estómago de ella. Estaba a punto de conocer en persona al autor de aquellas bellísimas letras dedicadas a su amada en su mocedad y de cerrar un ciclo en las vidas de ambos, entregándole las cartas que su tía no había tenido la posibilidad de enviar.

Dentro de la arqueta había un autorretrato de Roderick realizado en lápiz, posiblemente uno de los regalos que él le hizo cuando aún había esperanza para su relación. A juzgar por aquella imagen, su porte era gallardo y elegante, y su rostro de una estética robusta y cautivadora. No le extrañaba que Katja Rose hubiera caído rendida ante su encanto.

La madera chirrió, y vio de reojo que una figura alta y vigorosa salía a recibirla. Cuando habló, sintió que su voz acariciaba su

espalda como si un chorro de miel recorriera sinuoso su columna vertebral.

—¿En qué puedo ayudarla, señorita? —inquirió el desconocido.

Katja se giró para mirarlo, y al hacerlo, casi se le cae el manajo de sobres al suelo. Sí, era él.

Cabellos castaños, ojos grises, mandíbula sólida y ancha, y una mirada hechizante.

No obstante, sus rasgos la descolocaron como si le hubieran propinado una bofetada. No podía ser. Era imposible.

Él, por su parte, también parecía sorprendido de verla, como si recordara sus facciones de algún encuentro anterior. Pero jamás se habían visto antes. De eso estaba segura.

—¿Nos... conocemos? —insistió él.

—Perdone. ¿Es usted... Roderick Weber?

—El mismo. Me ha dicho mi socio...

—Debo de haberme confundido —le interrumpió Katja—. Yo buscaba a alguien... usted... no me esperaba alguien tan... joven.

Roderick la escudriñó curioso y desubicado. La tonalidad de azul oscuro del vestido de satén de la mujer le atrajo como un imán a una barra de hierro. Conseguir esa mezcla de colores en un tinte no era fácil ni barato, y el tipo de tela... seguramente sería una dama rica. Al hacer referencia a su edad, entendió el motivo del desconcierto de la rubia de iris aguamarina.

—Entonces no son mis servicios los que reclama —aclaró, afable—. Mi padre y yo compartimos tanto la ocupación, como el nombre y apellido.

—¿Su... padre?

—Soy Roderick Weber Junior. Este estudio lo fundó mi progenitor.

—¡Oh!

—Dígame... ¿para qué lo buscaba?

Katja necesitó unos segundos para recuperarse del sobresalto. Weber le tendió la mano, y ella cometió el error de tomarla. El calor que desprendía su piel la puso todavía más nerviosa. La soltó como si le ardiera.

—Es... un asunto personal. Traigo... un mensaje para... él.

A Roderick le estaba divirtiendo de lo lindo conversar con aquella individua de recalcada belleza y errático proceder. ¿Sería aquella boca simétrica y bien delineada capaz de pronunciar dos frases seguidas sin tartamudear?

—¿Quiere pasar?

—Yo... quería darle esto. —Le mostró el paquete de cartas—. Son para él.

—¿Escritas por usted?

—No. Por... mi tía. Desconocía su dirección, y...

—Y veo que hace una eternidad que no se hablan —indicó Roderick.

—¿Por qué lo dice?

—Porque en caso contrario, su pariente habría sabido que él falleció hace ocho años.

Katja recibió la noticia como quien cae a un lago helado en los días más fríos de invierno. Boqueó unas cuantas veces y un rubor intenso ascendió por sus mejillas. Weber entonces preguntó:

—¿Desea tomar asiento?

—Murió...

—Un infarto fulminante —declaró él—. Mientras trabajábamos juntos en una encomienda. Señorita..., creo que debería... ¿cómo se llama su tía? Al notificar el deceso de mi padre a sus amistades, traté de no excluir a nadie. Perdóneme si no les avisé. *Mea culpa*.

—Katja Rose. Bauer —musitó ella casi sin voz.

—¿Cómo? ¿Ha dicho... Bauer?

De pronto, el gesto gentil y bondadoso del pintor se transformó, y su ceño se replegó en un claro acto de hostilidad suprema. El pecho del hombre se agitó bajo su chaleco como si sus pulmones se hubieran quedado sin oxígeno, y gruñó, enardecido:

—Hay que tener arrestos para osar actuar como si el daño que le hizo no fuera suficiente.

—Señor Weber, supongo que estará al tanto de la historia que les une a su padre y a mi...

—¡Fuera!

Su aullido hizo que Ernst abriera la puerta del estudio y se asomara asustado. Katja retrocedió espantada hasta estrellarse de espaldas contra la pared contigua, y el paquete y el bolsito que portaba consigo se desparramaron en las baldosas que hollaban sus pies.

—¿Qué pasa, Rod?

Roderick ignoró a su amigo y volvió a chillar, elevando el brazo para señalar la salida:

—¡Largo de aquí!

Katja no esperó a exigir explicaciones por su explosión airada. Al verlo con el brazo levantado, presto a golpearla, la invadió un terror renegrido y abrió la puerta, huyendo despavorida. Roderick sintió la tentación de perseguirla calle abajo para gritarle todo tipo de improperios, pero se contuvo.

—¿Qué diablos...? ¿Tú has perdido la cabeza o qué? —lo increpó Ernst.

—Cállate y no te metas —lo reconvino el joven, dando un portazo en el vestíbulo y entrando de nuevo al estudio.

—¿Desde cuándo tratas a las mujeres así, Rod? No te reconozco.

—No sabes quién es ni lo que representa.

—Pues no me vendría mal una aclaración —exigió Kissinger, molesto—. Creo que ha pensado que ibas a pegarle. ¿No viste el pánico en sus ojos? ¡Por poco se le salen de las órbitas!

—Me importa un carajo.

De una patada, Roderick tiró un cuadro del mercado de Rothenburg ob der Tauber en el que también estaba trabajando. La paleta y los pinceles corrieron la misma suerte.

—Cálmate antes de que destroces el taller, hombre —medió Ernst, anonadado por la reacción de su socio. En todos los años que llevaban colaborando, jamás lo había visto tan alterado. Ni siquiera cuando Liesel lo dejó—. Voy a traerte una copa de coñac, ¿de acuerdo? Y mientras bebemos, quiero que me lo cuentes todo.

Weber se sentó en un baúl que hacía las veces de banqueta y se frotó la cara con las manos. El suyo no era un carácter iracundo ni carente de control, pero solo con oír el apellido Bauer, había estallado en su lengua todo el odio del infierno en su conjunto.

Cerró los párpados y evocó el rostro de aquella extraña que ni siquiera le había dicho su nombre. Sí, se había percatado del pavor en sus ojos, pero no era culpa suya que su gesto hubiera sido malinterpretado. Además, seguro que así no se atrevería a volver. Mejor.

Entonces recordó que ella, al salir corriendo, se había dejado olvidados tanto la correspondencia de su tía como su bolso, que, con toda certeza, querría recuperar. Recogió el lienzo del suelo, comprobando que este se había partido en una de las esquinas.

—Maldición —masculló al ver que su estúpido arranque impetuoso se había cargado una semana de faena—. Ernst, date prisa con ese coñac. Presiento que voy a necesitar la botella entera.

—¿Es... la sobrina de la mujer que le rompió el corazón a tu padre? —preguntó Ernst, apoyando el codo sobre la mesa y entrelazando los dedos con interés.

—Mucho más que eso —completó Roderick, tomando otro trago del licor francés con expresión lúgubre—. Es una Bauer. Veneno para la salud mental de cualquier ser humano.

—Y ha traído sus cartas. ¿Vas a leerlas? —La voz de Ernst sonó suave, casi una invitación a reconsiderar.

—Ni muerto.

—Roderick, no pierdes nada por otorgarle el beneficio de la duda —opinó Ernst mientras limpiaba con meticulosidad unos pinceles sucios en un vaso con agua turbia—. Además, es tu obligación devolverle sus pertenencias.

—Ni sé cómo se llama ni dónde se hospeda —se excusó el retratista.

—Katja Bramwell. Alquiló una habitación en el Elite Obelisk.

—¿Te dedicas a la adivinación en tus ratos libres? —se burló Weber—. ¿De dónde sacaste esa información? ¿Has estado hurgando dentro de su bolso? ¡Ernst!

Kissinger guardó los utensilios de pintura en su estuche inmerso en un mutismo hermético, eludiendo la cuestión. Claro que había escarbado en la bolsita. ¿De otra forma, cómo iba a conseguir los datos necesarios para seguirle la pista? Era cuestión de supervivencia en ese juego de sombras.

—Al contrario que tú, yo sí soy un caballero civilizado —se defendió Ernst—. Me presenté primero y obtuve el dato de la propia dama. Y en cuanto al Elite... es el único hotel decente por aquí, Rod. Por su atuendo, apostarí a que proviene de una familia adinerada. Los hostales y fondas para pobres mortales como nosotros estaban descartados de antemano. Además, encontré un panfleto del hotel

en su bolso, sí. Pero ni se te ocurra juzgarme. No soy yo quien la ahuyentó tras berrear como un gallo de pelea.

Roderick se rindió ante la lógica aplastante de Ernst. Carecía de la talla moral adecuada para echarle en cara su comportamiento. Era de él de quien la joven había huido como si su integridad corriera peligro, y no le había facilitado la posibilidad de explicarse.

Bueno, ese incidente ya era agua pasada. Si la fortuna obraba en su favor, no volverían a verse, y el percance formaría parte de un simple mal recuerdo.

—Si viene por aquí, se lo das y ya está. Y las cartas también.

—Pero ha viajado desde el norte solo por...

—Me da igual que haya hecho un pacto con Satanás para que la dejara salir del inframundo —le espetó Roderick—. No voy a tocar esas hojas ni con el pensamiento.

Se dio la vuelta para organizar sus herramientas y seguir a lo suyo, y Kissinger aprovechó para escoger una esquila al azar y desdoblarla. Entonces, teniendo a su amigo de espaldas a él, comenzó a leer en voz alta:

Amado mío,

Es con un corazón sangrante y una mente llena de lamentaciones que me siento a escribirte estas palabras. A medida que transcurren los días y mi salud se debilita, siento el peso de los años sobre mis hombros y el dolor de los remordimientos en mi alma. Me encuentro aquí, en mi lecho, contemplando el camino que he recorrido y afligiéndome profundamente por las decisiones que tomé en mi juventud.

Desearía poder retroceder en el tiempo y enfrentar con más valentía la oposición de mi familia a nuestro

amor. Fui cobarde y no combatí con el empeño necesario para defender lo que sentíamos, para desafiar las normas impuestas y seguir mi intuición. En lugar de eso, me encontré cediendo ante las presiones sociales y las expectativas de otros, sacrificando nuestra felicidad en el altar de la conformidad.

Ahora, mientras batallo con la realidad de mi propia mortalidad, no puedo evitar sufrir una intensa e insoportable amargura. Cuántas oportunidades desperdiciadas y palabras no dichas. Si pudiera volver atrás, te aseguro que habría tomado un camino diferente, uno donde nuestro amor brillara con todo su esplendor, sin importar las consecuencias. Qué más daba que me despojara de todo. Como tú bien expusiste una vez: «El mundo es un lugar muy grande». Lo habríamos logrado si no hubiera sido por mi bochornoso miedo al fracaso y a que mi padre y August cumplieran las amenazas lanzadas contra ti.

Mi querido Roderick, en este momento de claridad y reflexión, quiero pedirte perdón. A pesar de todo, quiero que sepas que mis afectos nunca han menguado, ni siquiera en los momentos más oscuros. Eres la luz que ha iluminado mi camino, la razón por la que mi corazón sigue latiendo, incluso en los instantes más difíciles. Aunque nuestras existencias hayan tomado senderos divergentes, nuestro vínculo trasciende el tiempo y el espacio. Si no nos encontramos en esta vida, confío en que nuestras almas se reunirán en la venidera, donde podremos amarnos sin barreras ni impedimentos.

Roderick, te adoro más de lo que las palabras pueden expresar. Que esta confesión llegue a ti como un susurro en el viento, como un eco de un corazón que siempre te pertenecerá.

Con todo mi amor,
Katja Rose

Al finalizar la lectura, Ernst miró a Roderick, que se había quedado inmóvil como una estatua, contemplándolo. Sus ojos, antes centelleantes y henchidos de rabia, ahora brillaban con una mezcolanza de tristeza e impotencia. Su cuerpo se hallaba allí presente, mas su mente nadaba perdida en los recuerdos y en las angustiosas palabras que acababa de escuchar.

Pese a la coraza de resentimiento que aún lo cubría, no podía ignorar la intensidad y sinceridad de aquel mensaje. Era como si la confidencia de esa mujer hubiera sido un bisturí abriendo su propio pecho, revelando un corazón vulnerable y un sentimiento verdadero, aunque roto en pedazos. Y la frase que le heló la sangre: «mientras batallo con la realidad de mi propia mortalidad». ¿Acaso estaba tan enferma? ¿Tan cerca del final?

—¿Por qué has hecho eso? —gimió, aproximándose a Ernst.

—¿El qué?

—Leer la endemoniada carta.

—Porque eres el ser más obstinado que he conocido en mi vida, y no habrías dado tu brazo a torcer —se defendió su amigo—. La mujer que pudo haber sido tu madre se está muriendo, Rod. ¿Ni siquiera eso te conmueve?

Weber se agachó sobre la mesita donde Ernst había colocado los demás sobres y asió uno.

Luego se lo ofreció a su interlocutor.

—Lee esta.

—¿No deseas hacerlo tú?

—No.

—¿Quieres que haga lo mismo con todas?

—Por favor.

Kissinger accedió a su petición, pero antes de continuar, dijo:

—Pues vamos a ponernos cómodos entonces, camarada. Presiento que estamos a punto de abrir una caja de Pandora que va a cambiarte la vida.

El Elite Obelisk exudaba una gracia que evocaba una elegancia rústica y sencilla, aunque no por ello menos sofisticada. El aroma a flores frescas —lirios blancos, jazmines y unas ramitas de lavanda— acogía a los huéspedes en un abrazo reconfortante nada más acceder al *hall*, donde estaba ubicada la recepción, y los empleados uniformados y de conducta impecable ofrecían un servicio digno de los hoteles más lujosos de Berlín.

La habitación de Katja se situaba en la segunda planta, orientada hacia el sur y con vistas a los jardines de la finca. Los muebles de estilo victoriano, finamente esculpidos en madera de caoba, añadían un toque de exquisitez al ambiente. Una imponente cama con dosel cubierta por sábanas de encaje blanco ocupaba el centro del dormitorio, y unos mullidos almohadones y una colcha de terciopelo borgoña adornaban el lecho, haciendo juego con las cortinas del mismo color. Sobre la cómoda, una caja de música abierta emitía una dulce melodía que acompañaba el silencio del mediodía.

Katja terminó de abotonarse el vestido, una prenda en tonos crema y verde oliva con bordados discretos en el corpiño, y revisó la

maleta abierta sobre el colchón, cerciorándose de que ya había guardado todas sus cosas. Frente a un espejo rectangular, añadió dos horquillas al tocado escogido para ese día, afirmándolo en lo alto de su cabeza, y repasó su aspecto general. El corte de su traje, esbelto pero funcional, seguía la moda de la silueta en S, realizada por un corsé que le arqueaba levemente la espalda y proyectaba el busto hacia adelante.

Su misión en Rothenburg había concluido y era hora de regresar a casa. Añoraba muchísimo a Rosalind. Llevaba cinco días lejos de Vilbruck y no veía el momento de abrazarla y comérsela a besos. Visualizó, por un instante, los deditos pegajosos de su hija tras desayunar mermelada y la risa chispeante con que le anunciaba sus pequeñas conquistas infantiles. Un nudo de ternura se le formó en la garganta.

Dos toques en la puerta la alertaron de que la camarera probablemente estaba de vuelta para avisarle de que el coche de alquiler que la trasladaría a la estación la aguardaba fuera, y acudió presta a abrir. Sin embargo, la persona con la que se encontró al otro lado era la última a la que esperaba ver.

—Señora Bramwell.

Su reacción automática fue volver a cerrar de inmediato y apartarse del umbral como si el intruso fuese a agredirla. Su respiración se volvió repentinamente ruidosa, y la joven se mareó.

—Váyase o llamaré a seguridad.

—Se lo ruego, no lo haga. Vengo en son de paz. No voy a hacerle daño. Le doy mi palabra.

—No confío en las promesas de hombres que ven en la violencia una manera lícita de interactuar con el prójimo —lo desafió ella—. Márchese.

Un suspiro extenso y melancólico se oyó detrás del tablón.

Entonces, la profunda e hipnótica voz de Roderick Weber rompió el silencio.

—Le pido disculpas. Fui impulsivo y estúpido. He leído las cartas, señora. Solo quiero... hablar con usted.

Tras unos segundos de quietud absoluta, Katja giró el pomo y asomó medio rostro por la puerta entreabierta. Él, muy serio, le mostró el bolsito azul que creía que había perdido y añadió:

—Esto es suyo. No falta nada en su interior. Tome, no tema cogerlo. No muerdo.

—¿Cómo... ha sabido dónde encontrarme?

—El Elite Obelisk es el único hotel para turistas de Rothenburg.

—¿Y el resto de posadas y hospederías? Yo he visto al menos cinco.

—Por sus maneras y su ropa, y perdone que lo mencione, no parece de clase obrera. Las damas de su estatus suelen escoger lugares mucho más distinguidos para pernoctar.

Katja arrugó la frente. ¿Tan predecibles eran sus preferencias? ¿O aquel bruto solo pretendía tildarla de engreída y clasista?

—Yo me decantaría por la opción más lógica —rebatía ella, ufana—. Ha husmeado en mi bolso y encontrado el panfleto que me dieron en recepción al registrarme.

Los labios de Roderick se expandieron en una sonrisa radiante y distendida.

—Tocado y hundido —reconoció, llevándose una mano al pecho—. Pero déjeme esclarecer que no fui yo, sino mi compañero, el señor Kissinger, quien tuvo la idea.

—Él no está aquí para defenderse, y usted ha sido muy poco considerado al traicionarlo con semejante puñalada traperera.

—Su sagacidad y capacidad de réplica me tienen maravillado, señora Bramwell. Me rindo. Ha decidido pintarme como el villano de

esta historia, y acato su elección. Me lo merezco.

Katja abrió la puerta del todo, se llevó las manos a la cintura en actitud desafiante y dijo:

—Comprenderá que tengo motivos de sobra para negarme a recibirlo sin darle oportunidad de refutarme.

—Correcto.

—Y sabe que lo que hizo es despreciable y propio más de un simio que de un hombre.

—Ignoro el comportamiento de los simios. No soy naturalista ni biólogo —sentenció él—. Pero estoy de acuerdo con lo primero. Por eso estoy aquí. Para reparar el estropicio e invitarla a merendar al mejor establecimiento de este pueblo de cuento.

—No voy a ir a ningún sitio con usted.

—¿Ni siquiera para discutir cierto asunto por el que se ha recorrido casi quinientos kilómetros? Porque a mí sí me interesa lo que tenga que contarme sobre Katja Rose.

La joven calló, reflexiva. Cogió el bolsito que Weber le tendió y preguntó:

—¿Vendrá el señor Kissinger?

—No.

—Estaremos a solas entonces.

—En absoluto. Zuckerhimmel, mi cafetería de cabecera, está siempre a rebosar de clientes. Si me atrevo a propasarme con usted, se me echará la *polizei* encima en cuestión de minutos, y dormiré en un calabozo mugriento y acompañado por ratas. Es una mujer de rasgos muy armoniosos y atractivos, señora Bramwell, pero no soy ningún idiota. Y prefiero descansar en mi cama.

Su chanza hizo que Katja se relajara y hasta dejara entrever un amago de sonrisa. La contricción de aquel desconocido parecía genuina, y si la reunión se producía en un espacio público, su

integridad y reputación quedarían protegidas.

La camarera a la que había solicitado el carruaje se presentó antes de que pudiera aceptar el convite, y Roderick, cauto, se apartó unos metros para darles intimidad a las mujeres.

—Señora, su vehículo está preparado.

—Gracias.

La muchacha se retiró, y Katja salió al pasillo, cerrando la puerta y caminando hacia el caballero.

—¿Tiene medio de transporte? —inquirió ella.

—Vine andando.

—¿Está muy lejos esa cafetería?

—A dos manzanas del *Marktplatz*.

La chica se guardó la llave de su cuarto en un bolsillo lateral de su falda y manifestó:

—Espero que la repostería de Zuckerhimmel sea realmente buena, señor Weber. Tengo el paladar muy fino.

—Sirven el mejor *strudel* del país.

—Bien. Usaremos el coche de alquiler.

Capítulo 5

—Aquí tienen. Dos cafés, un *strudel* y una porción de tarta Selva Negra.

Roderick observaba a su acompañante mientras ella intercambiaba unas palabras de agradecimiento con el camarero. De toda la carta de dulces que Zuckerhimmel ofrecía, Katja había escogido el favorito de su padre. El viejo Weber era un amante del chocolate y del licor de cerezas, y aquella sobremesa reunía como componentes principales justo esos ingredientes.

Al hundir el tenedor en el pastel, la chica se manchó la punta de su guante de encaje negro con la nata montada. Frunció levemente el ceño, como si aquella pequeña torpeza fuese una afrenta al decoro, y se limpió con una servilleta de lino. Acto seguido dijo:

—Tiene una pinta estupenda.

—Y el sabor es aún más espléndido.

Katja probó un bocado de la tarta y masticó el manjar con los ojos cerrados. Estaba tan bueno que le fue imposible reprimir un jadeo de placer. El dulzor del bizcocho contrastaba con la intensidad de la cereza y la fuerza del *kirsch*^[2], creando una sinfonía que acariciaba el paladar.

—Verla comer es una experiencia... estimulante. Nunca antes

había oído a una fémia suspirar delante de un postre, como si de una novela romántica se tratara —apreció él.

La aludida dejó el cubierto junto al plato y le clavó una mirada inquisitiva.

—No me entusiasman los romances. Prefiero emplear mi tiempo en degustar la rica gastronomía patria.

—Inteligente y práctica. Dígame, ¿posee acaso algún defecto a destacar?

—No hablo nunca de mis defectos. Eso se lo dejaba a mi difunto marido.

—¿Es viuda?

—Desde hace algo menos de un año.

—Siento su pérdida.

—Yo no, créame.

La respuesta de la dama golpeó a Roderick como si le hubieran arrebatado la silla en la que estaba sentado, provocando una dolorosa colisión de sus cuartos traseros contra las baldosas de la confitería. Sintió cómo la sangre huía de su rostro como una cucaracha al encender la luz, y no supo qué contestar. Se quedó mirándola como un tonto, esperando que fuese ella quien reparara el desastre con alguna frase ingeniosa.

—No todos los matrimonios son dichosos, señor Weber —indicó Katja—. Y el mío engrosa la larga lista de uniones concertadas y de conveniencia.

—Que ose manifestarlo así, sin paños calientes, dice mucho de su feroz honestidad.

—Existen dos cosas por las que no vale la pena luchar. Una, por un amor perdido.

—¿Y la otra?

—Por la honorabilidad de un muerto.

Roderick soltó una suave carcajada, y se llevó a la boca un trozo de strudel. La risa le dificultó la tarea de engullirlo, y hubo de ayudarse con un trago de café.

—Veo que compartimos visiones similares de la vida —dijo, limpiándose los labios—. ¿Tiene hijos?

—Una niña. Rosalind. Cumplirá siete años unos días antes de Navidad.

—Toda una señorita.

—¿Y usted? ¿Tiene familia?

—No. Llevo una existencia bohemia carente de interés para las mujeres de buena crianza —bromeó él—. Mi único talento reside en mis manos, un don heredado de mi padre. Con él me gano el pan y subsisto en esta jungla urbana.

Unos segundos de espeso silencio se instalaron entre ambos. Katja bajó la vista, y durante un instante se quedó inmóvil, contemplando la taza que tenía delante. Recordó la desoladora despedida de su tía en su postrera escuela, y una punzada de dolor le cruzó el pecho. Miró a su alrededor, intentando evitar que él notara la delatora humedad de sus ojos claros, y se fijó en el interior de la confitería, cuya ornamentación era un festín para los sentidos.

Grandes vitrinas de cristal exhibían una amplia variedad de pasteles, tortas y dulces, meticulosamente embellecidos con detalles delicados de glaseado y crema. El brillo de las cerezas en almíbar y las frutas confitadas añadía un toque de color a la escena, mientras que el aroma a café recién molido flotaba seductoramente en el acogedor ambiente.

Las mesas, cubiertas con manteles cuadriculados, estaban engalanadas con pequeñas cestitas que contenían arreglos florales de margaritas y violetas silvestres. Clientes de todas las clases sociales se congregaban allí: desde elegantes damas con sombreros

de los que sobresalían grandes plumas coloridas hasta trabajadores exhaustos que buscaban un momento de descanso e indulgencia.

El barullo de las conversaciones animadas y las risas vibraba en el espacio cerrado como una apacible composición musical, mezclado con el tintineo de las cucharillas removiendo el azúcar en las tazas de porcelana. Los camareros, vestidos con chalecos negros e impolutas camisas almidonadas, se movían con gracia entre los comensales, llevando bandejas cargadas de delicias tradicionales y teteras humeantes.

—Señora Bramwell.

Katja se giró hacia él, taciturna.

—¿Sí?

—¿Se encuentra bien?

—Perfectamente.

Desvió la vista hacia un lado de su mesa, y se percató de que las puntas de los dedos de él rozaban los suyos, en un sutil intento de devolverla a aquella dimensión.

—Se ha distraído. ¿Le aburre mi descripción de mi vida insulsa y monótona? No la culpo.

—Pienso... en ella. En ellos, en realidad.

—Entiendo. Y aprovecho para pedirle perdón de nuevo por mi inadmisible conducta.

—Disculpas aceptadas.

—Verá... mi padre nunca superó su... ruptura —reveló Roderick, apartando la mano y devolviéndola a su regazo—. Fue un desdichado que se dedicó a respirar a partir de entonces, olvidándose de existir. Le entregaron una nota redactada por Katja Rose en la que ella le instaba a desaparecer de su vida, pues pensaba unirse a un terrateniente de ultramar. El dolor lo partió en mil pedazos, y ni siquiera mi madre consiguió reconstruir su corazón.

Siempre pensé que su desengaño fue el causante principal de su muerte prematura. ¿Cómo podía seguir viviendo sin la mujer a la que necesitaba para existir? No era posible.

Katja ahogó un sollozo. Cuánta verdad encapsulada en tan escueta exposición de los hechos.

—Si estuviera a mi alcance hacerlo, lo recompensaría por todos los agravios causados por los Bauer, señor Weber, pero carezco de ese poder. Yo también, como mujer, pagué un alto precio por sus atropellos. Cuando heredé la casa de mi tía, descubrí su historia, el retrato firmado por su progenitor y... las cartas de ambos. Mi abuelo quemó la mayoría en su afán de separarlos y mantener a salvo un secreto relativo a su padre, el cual sospecho que fue la verdadera razón por la que mis parientes provocaron el fatídico desenlace de su idilio. Vine hasta Rothenburg con la esperanza de que él me lo explicara.

Roderick sintió cómo su pulso se aceleraba. Unos meses antes de su súbito fallecimiento, el viejo compartió con él el fragmento de su pasado responsable de esculpir el destino por el que transitó el resto de su vida. Si tanto August como Hans Bauer hubieran reaccionado con la rectitud que su código de honor exigía, su porvenir habría sido tan distinto..., pero sin las evidencias que lo atestiguaban, era su palabra contra la de ellos. Y, aunque Katja Bramwell parecía más honesta que el resto de su parentela, aún era demasiado pronto como para decidir si no era arriesgado confiar en ella, así que optó por desviar el rumbo de aquella peligrosa charla.

—Dice que heredó la vivienda de su tía —señaló, descansando los codos sobre la mesa—. ¿Acaso ella también...?

—Una gripe se la llevó de este mundo hará un bienio este próximo invierno.

—Lo siento, señora Bramwell. Lo siento mucho.

La mirada analítica de Katja resbaló como una cascada por las facciones de Roderick, escrutándolas detenidamente. Cada rasgo de su rostro estaba meticulosamente definido, desde las líneas suaves de su frente hasta la curva de su prominente mandíbula. Los ojos argénteos del hombre parecían ser el reflejo de un cielo encapotado, donde la luz se colaba a través de las nubes, creando una paleta de matices que iban desde el plateado más pálido hasta el gris más profundo. En ellos, la joven percibía una mezcla de serenidad y misterio, como si fueran ventanales hacia un paisaje interior vasto e inexplorado.

—¿Por qué me mira así? —inquirió él, inclinándose sobre la vajilla depositada en la mesa—. Hará que me ruborice como un colegial imberbe, señora.

Katja hurgó dentro de su bolsito y extrajo un papel doblado. Se lo entregó y dijo:

—Son tan idénticos como dos gotas de agua.

Weber examinó el dibujo realizado por su padre años atrás, y sonrió.

—Es cierto. Podría pasar por un retrato mío. Iba a realizar la misma apreciación respecto a usted y a Katja Rose.

—¿Cómo lo sabe?

—¿Se va a terminar su bizcocho?

—Creo que voy a solicitar que me lo envuelvan para llevar. ¿Por qué?

Roderick elevó una mano, llamando al camarero que los había atendido al principio. Luego sentenció:

—Acompañeme a mi estudio y se lo mostraré.

Katja se detuvo en el umbral del taller de Roderick con una mezcla de asombro y reverencia. El caos ordenado del estudio, con sus pinceles escrupulosamente alineados, los lienzos en diversas etapas de progreso y las manchas secas de pintura que salpicaban el suelo de madera, hablaba de la entrega con la que el joven pintor perseguía su arte. Una combinación de trementina, aceite de linaza y pigmentos palpitaba en la atmósfera, envolviendo el lugar con un perfume acre y evocador que le resultó extrañamente reconfortante.

Quedó embelesada por las paletas de colores —donde cada matiz parecía tener vida propia— y los bocetos a medio hacer esparcidos por la estancia, capturando la esencia de la imaginación en su estado más crudo y auténtico. Había dibujos anatómicos, paisajes embrionarios, rostros melancólicos y algunos fragmentos que sugerían escenas inacabadas.

Sus ojos se deslizaron con deleite sobre los trazos vigorosos y expresivos que adornaban las paredes, cada uno contando una historia única y personal. Había en esa anarquía una forma de belleza indómita que no buscaba agradar, sino decir algo urgente. Su mirada se posó en el lienzo más grande, que irradiaba una energía palpable, una amalgama de pasión y dedicación que la hizo sentirse inspirada por la creatividad que fluía libremente en ese espacio sagrado. Supo, en ese momento, que había invadido el refugio más íntimo del hombre que, conforme transcurrían las horas, le despertaba una inquietud que trascendía la mera curiosidad por conocerlo mejor.

Iba a preguntarle de qué trataba aquella obra, cuando él cuestionó primero:

—¿Qué la empujó a buscarnos en Rothenburg ob der Tauber?

Los dedos de ella, atraídos por el magnetismo de la imagen, acariciaron subyugados los rugosos relieves de la pintura.

—Era donde planeaban cobijarse después de fugarse juntos.

—¿Katja Rose y mi padre?

—Sí. ¿No lo sabía?

—Desconocía ese dato —masculló Weber, meditabundo.

Ahora entendía la insistencia del anciano cuando, una tarde, después de entregar un pedido, le había sugerido mudarse a Múnich o a Berlín, donde tendrían muchas más oportunidades laborales. Recibió un «no» tan rotundo que estuvo enfadado con él durante días por lo que siempre había creído que era un simple capricho de un mulo testarudo.

Y resultaba que Rothenburg era el último nudo del hilo que le unía a su amor de juventud.

—Su padre era un romántico —declaró Katja, volviéndose hacia su interlocutor. Estaban muy cerca el uno del otro, por lo que su movimiento obligó a Roderick a dar un paso atrás—. Sus letras eran tan... profundas... pude hasta imaginarlo escribiéndolas.

—Siempre me reprendió por mi falta de empatía —aseveró Weber—. Decía que yo soy cerebral, como mi madre, y que carezco de la sensibilidad necesaria para ser un buen pintor.

—¿Su madre... vive aquí con usted?

Roderick negó con la cabeza.

—Anna murió al darme a luz. No la conocí.

—Señor Weber...

—No se puede sentir dolor por perder algo que nunca se ha tenido. No se aflija.

—¿Tiene hermanos?

—No. ¿Y usted?

—En eso coincidimos. Y la soledad que se siente es... lacerante.

Ambos se embebieron de la pesadumbre reflejada en los ojos del otro, y por unos segundos ninguno de los dos habló. Roderick

entonces pidió:

—Venga.

Katja lo siguió hasta otro extremo de la sala. Él entonces retiró de un armario un cartapacio con decenas de folios ocre en su interior y se lo entregó a su convidada. Ella, al abrirlo, hojeó las páginas, embargada por la emoción.

—Son dibujos de Katja Rose. Su cara, sus manos..., mire, aquí está de cuerpo entero.

—Y todos realizados de memoria.

—Dios mío..., la tenía...

—Esculpida en su mente, sí.

La joven cerró la carpeta y preguntó, mirándolo escéptica:

—¿Cree que ese tipo de devoción existe, señor Weber?

—Fui testigo de la que mi padre volcó sobre el recuerdo de su tía. Suelo ser más receloso que usted en estos asuntos, se lo garantizo, pero sería un necio si negara lo que presencié.

—¿Lo ve? No es tan cerebral como parece.

—Ni se le ocurra adularme, o voy a acabar creyéndola —bromeó él, haciéndola reír—. Además, ambas son muy... agraciadas. Sus perfiles y estructuras óseas... ¿Le han hecho un retrato alguna vez?

—¡Ni hablar! Verme colgada en una pared... no me gusta cómo luzco.

Weber arqueó las cejas, estupefacto.

—Su modestia me descoloca. Un simple vistazo a su reflejo en un espejo le diría lo errada que está. De hecho, el señor Kissinger, cuando anunció ayer su visita, actuaba como si hubiera visto una epifanía. Ando en busca de una modelo para un encargo del conde von Sachsen, y supuso que usted se había presentado para el puesto.

La revelación del pintor hizo que Katja enrojeciera

violentamente, y ella bajó la cabeza, avergonzada. Roderick elevó su mentón con el índice y la instó a mirarlo a la cara.

—Y no se equivocaba —completó él—. Es perfecta para lo que tengo en mente.

—¿Me está ofreciendo un... empleo?

—No exactamente. Trato de hallar una excusa para retenerla y averiguar más sobre su persona. Sigo sintiéndome como un verdadero monstruo por mi actitud. ¿Le gustaría convertirse en la diosa Afrodita, señora Bramwell?

—Yo... no puedo. He de regresar a mi casa. Mi hija...

Roderick dejó, a su pesar, de tocarla.

—Comprendo.

El maullido perezoso de Herzog reverberó en la estancia, y Katja vio al gato de pelaje claro estirarse entre unos mullidos cojines. Siguió paseando la vista por el local, y de pronto, recordó la reprensión de Annette, que repercutía en su intelecto como una nana pegadiza: «Deja de sentir esa culpa diabólica siempre que quieres hacer algo que no esté relacionado con tu pequeña... Pero a veces parece que olvidas que eres una mujer y tienes tus propios sueños».

Posar para un artista que le devolviera el aprecio por sí misma sería una deliciosa aventura, sobre todo después de que Thomas se dedicara a destruir su dignidad a mazazos desde los inicios de su vida conyugal. No era lo suficientemente bonita como para representar a la diosa griega del amor, la belleza y la fertilidad, pero Roderick estaba dispuesto a inmortalizarla y exhibirla en un palacete anegado por los lujos y el derroche.

¿Y qué dirían August e Ingrid si descubrieran su osadía? ¿Qué pensarían Rosie, o la misma Annette?

—Podría darle una semana. Dos, como máximo —musitó sin

darse cuenta.

—¿Perdón?

—Me refiero a... posponer mi viaje.

Roderick esbozó una sonrisa abierta y luminosa.

—¿Entonces acepta?

—Pero no recibiré honorarios.

—¿Por qué?

—Sospecho que lo que le deben los Bauer está muy por encima de cualquier acuerdo económico. Mi colaboración no va a recompensarlo por los perjuicios causados, no obstante...

El hombre inspiró hondo, reteniendo todo un torrente de pensamientos que caían sobre él como una inopinada lluvia estival. Una oleada de júbilo lo recorrió entero, inundándolo con una dicha inefable. Reaccionó tomándola de la mano y besando el dorso de esta, y Katja rio ante su apasionada respuesta.

El conde von Sachsen tendría su cuadro, y ella, gracias a ese desconocido, acababa de quebrar un eslabón más de las cadenas que la habían mantenido tantos años en infame esclavitud.

En la penumbra matutina de una vivienda cualquiera en Hamburgo, Liesel se despertó con un suspiro ahogado, sintiendo la carga de la incertidumbre posarse sobre sus hombros como un abrigo mojado. A su lado, su amante yacía aún sumido en el sueño, ajeno al tumulto que la martirizaba. La fragancia masculina del perfume de él seguía pegada a su piel, mezclándose con el olor a humedad que se filtraba por las rendijas mal selladas de las ventanas. Afuera, un carruaje pasó rodando sobre los adoquines, rompiendo momentáneamente el silencio con el traqueteo metálico de sus ruedas.

Con ademán reflexivo, Liesel apartó las sábanas y se sentó en el borde de la cama, dejando que sus pies tocaran el suelo frío. El tintineo de las monedas en su bolsa apenas era un eco lejano de los días de opulencia que ahora parecían desvanecerse como el humo entre sus dedos. La habitación, con sus cortinas desteñidas y muebles raídos, era un triste espejo de lo que había sido su existencia poco tiempo atrás. El dinero se agotaba, devorado por las noches de fiesta, los caprichos y los placeres fugaces de los que tanto disfrutaban.

Klaus, el soldado bávaro con el que convivía desde hacía dos meses, estiró el brazo y le acarició un lado de la cadera. Ella se giró y le sonrió. La noche anterior había sido tan animada como la primera vez en la que, estando ambos cegados por el vino, acabaron arrancándose la ropa como animales en la habitación de una fonda. Pero el recuerdo ya no tenía brillo: era una imagen difusa, erosionada por la rutina y las discusiones.

Una sombra de preocupación cruzó su rostro mientras lo miraba, preguntándose cuánto más podría sostener la fachada de sosiego e indiferencia antes de que se desmoronara por completo. La idea de regresar a Rothenburg, con la cola entre las piernas, para pedir más ayuda a Roderick, le resultaba humillante. Pero ahora no tenía otra opción. No quedaban milagros por suplicarle a ningún ser celestial que se prestara a escucharla.

—¿Ya despierta, reina?

—Ha amanecido.

Klaus también se incorporó y besó el cuello de la joven, escalando con la mano por el talle de ella para volver a magrear sus pechos.

—¿Y si posponemos unos minutos los quehaceres del día? Sigo teniéndote ganas.

Liesel eludió su abrazo y salió del lecho, vistiendo una ligera camisola de batista. Caminó hasta el lavabo y se refrescó el rostro con agua helada que le despejó los pensamientos. Luego se observó en el espejo empañado y se preguntó en qué momento exacto había empezado a odiar esa expresión de resignación en su mirada.

—Tengo unos recados que hacer.

—¿Pasa algo? —preguntó Klaus, sospechando que su florecilla estaba más alterada de lo normal.

—Nos queda efectivo para el alquiler de este mes, Klaus. Y después nos pondrán de patitas en la calle.

—Te dije que el pago de mi salario se ha retrasado un poco por la burocracia de las oficinas de Berlín. Ya me puse en contacto con mis superiores, y...

—Eso no fue lo que me prometiste cuando acepté irme a vivir contigo —le soltó ella, frustrada y resentida.

Abrió el guardarropa con brío, dejando atrás la suavidad del colchón en el que había dormido, y comenzó a vestirse en silencio. Cada prenda que se colocaba era como una armadura frágil contra la realidad que la esperaba fuera de esas cuatro paredes. El sol apenas asomaba por el horizonte, y con cada segundo que pasaba, el peso de su decisión se hacía más evidente.

—¿Y qué sugieres?

—Le haré una visita a quien ya sabes.

Klaus rebotó en la cama como si sus nalgas tuvieran muelles, y asió sus calzones, poniéndose en pie.

—Ni lo sueñes. No vas a acercarte a él.

Liesel emitió una risita burlesca. Todavía no había nacido hombre en la Tierra que le dictaminara qué hacer o adónde ir, y Klaus, aunque era un compañero bastante complaciente, aún no se había ganado el derecho a opinar sobre sus elecciones.

—Iré a Rothenburg.

—¿Es que no me has oído?

Ella besó a su amante en la mejilla, y declaró:

—Sí te he oído, pero elijo ignorarte.

—No juegues conmigo —amenazó el miliciano, tirando de la chica y apresando su cintura entre sus manos como si de garras se trataran—. Eres mía. Y no me vengas con esas estupideces de que eres libre y no tienes dueño. Para gozar de total autonomía sin dar explicaciones a nadie, debes ser capaz de costear tus propios caprichos, y que yo sepa, hasta los pololos que llevas puestos te los he comprado yo.

Liesel le dirigió una mirada aviesa que luego suavizó, viendo que él gozaba de ventaja sobre ella, y no solo porque era físicamente más fuerte. Sus afirmaciones eran desoladoras verdades a las que debía enfrentarse cada día.

—No quiero ser un fardo para ti. Quizá si posara de nuevo...

—¿Para esos degenerados que solo saben babearles encima a las mujeres? —se mofó Klaus.

—Somos modelos, no prostitutas, ignorante —protestó ella—. Y los pintores, artistas profesionales.

—Mira qué profesional era Roderick Weber, que terminó retozando contigo en el suelo de su estudio.

—Porque yo le seduje. Acababa de perder a su padre y se sentía vulnerable. Además, ya te conté el motivo por el que lo hice, aunque he de reconocer que me gustaba. Sabe perfectamente cómo satisfacer a una mujer en la cama y fuera de ella.

De pronto, los ojos azules de Klaus se tornaron lúgubres como el mismísimo infierno, y el soldado, enfermo de resentimiento, le dio un empujón y ladró:

—Si tanto le añoras, vete a pasar hambre con él.

Liesel, ladina, se acercó despacio a Klaus y recorrió con las yemas de los dedos el contorno de su torso desnudo en dirección a su cintura. Descendió aún más la mano, hasta que esta desapareció bajo la tela de los calzones del hombre. Él comenzó a respirar de manera entrecortada.

—Eres una bruja —gimió, cada vez más excitado.

—Y eso te encanta.

Ella continuó torturándolo, hasta que Klaus, ebrio de deseo, la tumbó en el camastro de un solo empujón y se echó encima.

—Pues esos recados tendrán que esperar, querida —gruñó, abriéndole las piernas—. Y tú ahora vas a terminar lo que has empezado.

Capítulo 6

—Y estuvo varios días sin dirigirme la palabra por culpa del destrozo provocado por Herzog.

Katja, que sostenía una vaporosa taza de café durante uno de los recesos, imaginó el pandemónium iniciado por la curiosidad nata del felino. Una frágil sonrisa le encendió el rostro mientras intentaba contener una carcajada que parecía asomar sin remedio. Sentado frente a ella, Ernst le relataba con detalle una de las múltiples hazañas de su adorable mascota siamesa, que una tarde, mientras Roderick salía a adquirir nuevos pinceles y Kissinger dormía plácidamente la siesta en el sofá, se dedicó a lanzar al vacío todos y cada uno de los botes de pintura expuestos en uno de los estantes.

—Cuando Rod regresó, sus alaridos se escucharon hasta en la plaza del mercado —continuó Ernst, con un deje de diversión.

Weber dio un susto de muerte a su compañero, cuyo sueño era tan profundo que ni se inmutó con el impacto de los objetos contra el suelo. Herzog, conocedor del temperamento del socio de su amo, se escapó por la ventana y no regresó hasta la semana siguiente, cuando los ánimos se habían templado y al gruñón ya se le habían pasado las ganas de rebanarle el cuello.

Roderick, cruzando los brazos y mirando con aire contrariado a la

chica, añadió:

—Ese minino del demonio me costó un mes de salario en materiales —se justificó, arrugando la frente—. Desde que Ernst se lo trajo de un viaje a Tailandia, mi vida es un auténtico desastre.

—¿De Tailandia? —cuestionó Katja, abriendo mucho los ojos—. Perdonen mi extrema ignorancia, pero, a pesar de haber oído hablar de ese país, ni siquiera sé ubicarlo en el mapa.

—Asia —informó Kissinger, guiñándole un ojo a su contertulia—. Los gatos siameses son originarios de allí, y venerados entre la realeza. Por eso lo llamé Herzog.

—Un «duque» peludo —se burló Weber—. De esas ínfulas, estos enredos.

Katja asintió, preguntándose qué otra clase de travesuras podría haber protagonizado un animalito tan noble en apariencia pero tan problemático en acción. Ernst, ansioso por conocer más sobre ella, le preguntó:

—¿Ha salido alguna vez de Alemania, señora Bramwell?

—He vivido en Inglaterra. Mi esposo era de Birmingham. También estuve en Italia por mi luna de miel —respondió con una mueca que parecía evocar recuerdos dulces y lejanos.

—¿Y qué piensa de la patria de Dante Gabriel Rossetti? —insistió Ernst.

—Las islas son demasiado insípidas para mi gusto, pero existen lugares realmente bonitos, como Devon o Somerset, por ejemplo —contestó, con un leve deje de pesadumbre. Luego añadió, mirando al techo como si recordara alguna conversación pasada—: Aunque hay algo especial en la campiña inglesa, ese aire romántico que siempre me ha fascinado. Me encanta cómo la niebla parece envolver los campos y los castillos, como si ocultaran secretos ancestrales.

El grupo quedó momentáneamente en silencio, envuelto en esa imagen poética, antes de que Kissinger rompiera la quietud:

—Si alguna vez quiere escapar de la rutina, señora, tiene aquí a unos excelentes guías para descubrir el mundo, aunque sea con historias y anécdotas.

Katja rio, ilusionada con la idea, mientras Herzog maullaba desde un rincón, como si también quisiera participar en la charla.

—Le tomo la palabra, señor Kissinger.

Con una expresión de silencioso acuerdo, Ernst dejó entrever una fugaz sonrisa. Una de sus paradas en su recorrido por Europa habían sido las islas británicas, y, particularmente, una exposición que se realizó en Londres de la Hermandad Prerrafaelita, un movimiento pictórico fundado en Inglaterra en 1848 por un grupo de jóvenes artistas, entre los cuales se encontraban Rossetti, John Everett Millais y William Holman Hunt. La Hermandad buscaba romper con las convenciones de la época y volver a los principios estéticos y técnicos de la pintura anterior al Renacimiento italiano, antes de la influencia de Rafael y sus contemporáneos. Y a él le cautivaba su maestría, su simbolismo, su audacia narrativa. Recordaba haber pasado horas frente a *Ofelia*, de Millais, observando cómo la tela del vestido flotaba en el agua como si respirara, como si la muerte no fuera más que un estado de espera.

—Asia es... inigualable en muchos aspectos —dijo, retomando la explicación sobre la tierra natal de Herzog—. Si se anima a conocer ese paraíso, estoy disponible para ser su guía. Podríamos comenzar en Bangkok y terminar en las ruinas de Ayutthaya. Créame, no se parece a nada que haya visto.

Katja jugueteó con las argollas de su túnica helénica, cohibida, y se tomó su café. No estaba acostumbrada a interactuar con caballeros tan directos, francos y atrevidos como Ernst Kissinger.

Había algo en su tono de voz, en la manera en que sus palabras parecían ensayadas pero sinceras, que la descolocaba. Si Annette estuviese en su lugar, ya le habría dedicado al guapo retratista de melena trigueña una de sus sagaces contestaciones, probablemente seguida de una carcajada encantadora y una cita literaria en francés. Pero ella, más discreta, optó por refugiarse en la tibieza de la taza entre sus manos, como si allí dentro pudiera esconderse de la vehemencia de aquellos ojos inquisitivos.

Se oyó entonces el ruido de una cucharilla impactando contra un platillo, y la pareja se giró.

Roderick, clavando una mirada ferviente en su amigo, dijo:

—Qué amable ofrecerte a acompañar a la señora Bramwell en su expedición, Ernst.

El tono era afable, pero había una tensión soterrada en la forma en que remarcó las palabras. Kissinger atrapó al vuelo el sarcasmo de su comentario, y notó un brillo delator de irritabilidad en sus pupilas. En otro momento, se habría reído, quizá habría respondido con una broma bien medida, pero algo en la presencia de Katja le hizo reconsiderar su réplica.

—Si me disculpa, voy a dejarlos seguir con su trabajo. —Se levantó con parsimonia, recogiendo su bombín—. Aún queda luz natural que aprovechar, y el conde von Sachsen es un petimetre muy impaciente. Hasta mañana, señora.

—Hasta mañana —dijo Katja, perpleja, siguiéndolo con la mirada mientras la puerta se cerraba tras él—. Tiene un don singular para decir lo que piensa sin pedir permiso —comentó ella al fin, casi para sí.

—Sí —respondió Weber—. Pero a veces, esa clase de talento puede costarle caro.

Katja sonrió al joven, depositando su taza vacía sobre la mesita.

Roderick había empezado a pintarla hacía ya seis días, y hasta entonces no se había animado a comprobar sus progresos. A pesar de su creciente curiosidad, había preferido no inmiscuirse en el proceso creativo de Weber, respetando ese silencio reverencial que envolvía la relación entre el artista y su obra. Después de unas cuantas horas echada sobre un lecho de flores y frutos, vestida como una divinidad griega sacada de una escena mitológica, él la había dispensado para lo que quedaba de tarde. En cuanto Ernst se marchara a cumplir con sus tareas, iría a cambiarse detrás del biombo que Roderick había instalado y retornaría al hotel a escribirles una nota a sus padres, a Rosalind y a Annette. Quizá incluso se permitiera un paseo junto al río Tauber para disfrutar del aire fresco y la vista de sus puentes si el cielo no se nublaba.

En el exterior, Kissinger se disponía a salir al porche de la entrada al edificio, cuando oyó unos pasos a su espalda. Al volverse, vio que Weber lo seguía. Se paró en seco, desconcertado, y expuso, interrogante:

—Creí que ibas a terminar la sesión de hoy con tu musa.

—Le he dado un descanso. Ernst..., ten cuidado. Katja Bramwell no.

El caballero recibió aquella advertencia con total sorpresa.

—¿A qué... te refieres?

—El flirteo de ahí dentro ha sido lo más descarado que he visto en años —replicó Weber, sin molestarse en rebajar la voz—. Si te involucras con ella, mi último intento de entregar una obra decente al conde se desvanecerá.

Kissinger dio un paso hacia su colega, mirándolo suspicaz, buscando algo más allá del fastidio profesional en su llamada de atención.

—No lo haces por el cuadro —le espoleó adrede, con un matiz

provocador—. ¿La quieres para ti? ¿Es eso?

—¿Pero qué idioteces estás diciendo?

—Que me alegra que por fin te hayas extirpado de la sesera a esa casquivana cazafortunas —manifestó Ernst, sin piedad—. Has tardado... ¿un lustro? Había perdido la esperanza de que te olvidaras de Liesel.

—No existe relación romántica alguna entre mi modelo y yo —aseveró Roderick con firmeza, aunque un leve temblor en su mandíbula lo traicionó—. Y sobre Liesel...

—No te molestes en prevenirme, que sé cuál es mi posición al respecto en este asunto —lo cortó Ernst, más frío ahora—. Mis intenciones son puramente cordiales, Rod. Tengo ojos en la cara, y es obvio que, aunque albergara algún interés en ella, no es en mí en quien se ha fijado.

Weber arqueó las cejas con sorna e incredulidad.

—Ah, que no te habías dado cuenta... tan listo para algunas cosas y tan pocas luces para otras.

Roderick le asestó un puñetazo amistoso en el hombro.

—Lárgate de aquí, anda. Y por favor, esta vez hazme caso.

Ernst soltó una risa breve y se alejó con pasos largos. Weber, en cambio, se giró sobre sus talones para regresar al estudio. Mientras ascendía los escalones del inmueble, evocó el momento en que vio a Katja ataviada con la túnica de Afrodita durante su primera sesión: la tela blanca y traslúcida, el cabello suelto cayéndole en ondas por la espalda, los pies descalzos sobre la alfombra con pétalos. Una sonrisa inevitable brotó de sus labios. Esa mujer era todo un descubrimiento, sí. Tendría que tener la sensibilidad de un cadáver para no sentirse arrastrado por su aura como un niño sediento de cariño ante unos brazos abiertos.

Entró en el taller sin hacer ruido, esperando encontrarla todavía

en la poltrona, sirviéndose otro café u ojeando uno de los catálogos de pintura que él dejaba a mano para sus modelos. Pero no estaba. Echó un vistazo alrededor, y entonces la vio junto al biombo, de espaldas a él... y desnuda de cintura para arriba.

Incapaz de moverse o hacer notar su presencia, como si una especie de conjuro le hubiera robado la habilidad de comunicarse, se quedó contemplándola absorto mientras ella buscaba su camisola. La luz que entraba por el ventanal realzaba el contorno de sus omóplatos, el tono marfil de su piel inmaculada, la línea precisa donde el cuello se fundía con el hombro. Hipnotizado por la textura sedosa de aquella espalda, inmune a cualquier sentimiento de culpa por invadir su intimidad, no pensó en retroceder ni en hablar, ni siquiera en cerrar los ojos.

Las curvas de sus caderas, responsables de que el resto de la tela de la prenda no se precipitara al suelo, eran perfectas para ser abarcadas con las manos y estrujadas entre los dedos de un amante experto. Roderick retuvo un resuello al imaginarlo y reculó hasta el vestíbulo, alarmado por sus pensamientos, chocando con el paragüero de la entrada, que tintineó con un estrépito metálico.

—¿Quién es? —Oyó preguntar a Katja al otro lado del tabique.

—Soy yo, señora Bramwell. ¿Puedo... pasar?

—Sí, sí. Pase.

Roderick volvió a cruzar el umbral, temeroso de hallarla en la misma tesitura y no saber cómo reaccionar. Por suerte, ella y su tentadora silueta se habían ocultado tras el biombo y ya no representaba ningún peligro a su estabilidad mental.

—¿Por qué no has usado el condenado panel para cambiarte, maldita sea? —refunfuñó para sí.

Unos minutos después, Katja salía de su escondite totalmente cubierta con las decenas de capas de su vestido, y el artista respiró

tranquilo.

—Si hemos acabado por hoy, me gustaría volver al Elite Obelisk —anunció la joven, ajustándose el sombrerito sobre su complejo peinado trenzado—. Quiero enviar un telegrama a mi familia, si no le importa.

—Por supuesto. La acompaño.

—No será necesario. Me sé el camino.

Katja terminó de recoger sus pertenencias, y, al pasar por su lado, Weber la asió gentilmente por el codo. Ella levantó la vista.

—Me gustaría abusar un poco más de su altruismo, si no le parece inconveniente.

—Dígame.

—¿Iría conmigo mañana al cementerio de Rothenburg? Voy a llevarle las cartas de Katja Rose a mi padre y a colocarlas junto a las flores que pongo en su tumba cada mes.

Katja hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Es muy generoso por su parte invitarme —declaró, conmovida—. No me lo perdería por nada del mundo.

—La recogeré en el hotel. Sobre las once. Y después, quizá un almuerzo ligero...

—A las once entonces. Hasta mañana, señor Weber.

Cuando la joven atravesó el dintel y cerró la puerta, Roderick descansó su frente en el tablón, cerró los párpados y aspiró los resquicios de su perfume, asombrado por lo que acababa de hacer. Aquel gesto sencillo, cargado de significado, le hizo tomar plena conciencia de la osadía de su acto. Tenía el agua al cuello con el encargo de von Sachsen y no se le había ocurrido nada mejor que improvisar una excursión al día siguiente.

¿De veras había tenido la audacia de pedirle una cita a aquella mujer?

La refinada sala de estar estaba saturada de un silencio anticipativo, interrumpido solo por el tictac constante del péndulo del reloj. Ingrid Bauer se sentó con la espalda erguida en su poltrona tapizada en damasco; las manos trémulas, descansando sobre el regazo; y su corazón, latiendo con una ansiedad reprimida, mientras esperaba la notificación que había arribado a través del intrincado sistema de cables telegráficos.

El repiqueteo de unos pasos reverberó en el *hall* de la mansión familiar, anunciando la llegada del cartero. Ingrid se puso en pie, ajustando los pliegues de su vestido de seda, y se apresuró a recibir el telegrama. El mensajero se retiró y ella abrió el sobre de papel amarillo, extrayendo la nota con cuidado, sintiendo cómo cada fibra de su cuerpo se tensaba. Desdobló la hoja que contenía el escueto mensaje y comenzó a leer las frases impresas en tinta negra:

QUERIDA FAMILIA STOP EN BAVIERA STOP RETRASO
RETORNO A BREMEN STOP ENTREGARÉ CARTAS DE TÍA
KATJA ROSE STOP RODERICK WEBER FALLECIDO HACE
OCHO AÑOS STOP TODO MI AMOR A ROSIE STOP IRÉ
PRONTO POR ELLA KATJA

—¿Está... muerto? —susurró August, con voz ahogada.

Ingrid miró a su marido, evitando cualquier comentario que le hiciera perder la compostura. Los ojos del hombre, fríos e incisivos como el acero pulido, colisionaron con los de su esposa, mientras absorbía cada palabra con una calma aparente, pero en lo más profundo de su ser, un torrente de emociones turbaba su serenidad habitual. La noticia de la muerte de su peor enemigo despertaba en

él una amalgama de sentimientos contradictorios, un conglomerado de triunfo, melancolía y una extraña liberación que luchaba por encontrar su expresión adecuada.

Una leve mueca, apenas perceptible para los observadores menos atentos, manifestó una perversa satisfacción refrenada. Durante años había temido y soportado los desafíos y las intrigas de su adversario con una perseverancia inalterable, esperando el momento propicio para alcanzar la victoria final. Ahora, con la partida de Weber, se abría ante él un horizonte de posibilidades que lo eximían de las cadenas de la discordia y la rivalidad.

Ingrid respiró hondo y decidió no dejar que la duda y el pesar empañaran el momento. Su mirada se posó en la ventana, donde las primeras sombras del crepúsculo teñían el cielo, y sintió que aquella noticia era un extraño punto de inflexión, una puerta cerrándose definitivamente, mientras otra se abría hacia un futuro plagado de incertidumbres que pesaban como una amenaza latente.

—Eso es lo que dice aquí —corroboró la matriarca, dejando caer la hoja sobre el butacón con un resoplido que parecía arrastrar todo el peso del mundo—. No tienes por qué disimular. Detrás de la máscara de indiferencia que es tu cara ahora, sé que se camufla un sutil vestigio de nostalgia. Ya no tienes a quién restregarle tu logro a base de mentiras y engaños, y acabas de ser privado de un antagonista digno de tu astucia y habilidad, dejando un vacío que ningún otro oponente podrá llenar.

August no replicó enseguida. Se quedó quieto, como si aquel vacío que ella mencionaba se hiciera tangible, una grieta sangrante que lo carcomía por dentro. Luego rompió el silencio, como el eco de un tribunal que dicta sentencia.

—El fin de Weber no es solo la muerte de un hombre, Ingrid, es la culminación de una batalla que marcó nuestras vidas y la promesa

de un mañana sin sus maquinaciones. ¿Cómo se ha enterado?

—No lo especifica —respondió Ingrid—. Pero eso no importa.

August se introdujo una mano en el bolsillo de la chaqueta, asiendo la minúscula llave de la que no se separaba ni durante el descanso nocturno. Cuando Hans —su padre y entonces presidente de Sohlenkunst— vivía, este le había exigido que se deshiciera de los papeles que guardaba en ese gabinete al que nadie, excepto él, tenía acceso. August había desobedecido su orden deliberadamente, pues tener en posesión algo tangible que pusiera de manifiesto la reiterada rebeldía de su tío Jürgen era un poderoso aliciente para justificar todas sus acciones posteriores.

—El peligro ha pasado —murmuró, acercándose a Ingrid con un gesto que buscaba la reconciliación.

—Te equivocas. Ambos conocemos a Katja. No parará hasta saber qué sucedió. Lo descubrirá todo, al igual que lo hizo Katja Rose.

—Para entonces, ya no importará que lo sepa.

Ingrid alzó la cabeza, desafiante.

—Tú perdiste a una hermana por causa de esto, yo no quiero perder a mi hija.

Bauer escrutó la expresión retadora de su cónyuge. Ingrid no parecía inclinada a apoyarlo esa vez.

—Me ocultaste que Katja partía en busca de Roderick Weber el día que nos trajo a Rosalind para que nos ocupásemos de ella. Me mentisteis las dos.

—Si te hubiera participado sus planes, habrías intentado impedir que se fuera.

—¡Desde luego! —exclamó él, tajante—. Porque soy el único en esta familia que piensa con el cerebro, y no con las vísceras.

Su esposa le lanzó una mirada sibilina y llena de desprecio. El

enojo consumía sus entrañas como una hoguera avivada por la injusticia y la traición. Su marido, ese hombre cuyos votos de amor y lealtad juró ante Dios y los hombres, se había convertido en un cómplice silente de los tormentos infligidos a su propia hija, aunque ignorase su parte de culpa en el estremecedor relato de Katja el día que esta visitó la fábrica y le leyó porciones de las cartas de su cuñada.

—Thomas Bramwell maltrataba a su mujer —escupió Ingrid, devolviéndole el golpe—. El socio con el que brindabas en tu despacho, y al que por poco cedes el control de Sohlenkunst, convirtió al fruto de mi vientre en un despojo humano al que vejar de todas las maneras que se le ocurrieran. Yo no diría que eso es pensar con la cabeza.

—¿Quién te ha ido con semejante majadería?

—Katja.

—No digas sandeces. Si fuera verdad, nos habría solicitado ayuda.

—¿Cómo iba a hacerlo si la vigilaba las veinticuatro horas del día? —vociferó la dama, encolerizada—. Llegó a experimentar, incluso, la pérdida de un hijo después de una tunda. La misma mañana de su partida, le rogué que no parara hasta encontrar a Roderick. Quería redimirnos por nuestros continuos y horrendos errores, aunque fuera solo por contentarla por todo el sufrimiento al que la sometió nuestro abandono.

—¡No la abandonamos! ¡No sabíamos nada!

—Weber era un buen hombre; Thomas, no —sentenció Ingrid—. No oses recriminarme por actuar a tus espaldas. Tu falta de criterio no trajo más que lágrimas a tu hermana y a tu hija. De no intervenir, te habrías dejado llevar de nuevo por tu egoísmo narcisista, y este tropiezo yo no habría sido capaz de perdonártelo.

August la miró afligido. Su figura erguida, pero apaleada por el peso de aquella revelación atroz, se asemejaba a la de un árbol centenario cuyas raíces habían sido corrompidas por las termitas. La culpa, ese monstruo devorador de almas, se aferró a él como una bestia carroñera insaciable, recordándole que su inacción fue una aliada en el tormento de un ser amado. Los ecos de sus propias palabras resonaron en su mente, acusándolo con la fuerza de mil voces, martillando su conciencia hasta hacerla sangrar.

Había perdido la inocencia de la ignorancia y se enfrentaba ahora al oscuro abismo de una realidad que se negaba a aceptar.

—El precio por mi redención ya no puede ser pagado —musitó, rendido—. Thomas quería ayudarme a conservar lo que es mío. Roderick, destruirlo.

—Y sacrificaste a ambas para conseguir lo que tanto ambicionabas.

—Le entregué a Katja porque creí que cuidaría de ella —se defendió Bauer—. Estaba atado a un acuerdo firmado. Saber que Weber ha pasado a mejor vida me consuela, no lo voy a negar. Al menos el sacrificio que hemos hecho todos no habrá sido en balde.

—¿Todos? Tú no has hecho ninguno —le espetó Ingrid, disgustada—. Y espero que, a su regreso, Katja sea capaz de mirarnos sin aborrecernos. Reza, August. Añade a tu repertorio todas las oraciones que te sepas. Las vamos a necesitar.

August no protestó. Había confundido conveniencia con sacrificio, obediencia ciega con virtud. Y ahora, cuando todo estaba dicho, comprendía que el castigo más severo no vendría de Ingrid, ni siquiera de Katja, sino de sí mismo.

En la campiña bávara, entre ondulaciones boscosas y espesos corredores de abetos, se extendía el camposanto de Rothenburg ob der Tauber, resguardado tras muros de piedra y bañado en una calma suspendida en el tiempo. Al cruzar las rejas de hierro ornamentadas con motivos góticos, el visitante entraba en un mundo que parecía ajeno a la realidad, donde el bullicio urbano quedaba atrás y solo restaba espacio para la memoria. Las lápidas se alineaban en terrazas escalonadas, adaptándose al relieve del terreno como si buscaran un lugar más alto desde el cual velar por los vivos. Flores frescas, otras secas y desvaídas, se asomaban tímidas entre los epitafios, cada una testimonio del cariño de los que aún recordaban.

Las copas de los árboles centenarios arrojaban su sombra sobre las tumbas, muchas de ellas con inscripciones ya desvanecidas. Algunas sepulturas se inclinaban de forma irregular, como si hubieran cedido ante el peso de los años y las ausencias.

Katja avanzaba del brazo de su acompañante por la senda principal, observando los monumentos. Muchos eran auténticas obras de arte: cruces esculpidas, ángeles de mármol, figuras dormidas que parecían aguardar algo más que el descanso eterno. Roderick había llegado puntual, como era su costumbre. La recibió con un cumplido sobrio sobre su vestido, le ofreció el brazo con cortesía y la guio hasta el carruaje que él mismo condujo. Durante el trayecto, se detuvieron en una floristería modesta donde eligieron lirios de los valles y edelweiss, las flores favoritas del difunto.

—Las estatuas son increíblemente bellas —murmuró ella, mientras su mirada se perdía entre los panteones—. Más que un cementerio, esto parece un santuario para la meditación.

—Siempre me ha gustado este lugar —expuso él—. Tiene algo... apacible. Vengo a pintar aquí, cuando el clima me lo permite.

Katja se detuvo junto a una verja baja, y él imitó su gesto sin soltarla.

—¿Pinta paisajes?

—Sí. Lo prefiero a los retratos —dijo Weber, con una leve sonrisa—. Caspar David Friedrich es uno de mis referentes. ¿Lo conoce?

—Friedrich... me suena su nombre. ¿Es el autor de *Caminante en un mar de niebla*^[3]?

—Efectivamente. Sus cuadros se pueden ver en galerías de arte de Dresde y Berlín.

Siguieron caminando por un sendero estrecho, girando a la derecha en una bifurcación que Roderick indicó con un movimiento de cabeza. Pasaron junto a varios túmulos modestos, hasta que él se paró frente a uno.

—Aquí es —indicó.

Katja depositó las flores sobre la lápida, y él dejó una cajita de madera, pulida y sin adornos, donde había colocado las cartas. Mientras ella leía la inscripción grabada en la piedra, Weber permaneció de pie, los brazos cruzados detrás de su espalda.

—Gracias por venir, señora Bramwell. Su gesto significa más de lo que imagina.

Katja se enderezó y reposó la mano enguantada en su antebrazo.

—El honor es mío. Lamento mucho no haberlo conocido... Por la manera en la que mi tía lo adoraba, me es imposible no imaginarlo como un hombre excepcional.

—Se amaban sin remedio.

—Lo sé. Y tras su separación, ella no entregó su corazón a nadie más. Nunca se casó.

—Mi padre, sí —agregó Roderick, triste y apagado—. Pero aquello fue un simple trámite, no un consuelo. Mi madre jamás fue

correspondida. Él la respetó, pero no la quiso.

—Los Bauer lo arruinaron todo. Le negaron a su padre la posibilidad de comenzar de nuevo. Y a la mujer que le dio la vida le hicieron soportar un yugo que no era suyo. Merecemos el desprecio que siente hacia nuestra familia.

La congoja con la que expresó sus pensamientos lo conmovió, y Roderick se sintió tentado, de forma casi involuntaria, a inclinarse y besarla en la mejilla, pero dominó aquel impulso antes de que fuera tarde. En lugar de eso, tomó su mano. La barrera de la tela del guante no evitó que la intensidad del contacto le atravesara la piel como un rayo. Entonces, ignorando el rubor que teñía sus pómulos, Katja propuso:

—El día está precioso hoy. ¿Y si lo aprovechamos para hacer un pícnic junto al río Tauber?

Capítulo 7

Hamburgo era una localidad cosmopolita y efervescente, pero también exigente y cara. Para quienes vivían al margen de la solidez económica, cada jornada representaba una lucha interminable. El alquiler era alto, los alimentos subían de precio con rapidez, y cualquier forma de entretenimiento costaba más de lo que realmente valía. Aun así, abundaban los cafés, los teatros de variedades y los locales donde se ofrecían espectáculos para todos los gustos. La gente buscaba distraerse, olvidar las penurias o la falta de trabajo estable, y Liesel conocía bien esa faceta de la ciudad: la que brillaba por fuera y desgastaba por dentro.

Klaus se había ausentado hacía un rato con la excusa de ir a comprar algo de bebida y tabaco, mientras ella esperaba a Gustav, el hijo de su casero, para pedir un aplazamiento en el pago de la mensualidad. El vestido color mostaza que se había agenciado en una tienda de artículos femeninos cerca del puerto era el culpable de que se hubiera esfumado parte del dinero de la renta de su minúsculo apartamento. Aquella prenda sería su carta de presentación, el último recurso que le quedaba por usar como intento de convencer a Roderick de ser generoso también esta vez.

Llamaron a la puerta, y Liesel se enderezó y abrió con una

sonrisa medida, apartándose para dejar entrar a Gustav. El muchacho, retraído pero contundente, rechazó la invitación.

—Buenos días, señorita Krüger —saludó él, afable—. Mi padre le pide disculpas por no poder atenderla.

—Buenos días, Gustav. No te preocupes. ¿Cómo está el señor Petersen? Me enteré de que su dolencia lo ha vuelto a postrar en cama.

—Sí, lamentablemente. La gota ha regresado con fuerza estos días. Apenas puede apoyar el pie en el suelo —explicó el mozo—. Caminar ya se le hace complicado, imagínese ir a faenar. Hasta que supere este nuevo brote, mi hermana y yo estaremos al frente de la tienda de ultramarinos, y trataremos cualquier asunto con sus arrendatarios.

Liesel asintió, compasiva. Había oído decir que esa enfermedad atacaba sobre todo a los hombres mayores que no se privaban de vino, embutidos y otros pequeños lujos que para ella eran inalcanzables. Pensó, no sin cierta ironía, que incluso los males tenían clase: mientras unos caminaban descalzos por no poder permitirse zapatos nuevos, otros se veían inmovilizados por sus excesos.

—Es una lástima. Un hombre tan trabajador. Espero que mejore pronto. ¿Seguro que no quieres entrar?

—No, señorita. Tengo unos recados importantes que hacer, y voy con retraso. Ya sabe cómo es mi padre: valora que sus órdenes se ejecuten con precisión y sin demora, y si no le es posible ocuparse personalmente, espera de nosotros la misma eficacia. Aún convaleciente, no cesa de impartir directrices con el mismo rigor de un sargento.

—Entiendo —dijo ella, ladeando apenas el rostro y expresando una preocupación ensayada, mientras su mirada calculadora

comenzaba a suavizarse—. Pues no te entretendré, no vaya a ser que recibas una reprimenda por mi culpa.

Mientras hablaba, Liesel alzó una mano y enredó distraídamente un mechón de su cabello en su pulgar. El tono cobrizo con el que se había teñido la melena resaltaba sobre la piel blanca de su rostro y le confería un aire fantástico, como si fuera una criatura salida de un cuento de marineros, una sirena varada en tierra firme. Sabía bien el efecto que producía; no era vanidad, sino puro cálculo. Con los años había aprendido que la belleza, incluso aquella que se improvisaba con lo que una tenía al alcance de su mano, era una táctica más eficaz que cualquier argumento.

Los hombres no eran más que instrumentos toscos, previsibles. Seres torpes regidos por pulsiones elementales, fáciles de desarmar con una sonrisa o una voz melosa y aduladora. Carecían, en su mayoría, de principios verdaderos; y si los tenían, estos se desdibujaban en cuanto se les ofrecía la posibilidad de sentirse relevantes. Y por eso no los admiraba. Los toleraba. Y los usaba.

—En realidad, Gustav —prosiguió, dotando a su tono de un toque apurado—, me preguntaba si podrías ayudarme con un pequeño asunto. Esta semana me ha surgido un imprevisto: debo viajar fuera de la ciudad para ver a un familiar que está enfermo. No será por mucho tiempo, unos cuantos días. Pensaba pedirle a tu padre un aplazamiento en el abono de la renta. Solo por esta vez.

El muchacho torció su semblante, incómodo. Ladeó el cuerpo, como si quisiera poner distancia entre ellos. Como si la cercanía de Liesel fuese una amenaza a su entereza.

—Señorita Krüger, no me corresponde a mí decidir eso —repuso cauteloso—. Mi padre es muy estricto con sus negocios. Sostiene que, si uno empieza a hacer excepciones, se pierde el control de todo.

—Y como empresario que es, su comportamiento es sensato y recomendable —apreció ella—. Te doy mi palabra de que no te defraudaré.

Gustav bajó la vista, luego la levantó otra vez, vacilante.

—Hablaré con él —dijo—. Le explicaré su situación y veré qué logro hacer. Pero no puedo prometer nada. Está de mal humor, no solo por la dichosa artritis, sino por los retrasos en los cobros. Me ha dejado muy claro que no quiere más prórrogas. Aun así... intentaré mediar.

—Gracias, Gustav —respondió ella, solícita—. Sé que harás lo correcto.

Lo despidió con un exagerado aleteo de pestañas, y no entró en casa hasta que el muchacho desapareció escaleras abajo. La mente la llevó, sin que ella lo buscara, a un recuerdo que la golpeó con renovada crudeza.

Era una noche como tantas otras, húmeda y perfumada por el aroma de los tilos en flor. Roderick había aparecido sin anunciarse, como si supiera exactamente dónde buscarla. Había algo en él que la incomodaba y atraía por igual: esa mezcla de compostura burguesa y anhelo apenas disimulado, esa forma de observarla como quien baraja las posibles consecuencias, pero se deja llevar por el impulso.

No hablaron demasiado. Tampoco hizo falta. El primer contacto no fue un saludo, o un diálogo insustancial o un cumplido, sino un simple ademán: le quitó el cigarro de los dedos con una naturalidad que solo se concede a los íntimos y lo llevó a sus propios labios, dándole una profunda calada. Liesel había visto ese gesto en otros hombres, pero en él percibía una audacia que rozaba la insolencia.

Actuaron obedeciendo al instinto, no a la razón, y entraron en la trastienda del café como quien comete un robo: con la urgencia de

quien ha rebasado los límites. Él se quitó la chaqueta con un apremio casi teatral, mientras ella desabrochaba uno a uno los botones de su blusa sin apartar la mirada de sus ojos. No hubo ternura, ni promesas ni frases embellecidas. Solo deseo —ese que arde sin metáforas— y una especie de pacto tácito: él no pediría explicaciones, y ella no fingiría pudor.

Sentada en el borde del colchón, se dio cuenta de que llevaba meses postergando lo inevitable. La abrumaban las deudas, el hastío, la pobreza. La forma en la que Klaus se había instalado en su vida como si le perteneciera. El tedio pegajoso de la monotonía. Hamburgo, con su algarabía y sus luces que prometían tanto y daban tan poco, se había convertido en una jaula disfrazada de oportunidad. Los caminos que antes la habían seducido con la ilusión de huir de la mediocridad ahora evocaban lo lejos que estaba de alcanzar algo verdadero. Se movía con esa inercia resignada de quien ya no espera sorpresas, mientras dentro algo se marchitaba sin ruido ni protesta.

Se levantó, abrió el armario y sacó una bolsa de viaje. No le costó decidir qué llevar: un par de mudas, su vestido nuevo, algunos zapatos, su documentación..., lo justo. No necesitaría mucho. Partiría hacia Rothenburg antes de que Klaus regresara y tratara de detenerla.

Cerró la maleta, la dejó junto a la puerta y echó un último vistazo al apartamento. No escribiría nota alguna. Dejaría tras de sí, como siempre, la incómoda certeza de haber abandonado un incendio a medio apagar.

—¿Y opina que las mujeres sufren por amor más que los

hombres?

Recostada en la *chaise longue* en la que Roderick había recreado el lecho de flores y ofrendas de la diosa, Katja lo observaba recorrer con la mirada cada centímetro de su cuerpo, mientras su mano, sosteniendo un pincel, dibujaba trazos en el *canvas* del caballete que tenía delante, imprimiendo sobre la resistente tela de lino la sensual imagen que captaba su retina. Desde su visita al cementerio, su vínculo se había convertido en algo mucho más íntimo, y en sus interacciones no faltaban las conversaciones sobre temas profundos como las pasiones humanas, la fidelidad, el compromiso o las relaciones familiares.

Aquella tarde lluviosa de finales de septiembre, habían iniciado un debate acerca de la lealtad a los sentimientos, cómo afectaban estos a hombres y mujeres por separado, y cuáles eran las consecuencias que se reflejaban en sus comportamientos. Antes de contestar a la pregunta del retratista, se tomó unos segundos para meditar bien su réplica.

—No lo creo —dijo, con una firmeza serena—. Ambos sexos conocen el daño, la pérdida, la traición. El corazón no distingue cuerpos. Pero... sí sospecho que nosotras cargamos con el dolor por más tiempo. Lo desmenuzamos, lo rumiamos. Nos cuesta más abandonarlo.

Roderick dejó el pincel encima de la paleta y volvió a encararla con una ceja levantada.

—¿Y en qué fundamenta esa afirmación?

—En la experiencia.

—¿La suya?

—¡Oh, no diga tonterías! Yo jamás me he...

Un tono encarnado colonizó el pálido cutis de la modelo en cuanto esta se percató de lo que iba a decir. Se interrumpió de

inmediato, consciente del traspié. Él ya sabía —por lo que ella había callado más que por lo que había dicho— que su matrimonio con Thomas no había sido feliz. Aun así, evitaba referirse al finado con nombres o detalles. Prefería dejarlo como una sombra sin contorno.

—¿Se ha... qué? ¿Enamorado?

—No me haga repetirlo.

Weber se levantó de su taburete y anduvo hacia ella. Se acuclilló a su lado y enunció:

—Intuyo que ese hombre no fue precisamente un modelo de virtud. ¿Me equivoco?

—No, no lo fue.

—¿Le era... infiel?

—Ojalá.

Un trueno se oyó fuera, y el aguacero que caía en el exterior se intensificó, estrellándose feroz contra los cristales de las ventanas. Roderick la escrutó con tal tenacidad que ella hubo de desviar la mirada, y entonces, él entendió su insinuación. La existencia de una amante en la vida de un hombre casado no solía ser bienvenida por la esposa de este, a no ser que ella no deseara recibir sus atenciones. En ese caso, que él mantuviera a una barragana en otra parte le causaba más alivio que angustia.

—¿Alguna vez contempló la posibilidad de pedirle el divorcio?

—¿Divorcio? ¡Por favor! —exclamó Katja, incorporándose con nerviosismo—. Esa palabra no existe en mi léxico. Tengo una hija, ¿recuerda?

Weber la imitó, mas se abstuvo de tocar a la joven.

—Pero si usted no encontraba dicha en ese vínculo, es improbable que Rosalind lo hiciera. Los niños tienen un sexto sentido para las penas calladas. Retener una unión infeliz por el bien de un hijo suele convertirse en un error grave. Ellos crecen, se van,

rehacen sus vidas... y usted se queda con lo que sacrificó.

Katja lanzó un suspiro, vencida por la lucidez de su argumentación. Hubiera querido refutarlo, pero la voz se le quebró al reconocer en un susurro:

—Me convenció de que no era nada sin él. Que no tenía esencia propia ni valor alguno por mí misma. Y cuando una mentira se repite a diario, se transforma en verdad. Una verdad que cala en los huesos y te acompaña incluso cuando estás sola.

—Si ese hombre fue incapaz de advertir lo que yo, torpe como soy, sí percibo..., entonces no merece indulgencia alguna —replicó Weber.

—¿Y qué es lo que ve?

Él no respondió al instante. En lugar de eso, tomó su muñeca y la condujo hacia el caballete, aunque ella se resistió, con un gesto rápido y contundente.

—No quiero mirar. Aún no estoy preparada.

El pintor se colocó detrás y le cubrió los ojos con las manos. Entonces la instó a moverse, arguyendo:

—Atrévase. Cuando esté delante de su retrato, lista para enfrentarse a ese rostro divino que consigue que pierda el hilo de lo que estoy diciendo en cuanto la miro, retiraré la mano. Muéstreme el coraje que sé que posee, que late bajo su piel. No me decepcione.

La proximidad entre ambos se volvió densa, cargada de una conexión no buscada pero inevitable. El calor de su pecho, protegido apenas por una camisa de algodón, besaba su espalda desnuda y la envolvía con la tensión ardiente de un roce imaginado mil veces. Katja contuvo la respiración y, con un leve temblor en las rodillas, se dejó guiar hasta el lienzo. Su pulso era acelerado e irregular.

—No tema —murmuró él—. Estoy aquí.

Envalentonada por sus ánimos, Katja claudicó y dejó que las

manos de Roderick descubrieran su mirada. Sus ojos se abrieron como si enfrentarse a su imagen fuera un acto de expiación.

Y allí estaba: tendida sobre un estrado cubierto de flores, con el cuerpo ligeramente curvado y el cabello dorado cayendo en bucles brillantes sobre el escote, como una cascada de oro líquido. Se vio a sí misma con una belleza ajena, mítica, y un estremecimiento la recorrió entera.

—Oh, Roderick... —gimió, afectada—. Es usted un artista extraordinario. El mejor que he conocido.

Al tomar conciencia de que los brazos de Roderick la rodeaban y que sus palmas descansaban sobre su abdomen, Katja se volvió hacia él, sin la menor intención de apartarse. El contacto era cálido, envolvente, demasiado cercano como para ignorarlo. Elevó la mirada y se concentró en la firme línea de su mandíbula, en la sombra que delineaban sus pómulos, hasta detenerse en sus labios entreabiertos.

—Katja...

—Katja Rose y su padre.

—¿Qué pasa con ellos?

—Mi tía nunca rehízo su vida. Weber, sí. Y muy pronto tras su ruptura, puesto que nosotros tenemos la misma edad, y yo nací un año escaso después de los hechos. Eso prueba mi teoría... de que la agonía de las mujeres, tocante al amor, es más duradera.

Roderick le dedicó una sonrisa ladeada.

—Ese ha sido un golpe artero, y sobre todo, injusto. Mi padre jamás amó a mi madre. Se casaron porque yo venía en camino. Sucumbió al despecho, no al deseo.

La cadencia con la que pronunció la última palabra provocó en Katja un estremecimiento sutil y persistente. Aquella sonoridad grave, musitada, parecía destinada a penetrar más allá de sus oídos,

sembrando un incendio imparable en sus entrañas. Todo en ella vibró: los músculos de su vientre, la piel de sus brazos, hasta el aire entre los dos pareció tensarse.

Buscó su mano y anudó sus dedos con los de él, con la sangre bullendo en sus venas. Se moría por atraerlo, por admitir lo desesperada que estaba por comprobar a qué sabía aquella boca carnosa. Weber la estudiaba como si cada fibra de su ser anhelara perderse en el abismo de sus ojos. Katja, a su vez, se dejaba envolver por el magnetismo que exhalaba él, sintiendo cómo su corazón latía al ritmo de sus miradas entrelazadas.

El primer contacto fue como una chispa que prendió una llama abrasadora en lo más hondo de sus almas. Los rostros de ambos se fueron aproximando hasta que sus respiraciones se hicieron erráticas. Roderick entonces se inclinó y atrapó sus labios entre los suyos, saboreando su terneza, fundiéndose con ella en un beso tan empapado de necesidad que parecía trascender el tiempo y el espacio.

Katja separó aún más los labios, incitándolo a explorar su boca. Él, soltando un gruñido, claudicó a su tentadora invitación, acomodando sus manos en la curvatura de su talle, palpando la calidez de su piel debajo de la túnica, carente del blindaje protector de un corsé.

Su feminidad era atrevida, plena, peligrosamente escandalosa. Las dunas que formaban las curvas de sus caderas sembraron en él una imagen mental perversa, un afán doloroso por rasgar en dos aquel maldito disfraz y recorrerla entera con la lengua. No sería la primera vez para ninguno de los dos, y el hecho de que ella supiera bien a lo que se exponía y aun así no lo detuviera le hacía desear mandar al diablo cualquier asomo de prudencia.

Tomó un mechón de su melena y lo enroscó entre sus dedos,

mientras se deleitaba hambriento en el confort de su paladar. «No pares ahora. Por lo que más quieras, no pares».

Como si hubiera escuchado su súplica silenciosa, Roderick se apartó repentinamente de ella con el cuerpo en llamas.

—No puedo. No puedo, Katja.

Ella lo miró contrariada.

—Yo...

La cerradura de la puerta de entrada crujió, y Ernst entró en el estudio portando un par de bolsitas que desprendían un aroma delicioso. Katja le dio la espalda al recién llegado, recomponiéndose el vestido y tratando de disimular su turbación.

—Está cayendo el diluvio universal ahí fuera —dijo Kissinger, cerrando su paraguas y colocándolo dentro del paragüero—. Y me temo que durará hasta mañana. Antes de volver, me he pasado por Zuckerhimmel. ¿Le gustan los bollos de canela, señora Bramwell?

Katja lo miró con la culpa y la vergüenza reflejada en los ojos. Sintió la visión de Roderick sobre ella como la de un ave rapaz, y respondió en un hilo de voz:

—Gracias por su ofrecimiento, señor Kissinger, pero tengo que irme.

—No se lo aconsejo —rebatía Ernst, quitándose el sombrero—. Espere hasta que amaine un poco.

—No se preocupe. He traído mi paraguas.

Sin dar tiempo a más objeciones, corrió a cambiarse. Roderick la vio refugiarse detrás del biombo, desgarrado por la culpa. Minutos más tarde, ella emergió de nuevo, ya compuesta, y se despidió sin volver la vista atrás, como si partir fuera su única forma de conservar algo de dignidad.

Y él, paralizado, no hizo nada para detenerla.

Cuando Ernst abandonó el taller aquella noche, tras recoger y limpiar sus herramientas, Weber permaneció anclado en su banco de trabajo por un buen rato, mientras seguía con la mirada los regueros que el aguacero arrojaba contra los cristales. Luego, con el repiqueteo monótono de la lluvia como única compañía, apagó las lámparas una a una, renunciando a la cena.

Le había sido imposible probar bocado; el nudo que lo oprimía por dentro era más tenaz que el hambre.

En su interior, el caos era tan implacable como la tormenta que rugía fuera. Pensó en ir a buscarla al hotel. Aparecer sin previo aviso, pedirle perdón, arrodillarse si era necesario. Suplicarle que le concediera la oportunidad de explicarse, aunque él mismo no supiera muy bien qué decir.

¿Cómo había osado traspasar los límites de su confianza de una forma tan torpe, tan impetuosa?

¿Qué clase de hombre era, incapaz de dominar sus impulsos más primarios?

Se apoyó contra la pared como si el torrente de pensamientos lo abatiera físicamente. Recordó entonces otra noche lluviosa, años atrás, también en ese mismo estudio. Liesel y su manera de reír con la cabeza inclinada hacia atrás. Segura. Altiva. Intrépida. Tan distinta de Katja. Nunca se dejaba conmover del todo. Lo sedujo con promesas a medias, miradas ambiguas, con un cuerpo que parecía tallado en mármol. Pero bajo aquella superficie perfecta se escondía una tejedora paciente, astuta, y Roderick, aún hoy, no sabía si había logrado salir de su telaraña... o si simplemente había dejado de luchar.

Su separación abrió un paréntesis que lo persiguió por años,

impidiéndole volver a entregarse sin reservas. Hasta ahora. La brutal transparencia, dulzura y honestidad de Katja, sin máscaras ni dobleces, amenazaba su estabilidad de una manera muy superior a como lo había hecho Liesel. Desde que la vio cruzar el umbral de su estudio, algo dentro de él se quebró. ¿Volvería la historia a repetirse como un endemoniado bucle interminable?

Resignado, se puso la camisa de dormir y se dirigió a la ventana. Tal como Ernst había vaticinado, el chaparrón no daba tregua. Las calles de Rothenburg se habían convertido en serpenteantes riachuelos que reptaban voraces entre las humildes viviendas del vecindario. A la mañana siguiente, más de un hogar amanecería con el sótano inundado, pensó.

Trató de acostarse, aunque sabía de sobra que el sueño lo esquivaría igual que un animal receloso. Sobre una banqueta, como una reliquia olvidada, yacía uno de los guantes de Katja. En un gesto tan irracional como íntimo, lo tomó entre los dedos y se lo llevó a la nariz. Olía a frutas del bosque, con un leve matiz terroso, tal vez pachulí. Era un perfume embriagador, mielado, penetrante sin ser vulgar. Ese aroma se le incrustó en la mente como la espina de una flor venenosa, avivando su ansia con una violencia casi infantil.

Se arrebujó entre las sábanas frías, deseando poder arrancársela de la cabeza. Pero era inútil. El beso que compartieron había encendido en él un anhelo que llevaba siglos dormido. Y no solo a nivel físico: era una necesidad de palpar algo verdadero, de sentirse visto. En ella no había artimañas ni estrategias, sino una rendición absoluta. Genuina.

Un ruido en el pasillo lo sacó de su espiral de pensamientos. Se irguió en la cama, alerta. Caminó descalzo hasta la puerta, abrió sin preguntar por la identidad del intruso... y la vio allí, calada hasta los huesos, el cabello pegado a las sienes, los labios temblorosos, los

ojos anegados de un apremio más elocuente que cualquier discurso ensayado.

—¿Katja?

La joven dio un paso hacia adelante, después otro, y él se hizo a un lado, permitiéndole entrar. Se detuvo en medio de la estancia, empapada. El agua le chorreaba por las mangas y el dobladillo del traje formaba un charco a sus pies. Se volvió hacia él y, sin desviar la mirada, comenzó a desabotonarse el vestido.

Roderick anduvo hacia ella como si temiera que un movimiento brusco pudiera romper el hechizo. Le sostuvo el mentón y dijo:

—Estás tiritando.

—No tengo frío.

—Necesito que me escuches. Que sepas... yo...

Los dedos de ella se posaron sobre sus labios, impidiéndole seguir hablando.

—¿Puedo quedarme esta noche?

Al oír su petición, Roderick sintió que su pecho se comprimía. Los secretos que él mismo ocultaba y que aún no se atrevía a confesar pesaban sobre él con una intensidad insoportable. No obstante, cualquier excusa para alejarla y negarse a complacerla le sonaba vacua, necia y disparatada. ¿Cómo fingir indiferencia cuando su sola presencia desarmaba su voluntad más férrea? La había imaginado cruzando esa misma puerta, buscando en él un refugio, una tregua, y ahora la tenía allí, vulnerable, ofreciéndole algo infinitamente más valioso que su cuerpo: su confianza.

—¿Qué es lo que quieres de mí? —jadeó, quejumbroso.

Y entonces ella, reuniendo toda la crueldad existente en el cosmos, pronunció su sentencia de muerte.

—A ti, Roderick.

Capítulo 8

Hundió la cabeza en el cuello de Katja, mordiendo la carne tibia que palpitaba bajo su boca. Un gemido escapó de ella, colmado de placer, retumbando en la oscuridad de la habitación como un eco de pasión reprimida. Sin apartarse de la fuente de su deseo, desgarró la liviana camisola que la cubría, dejando caer la tela rota al suelo, y reveló su desnudez de cintura para arriba, tersa y pulsante. Las manos expertas de Roderick dibujaron círculos sobre la piel sensible, haciendo que sus jadeos se volvieran más profundos, más desesperados. Luego reanudó el beso, esa vez con más intensidad, saboreando su boca sin reservas, devorándola con avidez, destruyendo cualquier atisbo de cordura que todavía restara entre ambos.

Katja arqueó su cuerpo hacia él, ofreciéndose sin miedo, un banquete irresistible para un hombre con un apetito salvaje. Trastabillaron, perdiendo el equilibrio, hasta estrellarse contra la pared contigua. Las manos recorrieron febriles cada centímetro, sondeando, reclamando, avivando la hoguera que los consumía. Weber, con movimientos ágiles y urgentes, desató la cinta que ceñía sus pololos, mientras Katja hacía lo propio con su ropa, liberándolo con idéntica impaciencia.

La alzó con una fuerza que desmentía su contención habitual. Katja se aferró a sus hombros, torturándolo con besos cortos y afanosos, y en un reflejo instintivo, rodeó sus caderas con las piernas. Él la llevó hasta el alféizar de la ventana, y, sin más ceremonias ni preludios, la tomó con una sola acometida certera, y un grito estridente brotó de su garganta al recibirlo. Sus manos volaron a su nuca, atraparon su cabello con una fiereza posesiva y tiraron de él hacia atrás, exponiendo su carne a su aliento entrecortado.

Aquella era una dicha calcinante, embriagadora como el vino más dulce, aguda como el filo de una daga. No había comparación posible ni recuerdo que pudiera acercarse. Era un vértigo sagrado, una rendición completa.

Weber no se detuvo hasta que ella se quebró en espasmos convulsos. Entonces, con un rugido que parecía emanar de sus entrañas, se apartó y sepultó el rostro en su busto, conteniendo el propio estallido, temblando con violencia, esperando que el corazón dejara de repiquetearle contra las costillas. Había renunciado voluntariamente a la cumbre, optando por ofrecerle la suya sin condiciones.

Ella lo miró y le acarició la cara con ambas manos, como si quisiera grabarse sus rasgos en la piel.

—¿Por qué no has querido seguir?

—Porque deseaba complacerte, no reclamarte —respondió él, besando su boca húmeda—. Pero me ha costado la vida, Katja. La vida. No sé cómo voy a permitir que regreses a Vilbruck después de esto.

Ella sonrió, aún enlazada a él como una enredadera que se niega a soltar su rama.

—Hemos complicado mucho las cosas.

—En extremo.

—¿Hasta qué punto?

—Hemos desafiado al destino. Esto no tendría que haber sucedido. Hans Bauer está revolviéndose en su tumba.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Tú, pasar el resto de la noche en mi cama. Y yo, observarte mientras duermes. Lo que ocurra mañana, si seguimos vivos, ya lo decidiremos después.

Se apartó de ella, cruzando la habitación para vestirse. Katja lo siguió, tiró de él y, rodeando su cuello con los brazos, lo besó. Roderick se doblegó a su exigencia; su fervor parecía una venganza tardía por todas aquellas veces en las que el goce le había sido vetado en nombre de la decencia, y a cambio había tenido que engullir y digerir la hiel de la brutalidad de Thomas.

—Pórtese bien o me iré al sofá a descansar —le advirtió, separándose unos milímetros de sus labios.

—No te atreverás. No suelo tomarme con ligereza que me reten. Los Bauer somos muy rencorosos e inclinados a las represalias.

Weber la cargó como un fardo a su espalda, alcanzó el lecho en unas cuantas zancadas y cayó con ella entre risas sobre el revoltijo de sábanas.

—¿Es una amenaza? —la provocó, aprisionando sus muñecas entre sus dedos, antes de volver a besarla—. Porque, de ser así, señora..., acaba de encontrar la horma de su zapato. Que comience la batalla... y que gane el mejor.

—¿Mamá va a volver pronto, tía Annette?

—Por supuesto, mi princesa. Y me ha dicho que te va a traer una

caja de *schneeballen*.

—¿Qué es eso?

—Unas bolitas dulces de masa frita, y recubiertas con azúcar glas, típicas de Rothenburg, el sitio al que ha ido a llevar las cartas de tía Katja Rose.

La niña se subió al murillo de la fuente y se puso a caminar de puntillas sobre él. Annette, viendo con anticipación que la pequeña acabaría cayendo de bruces en el agua, procedió a advertirla:

—Si te mojas, tu abuela nos echará la bronca a las dos. Sé buena y bájate de ahí, anda.

—Quiero irme a casa. Quiero irme a Sunny Hütte —rebatía Rosie, obedeciendo a regañadientes—. Con los abuelos me lo paso bien, pero echo de menos mis juguetes, mi cama... y, desde que mamá le mandó ese telegrama, el abuelo está siempre de mal humor... imira, una ardilla!

Rosalind corrió tras el roedor, que se encaramó a un árbol a la primera oportunidad, huyendo de aquella pulga saltarina vestida con volantes. Annette aprovechó para estirar las piernas sobre la manta que habían colocado junto a la laguna, saboreando los últimos coletazos del verano con una merienda al aire libre en compañía de la hija de Katja, a la que había prometido un paseo por la biblioteca pública de Bremen, que había abierto una de sus salas para una exposición temporal de fósiles y otros hallazgos arqueológicos del profesor Jaekel[4].

Katja era, sin sombra de duda, la mujer más leal que Annette había conocido en toda su vida. De carácter íntegro, mirada directa y principios inquebrantables, había sabido construirse un sentido del honor poco común en los tiempos que corrían. Cuando los Müller se mudaron a Vilbruck desde Núremberg, siendo Annette una cría de piernas flacas y gruesas trenzas, los Bauer —familia de reputación

intachable y arraigado espíritu conservador— no vieron con buenos ojos que su hija entablara amistad con una criatura como ella. El motivo, aunque nunca pronunciado en voz alta, era de todos conocido: el padre de Annette regentaba una casa de citas en el barrio más exclusivo de Bremen, y esa «ocupación», por más que no incurriera en ilegalidad alguna —la empresa estaba registrada ante las autoridades como un *salón de entretenimiento*—, bastaba para tachar de escandalosa a toda su estirpe.

El negocio de Lukas Müller distaba mucho de ser un lupanar ordinario. Aquello era una institución donde el buen gusto, la elegancia y la discreción convergían con una visión inusitada del oficio más antiguo del mundo. Las mujeres que trabajaban para él no eran muchachas arrojadas a la calle por la necesidad, sino jóvenes cultivadas, con conocimientos básicos de historia, literatura y música, entrenadas en las artes del baile y la conversación, capaces de acompañar a un caballero a la ópera sin que este sintiera jamás vergüenza de su presencia. Se les ofrecía un porcentaje generoso por los servicios prestados y vivían en condiciones más dignas que las de muchas esposas legítimas. Lukas no era un proxeneta, sino un empresario atípico que trataba a sus empleadas con respeto, que jamás coaccionó a ninguna a quedarse ni las forzó a nada que no desearan. Si alguna decidía retirarse y formar una familia, él las despedía con un abrazo, una dote decente y una carta de recomendación cuidadosamente redactada. Y sin embargo, su comportamiento ejemplar no lo eximía del desprecio público, especialmente por parte de esos mismos burgueses hipócritas que se santiguaban al oír su nombre, pero que por la noche abandonaban el lecho conyugal para hundirse en los brazos de prostitutas callejeras a cambio de unas pocas monedas que no alcanzaban ni para un desayuno básico al día siguiente.

Llevaba más de treinta años junto a Katharina, su esposa y madre de Annette, y la joven no recordaba una sola discusión entre ellos provocada por celos, sospechas o malos tratos. Su unión era sólida como una roca, construida sobre los cimientos de una historia que ella conocía de memoria. Katharina, berlinesa de nacimiento y antigua cortesana en su mocedad, había conocido a Lukas en una noche particularmente desafortunada para ambos: él, borracho como una cuba, acababa de descubrir que su prometida lo traicionaba con su propio primo —el futuro padrino de su boda—, y contrató los servicios de Katharina para llorar durante horas sobre su regazo, sin más deseo que ser escuchado. Aquel encuentro, tan grotesco como íntimo, fue el inicio de una amistad peculiar que, con el tiempo, se transformó en un amor ecuánime y poderoso. Meses después, Lukas dejó su prometedora carrera como abogado, y se presentó en la pensión donde vivía Katharina con un anillo y una propuesta que, contra todo pronóstico, ella aceptó.

Fue la experiencia de su esposa lo que lo llevó a abrir la casa de citas, un refugio donde las mujeres que, como Katharina, habían sido despreciadas por la sociedad pudieran ejercer su labor en condiciones humanas, seguras y con dignidad. Nunca intimó con ninguna de ellas, y tampoco cruzó ninguna línea que no hubiera traspasado ante la mirada de su cónyuge. A ojos de Annette, el cariño y la lealtad que se profesaban eran un ejemplo insuperable, una prueba de que, aunque poco frecuentes, existían hombres dignos. Pero también estaba convencida de que, salvo honrosas excepciones como su padre —y unos pocos varones más, contados con los dedos de una sola mano—, la mayoría de los hombres no merecían la confianza, y mucho menos la devoción, de una mujer.

Annette estiró el brazo para alcanzar el cesto de mimbre que había dejado a un lado de la frazada y sacó una servilleta y varios

triángulos de pan de centeno untado con queso fresco y pepinillos.

—Rosie, ven a picar algo antes de que empieces a marearte. He traído bocadillos, ciruelas y zumo de manzana.

—¿También hay tarta?

—Una pequeña. De amapola y limón. Pero solo si comes primero algo salado.

La niña regresó trotando, las mejillas encendidas y los rizos pegados a la frente. Se dejó caer sobre la manta con un suspiro dramático y mordisqueó el pan sin entusiasmo. Annette, por su parte, observó a las madres que paseaban con cochecitos a lo lejos, a las ancianas sentadas en los bancos del parque y a un grupo de muchachos que hacían la ruta en bicicleta, tratando —sin éxito— de desterrar de su mente el contenido del telegrama que Katja le había enviado dos noches atrás: «He hablado con él. Es igual que su padre. Estoy confusa. Te cuento a mi regreso».

Eso era todo. Ni una pista más. Pero el impacto de esas líneas había sido desproporcionado. Eran demasiadas coincidencias juntas para pasar aquello por alto. El hijo de Roderick. ¿Qué clase de parecido era ese? ¿Físico? ¿De carácter? ¿Encerraba ese mensaje alguna revelación que Katja no se atrevía a... confesar?

—¿Cuándo vamos a ver los huesos, tía? —inquirió Rosie, masticando un trozo de ciruela.

—¿Los fósiles? Cuando terminemos de merendar. No queda mucho, pero tienes que prometer que no vas a tocar nada. ¿De acuerdo?

—Hecho. Solo miraré.

—Y si te portas bien, a lo mejor dejamos una nota en el libro de visitas para el profesor Jaekel. ¿Te gustaría?

Rosie aplaudió, eufórica. Annette le alisó el vestido y recogió los restos del bocadillo con movimientos lentos, deliberados. No era el

primer paseo que hacían juntas desde que Katja se marchó, pero sí el primero en el que la chiquilla se mostraba agitada, incluso melancólica. Annette sospechaba que no todo se debía al mal humor de August o al cambio de vivienda. La niña, como su madre, tenía un sexto sentido para leer entre líneas lo que no se decía.

Abandonaron el parque por el sendero de grava, siguiendo los carteles que llevaban a la sala de exposiciones anexa a la biblioteca. El edificio, de ladrillo oscuro y ventanas altas, parecía un monasterio: olía a papel añejo y madera encerada. Una empleada les indicó la dirección de la galería, y al atravesar las cortinas se vieron rodeadas de vitrinas con esqueletos de peces prehistóricos, fragmentos de cerámica erosionada y fósiles dispuestos como joyas sobre el terciopelo marrón.

Rosie pegó la nariz al cristal que protegía una mandíbula de ictiosaurio.

—¿Esto también estuvo enterrado?

—Dicen que durante miles de años. Imagina la edad que tiene eso —respondió Annette, agachándose a su altura—. Más de lo que tú o yo podemos comprender.

—¿Y quién lo desenterró?

—Unos señores con pinceles muy pequeños y mucha paciencia. Como el profesor Jaekel.

—¿Él cavó todo esto?

—No solo él. Tiene ayudantes. Pero es el que los estudia, el que escribe sobre sus descubrimientos, el que les pone nombre. A veces, incluso recupera cosas que nadie ha visto anteriormente.

—¿Y por qué colecciona huesos tan viejos?

—Porque nos recuerdan que no somos los primeros en habitar el planeta. Y que en la tierra hay muchísimos secretos por averiguar, si uno sabe dónde buscar.

Rosie rumió su alegato, pensativa. Luego se volvió hacia ella.

—¿Tú tienes secretos, tía Annette?

La dama acarició el borde de la vitrina con los dedos.

—Todos los tenemos. Pero yo los importantes... se los cuento solo a personas que pueden entenderlos. Y guardarlos bajo llave.

Rosalind asintió como si acabara de recibir una confidencia sagrada.

—Entonces yo también te voy a contar los míos cuando sea mayor.

—Aquí estaré —dijo Annette, y le tendió la mano.

Continuaron el recorrido en silencio, entre huellas fosilizadas, fragmentos de ámbar y mapas antiguos. Annette pensó en Roderick, en Katja, en ese desconocido que portaba los genes del amor de juventud de Katja Rose, en la fragilidad con la que el pasado se colaba por las grietas del presente. Hallaba solaz en dejarse arrastrar por la curiosidad infantil de Rosalind, como si todo lo demás —los telegramas, las sospechas, las intrigas y trifulcas familiares de los Bauer— pudieran esperar.

Y eso, por el momento, era más que suficiente.

La inauguración de la estación ferroviaria en 1873 supuso un punto de inflexión en la historia local y en la articulación del transporte dentro del distrito de Ansbach, en la región bávara. Hasta entonces, Rothenburg ob der Tauber —a pesar de su fama por conservar intacta la arquitectura medieval— permanecía aislada de las principales rutas comerciales, lo que ralentizaba tanto el flujo de visitantes como el trueque de mercancías esenciales para el desarrollo económico de la villa.

Con la llegada del tren, el trazado del progreso se impuso sobre la geografía romántica del lugar. El pueblo quedó unido, por primera vez, a la vasta red de ferrocarriles que atravesaba el país, y pronto comenzaron a llegar excursionistas, comerciantes, estudiosos del gótico tardío y damas ansiosas por deambular por sus calles empedradas. El turismo, casi inexistente hasta entonces, se convirtió en fuente de ingresos y en motor de transformación social.

Aquel día despejado, el primer silbido de la locomotora perforó el aire como una promesa. Liesel, instalada en un compartimento de segunda clase, observaba el paisaje que discurría como un grabado animado al otro lado del cristal. El traqueteo marcaba una cadencia hipnótica que no lograba calmar la zozobra que le sacudía el pecho. Vestía con sobriedad impecable: un conjunto de viaje gris antracita con puños blancos almidonados, y un sombrero sujeto al cabello con alfileres de nácar. Desde fuera, nadie habría adivinado el nudo de emociones que tensaba su estómago. Había dejado Hamburgo atrás hacía unas horas, así como a Klaus, cuya silueta seguía apareciendo en los márgenes de sus pensamientos como un fantasma persistente.

Su destino era Rothenburg, donde Roderick residía en un apartamento estrecho con vistas a la plaza del mercado. Liesel no tenía intenciones de prolongar su visita: pensaba exponer su solicitud con claridad y obtener lo que buscaba. Le urgía el dinero, no solo para solventar deudas, sino para disponer de una temporada entera en la que no tuviera que agachar la cabeza ante nadie.

Antes de ir al encuentro de Weber, haría una parada en casa de Ernst Kissinger. Le bastaba plantarse en su puerta y dejarse ver. No tendría que decir una palabra: su presencia sería suficiente para anunciar lo inevitable. Kissinger, con su expresión adusta y su ridículo sentido de la lealtad, se encargaría de informar a su viejo

amigo. Liesel sabía bien cómo manejarlos.

El tren redujo la marcha al aproximarse a la estación, y ella tomó su bolsa de viaje. Intuía que Roderick no le ofrecería alojamiento — ni siquiera una silla donde reposar—, así que buscaría una habitación modesta para pasar la noche.

Cuando el revisor anunció la parada, esperó a que el compartimento se vaciara. Luego bajó con paso decidido, ignorando las miradas de los mozos y el olor a carbón quemado que impregnaba los andenes.

Un coche de punto la llevó hasta el casco antiguo, donde las casas de techos inclinados cubiertos de tejas rojas y estructuras en voladizo seguían resistiendo el paso del tiempo. Subió una calle empinada hasta una vivienda estrecha y sombría, tan idéntica a como la recordaba que por un instante creyó haber retrocedido una década. Algunos hombres, pensó mientras golpeaba la puerta de Kissinger, seguían creyendo que podían vivir del arte sin concesiones ni ayuda, incluso cuando el mundo ya se había acostumbrado a contemplar la realidad a través de una fotografía.

Llamó usando la aldaba de hierro, hasta que una voz somnolienta respondió desde el interior.

—¡Voy, voy!

La puerta se abrió, mostrando a Ernst en bata y sin afeitar, claramente convencido de que se trataba de algún compañero de taberna o de Roderick en una de sus visitas intempestivas. Pero al encontrarse con la figura de Liesel en el umbral —erguida y con una maleta que no dejaba lugar a dudas—, vaciló. Su rostro se transformó de inmediato: palideció como si hubiera visto un espectro.

—¿Qué... qué haces aquí? —preguntó, más por reflejo que por verdadero interés.

—Hola, Ernst. Hace... ¿cuánto que no nos vemos? ¿Desde las pasadas navidades?

—¿Qué quieres, Liesel?

—¿Vas a invitarme a entrar o preferirías que me quedara en la acera para que los vecinos saquen conclusiones?

—No eres bienvenida.

Una sonrisa sagaz se perfiló en los labios finos de la chica, consciente de que los dos, de manera simultánea, pensaban en lo mismo. Una noche, estando ella y Roderick todavía juntos, coincidió con Ernst en una verbena organizada por conocidos en común, y él había bebido más de la cuenta. El ambiente distendido los había hecho intimar de una manera muy poco apropiada, y acabaron besándose bajo los arcos del soportal del edificio en el que se celebraba la fiesta.

Al día siguiente, Kissinger se deshizo en disculpas con ella y evitó acudir durante una semana entera al estudio que compartía con Roderick, alegando que debía atender a un pariente enfermo. No soportó la presión por mucho más y terminó confesando a su socio su desliz, quien, tras el *shock* inicial que le produjo la noticia, protagonizó con Liesel la última discusión que desembocó en su ruptura definitiva.

Reconocía que, en esas circunstancias, podría haberse resistido a dejarse vencer por la libido, pues al contrario que Ernst, ella estaba más sobria que una monja en vísperas de meditación. Pero el socio de Rod, con aquellos vivaces ojos color avellana, era un hombre demasiado apuesto y pícaro como para resistirse, y una tenía sus debilidades.

—No te voy a morder, querido. Prometo que no pretendo desbaratar vuestra fantástica vida de artistas bohemios sin un marco en el bolsillo —aclaró, jocosa.

Ernst achicó los ojos, desconfiado. Aquella hechicera poseía el don de embaucar a cualquier ser humano con una facilidad siniestra. Sabía de sobra que Liesel no daba puntada sin hilo. Esa mujer poseía el diabólico talento de transformar cualquier conversación en un juego de espejos.

—Rod es mi amigo, Liesel.

—¿Y? Yo también lo soy.

—Te toleraba porque él cometió el error de enamorarse de ti. Ese era el único motivo por el que intentaba no discutir cada vez que aparecías.

—Eso... y que te gustaba más de lo que jamás vas a admitir.

El rostro de Kissinger se tensó. Su mandíbula se movió apenas, como si masticara una palabra que prefería no pronunciar. Finalmente, replicó con sequedad:

—Estaba borracho.

—Bueno, dicen que el alcohol es un estímulo infalible para lograr que te digan la verdad.

—Con el veneno que destilas, involucrarme contigo sería como cometer suicidio por etapas. No me interesa, gracias.

En lugar de ofenderse, Liesel soltó una carcajada breve, casi cálida. No parecía tomarse nada demasiado en serio.

—Vamos, Ernst. No seas melodramático —dijo, acomodándose el chal sobre los hombros.

Él suspiró resignado, se apartó del marco de la puerta y la dejó entrar. Ella traspasó el umbral, dejó su maleta en el suelo del pasillo y se quedó de pie, escudriñando el interior con la mirada.

—¿Y bien? ¿Qué te trae por aquí?

—Supongo que sigues trabajando con Roderick.

—Sí.

—¿Por qué no estás en el estudio?

—Está terminando un encargo para un cliente, mientras organizo una exposición en una sala de exhibiciones de Würzburg. Von Sachsen...

—¿El conde?

Ernst resopló, irritado.

—Sí, el conde. ¿Qué pasa con él?

Liesel separó los labios para hablar. Él la interrumpió antes de que dijera nada:

—Si has venido desde quién sabe dónde solo para volver a pedirle dinero, lo que estás haciendo es mezquino. Ruin.

—¿Porque, según tú, no tengo derecho?

—Exacto. Decidiste recoger tus bártulos, romperle el corazón y largarte como si nada. Roderick es una persona, no un banco o un fondo de emergencia.

—La causa de nuestra pelea fue tu estúpido sentido del honor, no lo olvides. Podías haberte quedado calladito. Solo nos besamos, Ernst. Ni que nos hubiésemos revolcado en el mugriento camastro en el que duermes.

—¡Tu cara dura es... increíble! —exclamó él, perdiendo los estribos—. Y por cierto, se lo tendrías que haber contado tú. ¿No te da vergüenza ser tan miserable?

Liesel sintió el peso de su acusación como una cachetada directa a la mejilla. Pero entre la culpa y la necesidad, no había lugar para la vacilación. En el eco del silencio que siguió a sus reproches, se aferró a su resolución, venciendo la pugna interna entre el arrepentimiento y la supervivencia.

—Él me engañó primero —afirmó—. Me habló de una vida robada, me hizo promesas que nunca se materializaron.

—Liesel...

—Porque eso es lo que hacéis los hombres —espetó ella—. Nos

tomáis por tontas y nos embelesáis a base de mentiras.

Kissinger se envaró, dominado por la ira. ¿Se podía ser más interesada y manipuladora?

—¿Qué mentiras?

—No te hagas el ingenuo.

—¡No eres la víctima aquí! ¡No lo eres! —bramó Ernst—. Y si tuvieras el alma menos negra, hasta me habría puesto de tu parte.

—¿Quieres que desaparezca de su vida?

—Sería estupendo que lo hicieras, sí.

—Pues eso no va a suceder.

Ernst se mesó el cabello, extenuado. En cuanto Weber se enterara del regreso de Liesel, todo su universo volvería a estar patas arriba. Justo cuando parecía encandilado con la preciosa Katja Bramwell...

—Dime cuánto exiges para dejarle en paz. Yo te conseguiré la cantidad.

—No. De ti solo quiero un techo en el que guarecerme hasta que nuestro asunto haya concluido.

—Ni loco voy a pernoctar en la misma choza que tú. Hay varias posadas respetables en Rothenburg.

—Ernst, ten piedad... ¿vas a dejarme tirada en la calle como un chucho pulgoso? ¿A mí?

La lealtad de Ernst comenzó a resquebrajarse con cada puchero que salía de los labios de Liesel. Por un lado, el recuerdo de Roderick —fiel, cándido, profundamente enamorado— lo instaba a dar un portazo y cortar toda ayuda. Por el otro, la mirada desesperada de Liesel removía algo más primitivo, una mezcla de lástima y rabia mal digerida. Sabía que acogerla sería una traición, una cuchillada en la espalda de su amigo..., pero dejarla pudrirse a la intemperie no lo haría mejor hombre. Entre el deber y la compasión, se sentía

atrapado como un insecto debajo de un vaso de cristal.

—Una noche —claudicó, señalando el dormitorio a su izquierda—. Es el máximo tiempo por el que te cedo mi cuarto. Después, me lavaré las manos respecto a tus enredos, y te irás de mi casa. Y cuando eso ocurra... haré lo que esté a mi alcance para no volver a verte.

Capítulo 9

En los complejos recovecos de la ciencia médica, había despuntado, más de dos décadas atrás, una mente inquisitiva: Wilhelm Mensinga. El galeno alemán —de temperamento curioso y pensamiento adelantado a su época— se aventuró en una esfera apenas abordada por sus colegas de profesión: la anticoncepción femenina. Fue en 1882 cuando diseñó un dispositivo que, años después, habría de ofrecerle a Katja algo más que una simple protección: un respiro, una tregua frente al yugo de una maternidad no deseada, en los meses finales de su matrimonio.

En Inglaterra, el uso del diafragma distaba de ser común. Sin embargo, ella, obstinada y discreta, logró procurarse uno gracias a un boticario londinense tan reservado como competente. Junto a él, un preparado viscoso que el farmacéutico calificó de «eficaz con cierta constancia». En una sociedad que atribuía a la mujer el rol exclusivo de madre y esposa, su decisión era poco menos que una herejía. Aun así, para muchas, ese gesto podía significar la diferencia entre la vida y una muerte anónima tras un parto fallido o un cuerpo exhausto por continuos alumbramientos.

Cuando Thomas falleció, Katja arrojó el diafragma a la basura con el resto de otras pertenencias inservibles. Había tomado una

resolución tajante: ningún hombre volvería a tocarla. Sin embargo, el tiempo, que todo lo descompone o transforma, le presentó una excepción en la forma de alguien con un apellido detestado por los suyos, un enemigo acérrimo de su familia. Roderick Weber era, sin quererlo, la más efectiva provocación. Convertirse en su amante había sido un delicioso acto de rebeldía, una rotunda afirmación de sí misma y sus deseos. Y aunque lamentó haberse deshecho del antiguo artefacto, encontrar otro resultó menos arduo de lo esperado. Un boticario de Rothenburg presto a no emitir juicios de valor le vendió uno similar y más sofisticado, adaptado a los nuevos avances.

Aquella mañana, Roderick dio por terminado el cuadro del conde von Sachsen. La figura de Afrodita, inmortalizada por su pincel, aguardaba su traslado a Würzburg. Kissinger, que rara vez entraba al estudio cuando Weber trabajaba con ella presente —probablemente por respeto, o por conveniencia—, estaba inmerso en negociaciones con la asociación que organizaría la próxima exposición. Entre las obras figuraba también *Eterna seducción*, la diosa nacida de sus sesiones conjuntas.

Mientras lavaba los utensilios y los dejaba secar, de espaldas a ella, Katja lo observó con descarada minuciosidad. Había en él una fusión de rudeza y mesura que le fascinaba: la solidez de los hombros, la cadencia sobria con que se movía, el modo en que su respiración se acompasaba con la quietud del taller. Y entonces volvió a aquella noche, al sonido del trueno que disimuló el golpe de sus nudillos contra la puerta. Recordó la humedad de la tormenta, el calor de sus manos, el vértigo del primer beso. Lo que ocurrió después era imposible olvidarlo. No podía. Lo deseaba otra vez, con el frenesí de quien ha probado algo que no quiere dejar de paladear jamás.

—Yo que tú no seguiría inspeccionándome así —advirtió Weber, girando apenas la cabeza para interceptar su mirada.

—¿Me estás vetando el derecho a observarte?

—Como si pudiera impedirte hacer lo que se te antoje.

Katja soltó una carcajada breve. Su risa escaló por la espalda de él como una corriente eléctrica.

—Siento tu impúdico escrutinio circulando por todo mi cuerpo, y no consigo concentrarme —añadió Roderick, dejando los pinceles en el tarro y dándose la vuelta—. No me alcanzará una vida para aplacar este delirio que me despierta hasta el más leve roce contigo. ¿Qué haré cuando regreses a Vilbruck?

—No pienses en eso ahora —lo interrumpió ella, poniéndose en pie y caminando hacia él—. Estamos aquí. Lo demás no existe.

—¿Sugieres que... mantengamos esto? Que lo nombremos, incluso.

—No hay nada que sugerir. Somos oficialmente amantes, Roderick —respondió la joven, rozándole la mandíbula con los dedos—. Lo dices como si te produjera rechazo.

—¿Rechazo? —repitió él, atónito—. Lo de aquella noche fue... como tocar el cielo. Inesperado. Intenso. Pero no quiero que tu nombre circule en bocas ajenas ni que tu dignidad se vea empañada. Eres una dama.

—Y renunciaría a esa etiqueta si fuese el precio por tenerte —replicó ella, sin pestañear.

Aquellas palabras derrumbaron la frágil defensa que él había levantado a su alrededor. No quedó en pie ni el más tímido argumento.

—Debería disculparme por atreverme siquiera a pensarte de ese modo —musitó, vencido—. Pero no puedo evitarlo. Tu piel posee el color y la textura perfectos para ser el lienzo en el que pinto todas

mis fantasías y mis sueños. Todo en ti me incita a crear, a perderme, a olvidar. Te deseo, Katja. Y esta vez... no quiero hacer lo correcto.

La rodeó con los brazos y la besó sin prisa.

—Hay algo que necesito contarte... algo que deberías saber...

—Calla —lo interrumpió ella con firmeza—. No quiero escuchar nada sobre los Bauer o ese viejo rencor que alimentáis como si fuera un legado. Al infierno con sus estúpidas rencillas.

—Te lo dije antes: si vuelvo a tocarte, no habrá marcha atrás —murmuró Weber, sosteniéndole la mirada—. Hemos superado el apremio de la primera vez, y, a no ser que albergues el propósito de no abandonar mi casa durante las próximas horas, te rogaría que no me tentaras más.

Katja bajó lentamente las manos hasta su torso, acariciándolo como si quisiera memorizarlo, y besó el centro de su pecho, justo donde latía su corazón.

—Ven —dijo, sin elevar la voz.

Lo condujo hasta una *chaise longue* cercana y comenzó a desabotonarle la camisa. Él no opuso resistencia, escrutándola con ojos llameantes. Cuando liberó el último botón, Roderick le rozó la nariz con los labios y balbució:

—Los celos... y la rabia... me están devorando por dentro.

—¿Celos? ¿De quién?

—De Thomas Bramwell —respondió él—. Celos... por haberte tenido tan cerca, tan al alcance, tan frágil. Y rabia... por haber creído que podía tomarte sin merecerte.

Katja lo miró como quien tanteaba en la oscuridad del pasado una verdad que ya no deseaba enfrentar.

—Con él no hubo nada que se pareciera a esto —dijo—. Solo me utilizó. Fui una vía, no un destino. Rosalind nació porque no supe evitar una preñez indeseada, aunque hoy su existencia es lo que da

sentido a la mía. La amo con cada fibra de mi ser. Pero no, Thomas no me quiso. Ni siquiera me vio.

Roderick deslizó los tirantes de la túnica por los hombros de Katja, y la tela resbaló por su silueta, dejándola prácticamente desnuda, a excepción de un *culotte* que cubría sus caderas. Le indicó que se acomodara en el diván, y, arrodillándose frente a ella, la despojó de su ropa interior, diciendo con voz ronca:

—Mi venerada diosa Afrodita, ha llegado el momento de rendirte pleitesía.

Le separó las piernas, se desvistió y se colocó entre ellas. La besó en la boca, bebiéndose sus prolongados suspiros, y siguió marcando su recorrido por su cuello, sus clavículas y, finalmente, su talle. Descendió más aún, hasta su ombligo, lamiendo su vientre. Katja jadeó su nombre, atrapando su melena desordenada entre los dedos, y echó la cabeza hacia atrás, cayendo de espaldas en el asiento.

—Eres como un manjar del Olimpo; y yo, un sátiro insaciable.

—Llevo puesto... un diafragma —logró articular la joven.

Roderick comprendió su insinuación, y el gris de sus ojos se oscureció hasta que estos semejaron dos enormes pupilas dilatadas. El alivio le mordió la espina dorsal en un espasmo involuntario. Ya no habría barreras, ni pretextos ni espera, y su declaración sonó como una melodía que se elevaba *in crescendo* hasta alcanzar un placer desatado.

Katja le enlazó la cintura con las piernas y lo atrajo hacia sí con una ferocidad muda, exigiéndole, con la piel y con la boca, que aplacara su hambre. Él acató su demanda, osado, pero sin ceder a la violencia del impulso, explorando cada milímetro de aquel territorio al que se le había dado acceso sin restricciones.

Entonces, en un movimiento súbito, la sujetó por la espalda, giró

con ella y la colocó encima.

Sus labios rozaron su oído, y dijo, con un tono denso y rugoso:

—Haz conmigo lo que quieras.

Su petición sonó a un exquisito mandato que su amante se apresuró a obedecer sin rechistar. Tumbado boca arriba, Roderick la contemplaba voraz. Sus ojos rapaces la devoraban mientras ella asumía el mando, permitiendo la libre circulación de las manos masculinas que vagabundeaban por su cuerpo entre resuellos de éxtasis desaforado, al ritmo de una canción que únicamente ellos podían escuchar, siguiendo el vaivén hipnótico de sus cinturas.

Katja tiró de él, obligándolo a erguirse, y arremetió contra su boca en un beso arrollador. Roderick la sostuvo por las caderas, urgiéndola a apaciguar su brío, intentando ralentizar el ímpetu que amenazaba con desbordarlo, pero ella se negó a complacerlo, y tumbándolo de nuevo, le clavó las uñas en el torso, temblando de la cabeza a los pies, mientras él vertía su simiente, sacudido por la derrota en aquella gloriosa batalla. La joven, entonces, se desplomó sobre su pecho, tapándolos con el manto dorado de sus cabellos, y Weber la besó en la sien.

Minutos después, echados sobre la *chaise longue* y aún abrazados, habían recuperado el sosiego, y Roderick trazaba figuras sin forma con la yema de los dedos por la espalda de Katja. Los latidos de su corazón se habían apaciguado, y se sentía capaz de volver a pronunciar una frase coherente.

—Tu vigor y energía son virtudes con las que no contaba cuando acepté tu oferta —bromeó—. ¿Siempre eres tan... entusiasta?

Katja emitió una tímida risita.

—Solo contigo.

—¿De veras?

—¿Y tú?

Roderick se movió, tumbándose de lado, apoyándose en un codo y encarándola.

—¿Yo... qué?

—No esperarás que me crea que he sido la primera de tus modelos con la que has tenido un *affaire*.

Weber le apartó el pelo del rostro, y el fervor de su mirada la alertó.

—No, no lo eres. Hubo... alguien antes. Alguien que... me cambió la vida en cierta manera, y...

Ella posó su dedo índice sobre sus labios, acallándolo.

—No me lo cuentes. No quiero saberlo. No todavía. Sé que no tengo ningún derecho a pedirte exclusividad, pero no soportaría oír que otra sigue viva en tu memoria.

—Si esa mujer aún ocupara ese lugar, no estarías aquí conmigo. Lo que siento cuando estamos juntos... —Roderick hizo una pausa, buscando las palabras— no tiene que ver solo con el cuerpo. Va más allá.

Katja besó su labio inferior con una dulzura que le templó el alma. Luego dijo:

—Ignoraba que existieran hombres así, capaces de considerar los sentimientos de su compañera.

Se sonrojó al recordar lo vivido en ese mismo rincón, y Weber, presintiendo cuál sería su contestación, preguntó:

—¿Es... la primera vez que gozas?

—Thomas no era... cariñoso. Sus acciones continuamente procuraban su propia satisfacción, no la mía. Y era... muy desagradable. Su humor mejoraba bastante después de... eso. Se pasaba unas cuantas jornadas sin asestarme ningún bofetón, cosa que era de agradecer. Al principio siempre terminaba vencida por las náuseas, pero luego me fui acostumbrando.

Weber se revolvió, incómodo. Sintió una presión acre en la garganta, como si tragara fragmentos de hierro oxidado.

—¿Te agredía?

—Con frecuencia.

—Maldito bastardo —gruñó él, apenas audible.

—No quiero que su recuerdo estropee esto que tenemos. Dejemos de hablar de él. Estoy bien.

Tras besarla en ambas mejillas, Roderick dijo:

—Ven conmigo a Würzburg, a la exposición. Te presentaré al conde von Sachsen.

—Acepté quedarme solo hasta que pudieras pintar tu cuadro. Echo de menos a mi hija —se excusó Katja—. Quizá puedas tomar tú un tren a Bremen, y... Vilbruck está a media hora en coche.

—Tu familia me echaría a patadas de sus dominios. La única Bauer a la que quiero tener cerca es a ti.

—No vivo con ellos —aclaró la chica—. Tía Katja Rose me legó la casa en la que residió hasta su muerte. Serás bienvenido a Sunny Hütte siempre que quieras.

—Qué tentador. Podré conocer a Rosalind.

—Y contarle que te has hecho rico y famoso exponiendo tus pinturas. Quién sabe, tras tu éxito en Würzburg, Kissinger y tú ya no tendréis que compartir tu taller, y conseguirás una vivienda digna, aunque yo le encuentro un atractivo especial a tu subsistencia inconformista.

—Querrás decir «pobre» —la corrigió Weber, riendo.

—A mí me gusta. Posees lo necesario para vivir y ser feliz.

—Lo segundo me faltará el día que te vayas —expuso él, acariciando sus pómulos y besándola con una ternura que la hizo suspirar—. Pero ahora te tengo aquí, en mis brazos, y no pienso en nada más que en exprimir nuestros instantes lo máximo que se me

permita.

—Si es mi consentimiento lo que estás pidiendo, sabes que lo tienes —afirmó Katja, juguetona—. ¿Existe algo más que desees enseñarme en lo tocante a la intimidad entre un hombre y una mujer?

—Mi adorable señora, la respuesta a esa cuestión es una lista muy larga —enunció él—. Poseo un temario variado y extenso. ¿Preparada para la próxima lección?

—Lo habría matado, ¿sabes? —había reconocido su padre, oteando, a través de la ventana, la plaza abarrotada de transeúntes—. Le habría dado un final a la altura de su mezquindad. Un cuchillo clavado en el estómago, una copa de vino envenenada o una soga alrededor del cuello. Me lo imaginé colgado de un árbol en los bosques circundantes, pudriéndose o siendo devorado por alguna fiera salvaje. Deseé que sufriera. Es más, deseé que su aflicción fuera causada por mi mano.

Abundantes copos de nieve cubrían sin apremio el tejado acristalado del invernadero de una casa contigua. Roderick estaba de pie, a pocos pasos, con las manos entrelazadas tras la espalda, calentándose frente a la lumbre de la chimenea del salón. No era la primera vez que su progenitor hablaba de Hans Bauer. Pero nunca antes había destilado tanto odio.

—¿Y Katja Rose? —preguntó él, cauteloso.

—A ella no. A Hans.

—¿Ibas a mantenerla fuera de tus planes de revancha?

—Él era el objetivo. Rosie... era el medio para llegar hasta los Bauer. Pero se convirtió en un obstáculo.

Weber se giró hacia el joven. El tiempo se había ensañado con su cuerpo, pero en sus ojos persistía el mismo fuego que recordaba de su infancia: ese fulgor helado que no distinguía entre justicia y venganza.

—Viajé a Vilbruck con un único propósito: hacerle pagar. No en metálico, no con disculpas ni arrepentimiento, sino con sangre. Creí que lo merecía. Después de todo lo que hizo, de lo que calló... ¿no lo crees tú también?

Roderick no respondió. No se fiaba de las palabras en ese instante. Sabía que si hablaba, algo se rompería. Se concentró en el crujir de la madera ardiendo, el silbido del viento contra los ventanales, y el lejano sonido de una carreta avanzando tambaleante sobre la nieve recién caída.

—Hans se había quedado con todas las pruebas. Cuando me contrataron para retratar a su hija, lo tomé como una señal del cielo. Temía que mi estrategia fallara, y me tocara fingir un robo para acceder a sus efectos personales. El muy cobarde no dejó cabos sueltos. Su primogénito, August, sospechaba de mí y me vigilaba como un halcón, pero Katja Rose...

—Te prendaste de ella, ¿no? Por eso la considerabas un obstáculo.

El anciano sonrió con amargura.

—Yo... no pude escoger. Me extirpó el corazón del pecho, Rod. No hubo forma de evitarlo. Si no hubiera sido por la certeza de que ella ignoraba mis intenciones al invadir su casa como una dolencia infecciosa, habría pensado que me sedujo adrede.

La lámpara de aceite crepitó en la mesilla. Fuera, la nevada se agudizó.

—Y entonces... os descubrieron —murmuró el chico.

—Sí. Interceptaron una de las notas que nos enviábamos. Fue

horrible. Y llevado por la cólera que me dominaba, confesé mi ardid, entregando a August en bandeja el arma con la que destruirme. Fui un necio, hijo. Intenté apelar a su humanidad, y me encontré con un muro de indiferencia y avaricia insalvables. Hans y su polluelo ansiaban mi caída, y arrastraron a Katja Rose con ellos.

El patriarca miró el cielo blanquecino. El mal tiempo continuaría durante varias horas. Por un rato, solo se escuchó la sutil brisa del viento que danzaba alrededor.

—Si alguna vez te cruzas con ella... o con uno de los suyos —añadió—, no cometas mi error. No pongas a prueba la lealtad de una Bauer. Podrías perder más que el alma.

Roderick pestañeó, como si eso bastara para hacer desvanecer el recuerdo. Pero la voz contrita de su padre permanecía suspendida en la penumbra, adherida a las paredes de la habitación como el hollín que dejaba el humo contaminado.

«No pongas a prueba la lealtad de una Bauer».

Eran las cuatro de la madrugada. Afuera, el paisaje dormía bajo una sábana tersa de niebla virgen. Dentro, el sosiego era sofocante, punteado apenas por la respiración acompasada de Katja, que dormía profundamente, ajena a las palabras que seguían apaleando la mente del hombre que la observaba.

Una colcha estampada protegía su cuerpo, y su cabello se desparramaba en mechones rebeldes sobre la almohada. Sus preciosas piernas asomaban bajo el lino. Había en ella una calma indómita, como si el sueño no consiguiera domesticar su naturaleza. La curva de su espalda descubierta, la laxitud de sus labios entreabiertos, la cadencia regular de su respiración... todo en ella parecía ensayado para tentar el olvido de cualquier prohibición o consejo.

Su padre no habló desde el resentimiento por un amor frustrado,

sino desde el lugar más oscuro que podía ocupar un hombre: aquel donde se aprende que no basta amar para ser amado, y que el linaje puede pesar más que los afectos. Había visto en Katja Rose una oportunidad redentora, y terminó hundido en el mismo fango que pretendía erradicar. Roderick lo comprendió entonces con dolorosa nitidez.

Se inclinó hacia la mujer dormida, sin tocarla, reteniendo el impulso de rozar la curva de su hombro o de sepultar el rostro en el hueco de su cuello. No se fiaba de sí mismo. No después de lo que había pasado. No cuando la mitad de su ser le exigía huir y la otra le imploraba quedarse.

Katja murmuró algo, un sonido apenas articulado, seguido de un movimiento leve de labios. Era una imagen inquietante en su belleza: sus pestañas largas proyectaban sombras sobre sus mejillas sonrosadas por el calor, y su boca pronunciaba su nombre entre balbuceos. ¿Qué soñaba?

¿Sabía, en algún rincón profundo de su inconsciente, que dormía junto a un hombre que no había sido del todo sincero?

Roderick apretó los dientes. La tentación de marcharse antes de que amaneciera lo había asaltado más de una vez desde que se acostó a su lado. Pero la idea de dejarla sin explicaciones, de volver a esconderse tras estratagemas y silencios calculados, le repugnaba más que el propio miedo.

Iba a hablar con ella. Mas antes debía resolver lo que tenía pendiente.

Liesel.

No podía seguir arrastrando ese asunto como un cadáver oculto bajo la alfombra. Había jugado con fuego. Con los sentimientos de Katja, con su confianza, con su historia. Le debía la verdad, aunque eso significara arriesgar lo poco que habían construido entre ambos.

Ya era tarde para escapar de su cercanía. Lo supo al verla girarse y buscarlo a tientas como si lo percibiera despierto, y anidar inconscientemente en el hueco que su cuerpo había dejado en la cama. Se acomodó contra él, instintiva, tibia, entregada. Ya no podía apartarla. La pasión de esa noche —brusca, honesta, ineludible— no era solo carne ni deseo. Había sido una confesión muda, una tregua precaria entre dos pasados erosionados.

Roderick apoyó la espalda contra el cabezal del lecho y se pasó una mano por el rostro. «No pongas a prueba la lealtad de una Bauer...». Quizá ya lo había hecho. Quizá la prueba ya había comenzado y no era él quien la conducía.

Pero no retrocedería. Tenía que aclarar lo de Liesel. Y después, asumir las consecuencias.

Fuesen las que fuesen.

—¿Te has... implicado con ella?

Roderick lanzó una mirada circunspecta a su socio. Ernst jamás se andaba con subterfugios a la hora de abordar ciertas conversaciones, y esa mañana temprano, cuando vio salir a Katja del taller a escondidas y escurrirse entre los peatones del *Marktplatz*, decidió confrontarlo y alertarle sobre la temeraria coyuntura a la que se exponía.

La pregunta cayó como un guijarro certero en el estanque de su conciencia. Pero no se hundió de inmediato: avanzó por la superficie, creando ondas concéntricas que se expandían, cada vez más grandes, perturbando su paz. El aire parecía haberse estancado. Roderick alzó la vista, lentamente, dejando que sus ojos se posaran sobre el rostro impasible de Kissinger. Ernst lo observaba

con esa fijeza que no admitía evasivas. Directo, cortante, leal hasta la muerte. Un hombre incapaz de disfrazar una duda o de tolerar las ambigüedades sentimentales. Aquel interrogante, aunque simple en su forma, era una espada afilada de fondo que traspasaba músculos, huesos y tuétano.

—Ninguno de los dos esperaba que ocurriera. No me juzgues. Todavía estoy intentando comprenderlo y lidiar con las repercusiones que sé que vendrán. Cuando Katja se entere de todo y la bomba estalle, me maldecirá por lanzarla a este campo plagado de minas. Ahora soy yo el villano de este cuento de terror. Pero no me arrepiento. No puedo. ¿Que mi codicia me convierte en un desgraciado sin escrúpulos? Pues entonces que así sea.

Kissinger gruñó, como si aquella declaración le resultara un disparate previsible. Dejó en el suelo el cuadro que acababa de envolver para su traslado a Würzburg y se limpió las manos con el trapo que siempre llevaba en el bolsillo trasero.

—Comparar tu actual estado con un campo de minas es una metáfora justa, sí. ¿Y si pisas una de ellas y te hace volar por los aires? No será nada bonito contemplar la lluvia de vísceras que me va a caer encima.

—No te he culpado ni te culparé en ningún momento.

—Yo la dejé entrar e insistí en que la vieras.

—No sabías quién era, no seas idiota.

—No es mi intención aguarle la fiesta, camarada —recalcó su amigo—. Pero... ¿le has hablado de Liesel al menos?

—La he mencionado. Sin nombres ni detalles.

—Y has obviado lo más importante, claro...

—¡No me atosigues, Ernst! —voceó Roderick, con un destello de ira que no supo reprimir—. ¿Piensas que me satisface lo que estoy viviendo? Desde que Liesel se fue, y exceptuando la noche de

borrachera de aquel *Oktoberfest*^[5] un bienio después, no toqué a ninguna otra mujer en cinco años, esperando que se arrepintiera, que regresara, que me quisiera como yo la quería. Vivía aferrado a un fantasma, a un futuro que nunca se concretó. Y ahora, cuando al fin comienzo a respirar sin ella, ¿tú vienes a echarme en cara que vuelva a sentir algo real?

Cada palabra dicha le dolía como una espina en la lengua. Evocar a Liesel era como rasgar una cicatriz que no había logrado sanar.

—Soy el primero que celebra que lo hayas superado. Pero... conociéndote... temo que acabarás enamorándote de la señora Bramwell, y...

—Después de la exhibición —continuó Weber—, iré a Vilbruck a verla. Y me importa un bledo que no lo apruebes.

—No soy tu padre. No necesitas mi aprobación —masculló Ernst—. Pero Katja Bramwell requerirá de ti más que noches de lujuria desenfrenada. Sea lo que sea que se esté gestando entre vosotros, esta locura es mutua. Y las mujeres le ponen nombre a las cosas mucho más rápido que los de nuestro sexo. Si desatas el incendio, deberás tener la madera y el valor para quedarte a contemplar tu obra.

Su advertencia flotó en el aire como un vapor contaminante, y el mutismo que siguió fue aún más hiriente. Aquel juicio tan tajante golpeó a Roderick con una brusquedad inesperada. No había cinismo en las palabras de su compañero, solo una preocupación legítima. Sin embargo, eso no las hacía menos lacerantes.

—Lo sé —reconoció él, encogiéndose.

Kissinger lo observó unos segundos más, luego se volteó para recoger unos documentos del escritorio. Al hacerlo, murmuró sin mirarlo:

—Y, Rod..., Liesel está en Rothenburg. Se aloja en mi casa.

La sacudida fue devastadora. Como una descarga eléctrica que fulminó sus sentidos, convirtiéndolos en un puñado de ceniza.

—¿Cómo?

—Se presentó en mi apartamento hace unos días. No supe qué hacer. Vendrá aquí de un momento a otro. Intenté disuadirla de continuar chupándote la sangre cual parásito nocivo...

Aquella última expresión hizo que Roderick se irguiera. Algo en él oscilaba entre la exasperación y la incredulidad. La idea de que Liesel estuviera de regreso, tan cerca, alterando otra vez su mundo, le provocó náuseas.

Llamaron a la puerta. El golpe seco resonó como un tambor de guerra. Ambos hombres se miraron en silencio, con la aprensión reflejada en los ojos. Ernst fue a abrir. Katja estaba al otro lado, sonriente, portando un sobre cerrado.

—Señor Kissinger, ¿cómo está? —Le cumplimentó, cordial.

Él se apartó para cederle el paso, murmurando un saludo entre dientes.

—¿Ha visto cómo ha quedado *Eterna seducción*?

—Divino —respondió Ernst, recomponiendo su semblante—. De todas las pinturas al óleo que Roderick ha creado, esta es la más soberbia. Y usted carga con la mayor parte de culpa por su logro. ¿Podemos ofrecerle un café?

—No, no. Solo vine a ayudar a empaquetar los lienzos. Se marchan en... ¿cuántos días?

—Dos —terció Roderick, mirándola con terneza, aunque la ansiedad aún agitaba su pecho—. Y todavía continúo disgustado por tu negativa a acompañarnos.

Katja se acercó y lo besó en la mejilla. El contacto fue breve e íntimo, y el hombre deseó que el tiempo se detuviera. Que el mundo

no reclamara explicaciones ni reviviera espectros del pasado. Que pudieran permanecer allí, aislados en esa pequeña burbuja de afecto.

—Mañana iré a la estación a reservar mi billete de vuelta a Bremen —informó ella—. No acudiré a la exposición, pero estaré aquí para despedirme y desearles mucha suerte.

—Es muy amable por su parte, señora Bramwell —intervino Ernst.

Un carraspeo interrumpió la conversación. Luego una simple pregunta, formulada por una voz suave, femenina, cargada de una inquietante familiaridad.

—¿Se puede?

El corazón de Roderick se detuvo. Reconocería esa voz incluso en medio de una tormenta. Era la misma que antaño susurraba su nombre entre los pliegues de las sábanas, que recitaba versos en la penumbra de la buhardilla donde soñaban con un porvenir común.

Se giró. El mundo pareció ralentizarse. Ernst también se volvió hacia la recién llegada, y Katja, curiosa, imitó el gesto.

Y allí estaba.

Como salida de un recuerdo embellecido por la nostalgia y distorsionado por el rencor. Era más hermosa de lo que la memoria le había concedido. Más etérea. Más peligrosa. Su melena encarnada caía con abandono sobre sus hombros, y su vestido —de un amarillo terroso sobrio, elegante— parecía haberse confeccionado con la intención de deslumbrar. Sus labios, carnosos y rojos, dibujaban una mueca enigmática, propia de quien sabe que ha llegado en el momento exacto para causar estragos.

Katja la contempló enmudecida. No sabía quién era, pero algo dentro de ella —una intuición visceral, animal— le gritaba que debía mantenerse alerta.

—Tú... —balbució Roderick, sintiendo cómo se le resbalaba de las manos la caja con miniaturas que sostenía.

El impacto del objeto contra el suelo lo devolvió a la realidad.

—Liesel —dijo Ernst, caminando hacia ella—. Como te había comentado, Roderick y yo partimos en un viaje relámpago por trabajo, pero cuando regresemos, estaremos encantados de atenderte.

Ella agrandó los ojos, confundida.

—¿Atenderme?

—Por tu encomienda, ¿recuerdas?

Liesel vaciló. Sus ojos escrutaron inquisitivos la habitación. Entonces reparó en una desconocida, erguida junto al caballete, vestida con un traje caro, un pañuelo oscuro al cuello y una serenidad fingida en la postura.

—Supongo que será usted la nueva modelo de Roderick, ¿verdad?

—Así es —contestó Katja, recelosa.

Weber no supo si el tiempo se detenía o si su existencia entera se desplomaba sobre sus hombros. El oxígeno de la estancia se volvió irrespirable. Katja la miró con una mezcla de desconcierto y sospecha, como si una serpiente hubiese salido de una hondonada para reclamar lo que ya no le pertenecía.

Y en ese instante, Roderick recordó el día en que Liesel lo dejó, sin más explicación que una carta escrita con letra perfecta, diciendo que debía «encontrarse a sí misma». Rememoró las tardes vacías, los lienzos inacabados, los inviernos sin besos, la esperanza marchita. Y ahí estaba de nuevo. Imperturbable. Bella. Letal.

Destrozado entre los mundos que colisionaban frente a sus ojos, solo acertó a mirar a ambos extremos del estudio, consciente de que su vida acababa de partirse en dos. Y que ninguna de las mitades

sobreviviría intacta.

Liesel se quitó el guante de cabritilla y extendió la mano hacia Katja.

—Un placer conocerla. Soy Liesel Weber. Su esposa.

Capítulo 10

Liesel Moira Angela Krüger. Ese era el nombre completo impreso, con tinta negra y caligrafía ornamental, en el certificado de matrimonio que había puesto punto final a su soltería libre y despreocupada cuando contaba apenas veintiún años. Una ceremonia sencilla, privada, celebrada bajo los castaños de la campiña, con media docena de asistentes y una merienda modesta a la sombra de una pérgola florecida. Roderick recordaba cada segundo con una nitidez punzante: el leve temblor de sus manos al colocarle la alianza, la tibieza de su voz al pronunciar los votos, el sabor a manzanas verdes en los labios de ella cuando la besó, ya convertidos en marido y mujer. Por aquel entonces, Liesel era todo su mundo, su norte y su horizonte, y su enamoramiento no conocía límites. La amaba con una devoción que rozaba la idolatría, y la habría seguido hasta el fin de la Tierra, de habérselo pedido.

Pero el tiempo, implacable y desmitificador, se encargó de horadar la quimera. Lo que se inició como una unión de almas se transformó en una pugna silenciosa, en un diálogo cada vez más escueto entre dos desconocidos que compartían techo. Pronto descubrió que la vida conyugal era un tejido delicado que no se sostenía solo con amor, y que bastaba una hilacha mal cosida para

deshacer el entramado entero. Las pequeñas discrepancias —sobre asuntos domésticos, horarios, expectativas— se convirtieron en abismos insalvables. Liesel, que en un principio lo contemplaba con ojos asombrados y fervorosos, empezó a mirarlo como se observa a un huésped inoportuno que tarda demasiado en marcharse. Lo que ella sintiera por él, fuera lo que fuese, se disolvió con una rapidez asombrosa, como un puñado de polvo arrojado al viento helado del desengaño.

Por eso, cuando el saludo de Liesel rebanó el aire del taller como una daga envainada en terciopelo y ella se presentó usando su apellido de casada, Roderick sintió cómo se desmoronaba el endeble castillo de sueños que había comenzado a erigir alrededor de su idilio con Katja. La expresión consternada de esta al descubrir su secreto le desgarró el alma. Su mirada incrédula buscó la suya, suplicando una negación, un alegato, cualquier excusa que le ofreciera consuelo. Pero él, enmudecido por el peso de su cobardía, comprendió que mentirle solo sería una postergación ruin de lo inevitable. La verdad había llegado, cruda y sanguinaria, como la manifestación corpórea de un espectro del que llevara huyendo una eternidad.

En el semblante de su amante, aún encendido por los besos que él le prodigara aquella misma madrugada, se dibujó con amarga claridad una palabra de resonancia irrevocable: traición. Y sin esperar una réplica, Katja se arropó en un puñado de pretextos incoherentes —una cita olvidada, un encargo pendiente, una urgencia improvisada— y se marchó del estudio como si cada rincón de aquel local estuviera contaminado, como si el aire mismo la asfixiara.

Weber dio un paso para seguirla, pero Ernst, siempre atento al equilibrio de los gestos, lo detuvo con una mirada imperativa y un

movimiento de cabeza que Liesel no llegó a percibir. El veterano artista comprendía que había momentos en los que un hombre debía enfrentarse solo a las ruinas causadas por sus decisiones. Así pues, salió tras Katja, dejando a Roderick de pie entre cajas, cuadros y recuerdos mutilados, con la conciencia hecha jirones y el pasado regresando como una ola furiosa a exigir compensación por lo que nunca terminó de resolverse.

Lo que sucedió después fue, en efecto, lo previsible: una disputa feroz, desprovista de toda medida, cargada de improperios, acusaciones y voces enardecidas que reverberaron como relámpagos en una noche cerrada. Porque así era Liesel: un torbellino implacable que devastaba a su paso, dejando no solo escombros materiales, sino también heridas emocionales imposibles de curar. Tenía el perverso talento de imponerse en cualquier contienda, ya fuese con lágrimas o con la furia abrasadora de quien no conocía límite alguno a su egoísmo.

Como las veces anteriores, había regresado argumentando sobre un asunto urgente que desembocaba, inevitablemente, en una solicitud económica. Su estrategia seguía un patrón elemental: dramatizar, manipular, seducir con un aire de fragilidad impostada, y luego lanzar la demanda con la naturalidad de quien reclamaba lo que por derecho le correspondía. Al principio, Roderick siempre cedía. Cedía con la esperanza de que su complacencia obrara el milagro de un cambio, de que ella lo mirara al fin con respeto, acaso con algo de cariño. Pero no era más que una ilusión absurda, una falacia construida sobre los despojos de una pasión mal entendida. Le tomó años asumir la irrefutable evidencia: se había entregado — con cuerpo, alma y cartera— a una mujer carente de ética y empatía, para quien la palabra «amor» era una herramienta más de su repertorio de juegos y estratagemas.

Aceptar aquello abrió una profunda grieta en su orgullo, confluyendo en una admisión tácita de su falta de lucidez. Y por eso estaba allí, plantado frente al Elite Obelisk, el hotel más exclusivo de la villa, marchito como una hoja en pleno deshielo, intentando reunir el valor necesario para enfrentarse a su estupidez.

La ansiedad lo atenazaba, le temblaban las piernas. Entró al vestíbulo sin detenerse en la recepción. Recordaba perfectamente el número de la habitación, la misma a la que había acudido tres semanas atrás, cuando quiso disculparse tras su primer desencuentro. Sabía que si anunciaba su presencia, ella se negaría a verlo y, con toda probabilidad, ordenaría que lo expulsaran sin contemplaciones.

Esbozó una acerba sonrisa: la ironía de la vida. Parecía haberse instalado entre ellos la costumbre de asociar los pasillos de aquel hotel con el arrepentimiento por alguna torpeza o un patinazo por su parte. Con cada zancada, el peso de la verdad que estaba a punto de revelar se le hacía más insoportable. No había garantía de redención; quizá llegaba demasiado tarde. Y, sin embargo, guardar silencio tampoco era una opción, pues equivaldría a perpetuar la mentira, a renunciar por completo a la posibilidad —aunque remota— de que Katja algún día pudiera perdonarlo.

Aquella sería, intuía él, la segunda de muchas veces que se presentaría ante ella con el alma en ruinas. Porque desearla, en su caso, era caminar por un terreno escarpado, donde cada emoción podía provocar una avalancha que lo enterraría vivo.

Dio un par de toques a la puerta, con la palma tensa y el corazón palpitante, rezando con fervor para que Katja no se hubiese marchado antes de tiempo. Temió que su súplica hubiera sido en vano, pero un crujido del suelo al otro lado le confirmó que el dormitorio no estaba vacío. Expulsó el aire almacenado en sus

pulmones con un alivio que le debilitó las rodillas. Aún estaba allí. Aún podía arreglar aquel desastre.

—Vete de aquí, o haré que te echen —le espetó su voz crispada por la rabia y el desprecio. Escucharla fue, paradójicamente, un consuelo.

—No me voy a ir, Katja. Necesito que me escuches. Sí, Liesel es mi esposa. Intenté hablarte de ella antes de que tú y yo... debí habértelo contado. Sé que piensas que te he engañado, y...

No terminó la frase. El tablón se abrió con violencia, y Katja apareció como una leona herida, los ojos humedecidos y la respiración agitada. Le asestó una bofetada con una fuerza que no sospechaba en ella. Él trastabilló, y en ese instante vio, más allá del golpe que le causó un escozor infernal en la mejilla, un rostro devastado: un mosaico de lágrimas secas, ira desbocada y dignidad hecha trizas.

—¡Bastardo! —escupió ella, rota por la humillación.

—Katja, espera...

—¡Te odio! ¡Eres un puerco inmundo!

Con la cara ardiendo, Roderick la sujetó por la cintura, ignorando sus forcejeos, y la condujo al interior de la alcoba, cerrando tras de sí.

—¡Suéltame! ¡He dicho que te vayas! ¡No quiero volver a verte jamás! —gritó la joven, escapando de su abrazo a empujones.

—Te juro que me iré —dijo él, liberándola—. Pero no sin antes explicarte mi verdad. Necesito que sepas por qué me uní a Liesel y lo que eso significó para mí. Lo nuestro...

—¡Lo nuestro no existe! —lo interrumpió Katja, con una furia desesperada—. Estás casado, Roderick. ¡Casado! ¿Cómo pude ser tan ingenua? Me hiciste sentir especial, me ofreciste una mentira disfrazada de ternura mientras tu esposa... ¡Dios mío! ¿Cómo he

podido caer tan bajo?

Su voz se quebró. Un temblor atroz recorrió su cuerpo entero, y sus manos se aferraron al respaldo de un sillón, como si precisara de algo sólido para no desmoronarse.

—Siento el daño que te he hecho.

—¿Es esto una venganza? —continuó la chica, mirándolo con ojos desorbitados—. ¿Es tu manera de castigarme por lo que mi padre le hizo al tuyo?

—¡No!

—¿Tan retorcido eres, Roderick?

—¡No, Katja! ¡Nunca te haría algo así! —protestó Weber, dolorido—. No sabes cuánto lamento todo esto, pero no es lo que crees.

—No eres mejor que Thomas. Los hombres... sois todos iguales. Crueles de una forma u otra, incapaces de mirar más allá de vuestra propia soberbia. No valéis la compasión que mendigáis.

Roderick bajó los hombros, sintiendo que aquellas palabras lo atravesaban con la precisión de la flecha de un arquero profesional. Sabía que hablaba desde el dolor, desde la náusea de sentirse utilizada, pero eso no la hacía menos hiriente. Le dolía. Le dolía como ver desplomarse una esperanza largamente acariciada.

Katja caminaba por la habitación con pasos erráticos, llevándose las manos al vientre como si el aire mismo se le negara. El corsé, el oprobio, la rabia: todo parecía sofocarla.

—Liesel y yo no somos una pareja real —musitó él—. Me dejó hace cinco años, en cuanto comprendió que no obtendría de mí lo que deseaba. Éramos muy jóvenes cuando nos casamos, pero el único incauto aquí siempre fui yo.

—Te he advertido que tus excusas baratas no harán que cambie de opinión sobre ti y tu vomitiva actitud —masculló su interlocutora—. Dios, el solo evocar la mirada inocente de Liesel me hace

aborrecerme a mí misma. Si hubiera vuelto a casa menos de veinticuatro horas antes, me habría encontrado retozando con su marido en el mismo sofá en el que ella se sienta a tomar el té. ¿No sientes vergüenza por haberme arrastrado a esta repulsiva relación adúltera?

—Déjame terminar —suplicó Roderick, avanzando hacia ella—. Te lo ruego, Katja. Solo una vez. Y cuando acabe..., cuando lo sepas todo, cruzaré el umbral de este lugar y desapareceré de tu vida para siempre.

Katja se detuvo y le sostuvo la mirada. Sabía, con una certeza fulminante, que lo decía totalmente en serio: no volvería a verlo nunca. Sintió un espantoso nudo en la garganta y una punzada en el pecho, pero se impuso no llorar como una huérfana abandonada.

—Tienes un minuto —susurró, apenas audible, al borde del llanto.

—La conocí a los veinte años —comenzó a relatar él—, pocos meses después de perder a mi padre. Aún vivía sumido en mi pena, sin más compañía que nuestros recuerdos y el don que me legó. Kissinger, mi amigo más leal, me ofreció compartir el estudio para ayudarme a remontar, pues me había propuesto destruir mi carrera rechazando un encargo tras otro, y el dinero escaseaba peligrosamente. Una mañana cualquiera, ella se presentó en mi taller. Buscaba empleo, y la contratamos sin dudarlo. Era vivaz, encantadora, de sonrisa fácil y carácter desinhibido. Me bastaron unos meses para rendirme ante su hechizo.

»Pronto nos vimos envueltos en una relación candente, febril. Liesel me rescató de la ciénaga emocional en la que había caído, y despertó en mí una creatividad que creía extinguida. Su influjo me llevó a experimentar con nuevas técnicas, y no tardé en convertirme en el retratista predilecto de varias familias notables de la región.

Cegado por la pasión y convencido de que mi amor era correspondido, le propuse matrimonio. Aceptó, y nos casamos en la iglesia luterana de St. Johannis. Creí haber hallado la paz. Pero dos años más tarde, sin previo aviso y después de una pelea, me abandonó. Me acusó de haberle vendido una vida que nunca existió, de haberla embaucado con promesas ilusorias que jamás pronuncié.

—¿Qué promesas? —inquirió Katja, con voz trémula.

Roderick tomó aire. En cuanto hablara, volaría las compuertas de una verdad comprimida por décadas, tan peligrosa como un arsenal de dinamita lista para estallar. Sin embargo, ella tenía derecho a conocer el origen de aquel nudo que ataba sus destinos.

—Hace muchos años, un estudiante de Múnich acudió con sus amigos a una fiesta en Dachau, escapando momentáneamente del agobio de los exámenes —explicó—. Allí conoció a Mathilde: una mujer de una belleza singular, mezcla de sangre alemana y francesa, dotada de un talento artístico prodigioso a pesar de su formación autodidacta. Se enamoraron como solo lo hacen los jóvenes: con un hambre temeraria y sin reservas. Se casaron al cabo de unas semanas. Él abandonó la universidad para llevarla a conocer a su familia, pensando que su dicha sería compartida. Pero al llegar a la mansión, se topó con un muro de desprecio, con total oposición. Mathilde fue juzgada, rechazada y vilipendiada por no encajar en el molde que habían diseñado para el heredero de su dinastía.

»Él se mantuvo firme. Desoyó las amenazas y se quedó junto a ella en aquella finca maldita. Más tarde, compraron un terreno en Hude, donde soñaban con construir su propio hogar. Contrataron a un destacado arquitecto patrio y diseñaron ellos mismos el refugio de sus sueños. Pero en uno de los viajes para supervisar las obras, el flamante novio sufrió un trágico accidente: su carruaje volcó por una pendiente tras desbocarse uno de los caballos. Murió aplastado

por su propio vehículo, y Mathilde, además de sufrir la inmensa congoja causada por la pérdida de su marido, hubo de lidiar también con la injusticia de ser expulsada de su propiedad. La despojaron de todo: de su casa, de su herencia y de su honor. Regresó a Dachau sola, viuda... y embarazada.

Katja empalideció, previendo lo que vendría a continuación.

—Puso a su hijo el nombre del padrino de su boda: Roderick. Ese bebé era mi padre, Katja. Y el hombre que lo engendró se llamaba... Jürgen Bauer.

La joven se desplomó torpemente sobre el borde del lecho, incapaz de sostenerse en pie.

—Mi abuela lo crio como madre soltera, con todas las privaciones y las afrentas que eso implicaba —continuó él—. Jamás pudo recuperar los documentos que certificaban su matrimonio y la paternidad de Jürgen. Todo permaneció bajo llave en Vilbruck, en manos de su suegro y su cuñado: Hans Bauer, que se arrogó la dirección de Sohlenkunst tras el deceso de su hermano mayor. A mi padre le fue negado hasta el derecho a llevar el apellido que le correspondía. Solo le quedó el arte, y con él logró sobrevivir junto a Mathilde.

»Cuando ella falleció, la ocasión que tanto había aguardado se presentó al fin: Hans necesitaba un retratista para su hija menor. Mi padre viajó a Vilbruck con la secreta esperanza de recuperar su identidad, pero... cometió un grave error de cálculo: se enamoró como un niño de su prima, la dulce y melancólica Katja Rose.

Katja se cubrió el rostro con las manos, horrorizada.

—August descubrió la verdad, y el resto ya lo conoces —concluyó Roderick—. Liesel se casó conmigo pensando que acabaría heredando la fábrica. Pero al ver que no tenía interés en batallar por lo que era mío... me dejó por el primero de muchos hombres.

—¿Por qué no me lo dijiste? —sollozó ella—. ¿Por qué no confiaste en mí?

—¿Qué querías que hiciera? ¡Eres una Bauer! —exclamó él, desesperado—. ¿Cómo podía saber que no eras igual que August o que Hans?

—¡Te entregué mi cuerpo, mi corazón, mi vida! ¿Es que las noches que hemos pasado juntos no significaron nada para ti?

Los ojos de Roderick se empañaron.

—Me prometí ser más lúcido y hábil que mi padre, y un necio es lo que soy. La historia se repite. Te he perdido, como él perdió a Katja Rose.

—¡No te atrevas...!

Weber se acercó y, obligándola a levantarse, la abrazó. Ella bregó con él, pero no logró que la soltara. Entonces Katja se derrumbó, sollozando contra su pecho, golpeándolo con los puños cerrados.

—Le he pedido el divorcio, y se niega a concedérmelo. No soy un hombre libre, y no sabes cuánto me arrepiento de haber caído en su trampa. Si pudiera volver atrás...

Katja se apartó, secándose las lágrimas con el dorso de la mano.

—Liesel no te liberará de las cadenas que te atan a ella mientras vivas —declaró, resuelta—. Eres un Bauer. Tu sitio está en esa maldita fábrica.

—No quiero un solo marco. Lo dije y lo mantengo.

—Mi padre le robó a tu familia su parte de la herencia. ¿Y esperas que yo me cruce de brazos?

—No tenemos pruebas. Si el acta aún existe, August la tiene. Y en cuanto a Liesel...

—Si esa trepadora cree que te ha vencido...

—Lo ha hecho. Contraté a un detective para probar su

infidelidad, pero es astuta, meticulosa. Utiliza identidades falsas, su sobrenombre de soltera, cambia de aspecto... nunca la atraparon. Me rendí y opté entonces por no pelear más. De todas formas, solo la veo cuando no le alcanza para abonar la renta de algún cuartucho que compartirá con otro tonto al que haya engatusado...

Katja lo fulminó con la mirada.

—Escúchame bien, Roderick, y presta atención a lo que voy a decir, porque no lo repetiré. Liesel no va a ver un *pfennig*^[6] de la fortuna de los Bauer. Después de la exhibición de Würzburg, vendrás a Bremen y nos enfrentaremos a ellos.

—¿Y qué hacemos con la pérfida señora Weber? —ironizó él.

Katja meditó su respuesta. Por fin todo encajaba: la dicha que le había sido negada no era fruto del azar, sino de una larga secuencia de hombres y mujeres codiciosos y sin conmiseración. Ya era hora de romper con ese linaje de abusos. Se incorporó decidida, y, sin un atisbo de duda, dictó su veredicto:

—Déjamela a mí.

En el corazón de un fértil valle, abrazada por los caprichosos meandros del río Main y rodeada de colinas cubiertas de viñedos, se ubicaba la edénica Würzburg, como un joyel engastado en la corona de la región de Franconia. A lo alto, vigilante desde su atalaya sobre un promontorio occidental, la Fortaleza Marienberg imponía su silueta poderosa, recordando los tiempos en que príncipes-obispos gobernaban tanto con la cruz como con la espada. Los cimientos de Würzburg reposaban sobre siglos de historia, y aunque no ceñida por murallas como Rothenburg ob der Tauber, sus iglesias, palacios y puentes evocaban los ecos de un pasado esplendoroso marcado por

guerras, reconciliaciones y un constante florecer del espíritu humano.

Würzburg había sido desde la Edad Media un cruce de caminos y un punto de confluencia entre la tradición y la modernidad. Las calles, angostas y adoquinadas, se abrían paso con gracia entre hileras de casas de fachadas policromadas, coronadas por tejados de pronunciada pendiente. La arquitectura barroca, rica en volutas, columnas salomónicas y frontones ondulados, confería a la urbe una atmósfera de solemnidad alegre, como si cada edificio escondiera una historia por contar.

La Catedral de San Kilian, con su grandioso pórtico y sus torres elevadas, se erguía en el centro espiritual de la ciudad. Sin embargo, más allá de su belleza tangible, lo que dotaba a Würzburg de un alma vibrante era su inagotable vida cultural y académica. La Universidad Julius-Maximilians, fundada en el siglo XV, se contaba entre las más prestigiosas del Sacro Imperio, y seguía siendo, en la aurora del nuevo siglo, un faro de conocimiento que atraía a sabios, científicos y artistas de todos los rincones de Europa. Sus bibliotecas eran auténticos santuarios del saber; en sus salas de lectura, impregnadas de olor a pergamino y madera encerada, se respiraba un silencio reverente, apenas interrumpido por el paso de páginas o el trazo de una pluma diligente.

La ciudad entera parecía vivir en simbiosis con el arte. En días como aquel, en que se celebraba la inauguración de una esperada exposición, Würzburg desplegaba todo su encanto. La galería elegida —ubicada a pocos pasos del recinto universitario— era conocida por su ambiente acogedor y su estilo ecléctico, donde lo tradicional y lo vanguardista coexistían en natural armonía. Allí, los artistas, elegantemente vestidos con chalecos entallados, relojes de cadena y simpáticos bombines, daban la bienvenida a los visitantes

con una cortesía espontánea y chispeante.

Muchos improvisaban en vivo, dejando que los espectadores fuesen testigos de la creación de sus obras. El murmullo de las conversaciones se mezclaba con el rasgueo de los pinceles y el trazo del grafito. Otros preferían explicar sus métodos con pasión pedagógica, mostrando técnicas ancestrales de pintura en miniatura o revelando los secretos de sus paletas y barnices. Así, en aquel rincón de Franconia, el arte no solo se contemplaba: se compartía, se celebraba, se disfrutaba y se vivía.

Roderick se paseaba con aire abstraído entre las obras expuestas, como si caminara por un jardín encantado cuyas flores hubieran brotado de acuarelas, óleos y temple. Lo sobrecogía la armonía de algunas piezas, la maestría técnica de otras, pero en particular lo conmovía ver cómo su propio lienzo, *Eterna seducción*, atraía miradas con la fuerza de un imán invisible. Un grupo de burgueses, vestidos con trajes algo pasados de moda pero empapados de suficiencia, se había agolpado frente a la pintura, interrogando a Ernst con un entusiasmo que rayaba en la ansiedad. Su decepción fue palpable cuando el galerista les informó que la obra ya tenía propietario y no estaba a la venta.

—La audacia de algunos —dijo una voz grave y bien modulada a su espalda—. Intentando sobornar a su amigo para que les venda a *mi* Afrodita.

Roderick giró el rostro con curiosidad. El conde Wolfgang von Sachsen, impecablemente vestido con un traje color marengo y unos zapatos de cuero tan lustrosos que parecían espejos negros, lo contemplaba con una sonrisa ladeada, un gesto en el que la ironía y la admiración bailaban juntas sin estorbarse. Su porte era el de quien se sabe dueño de su entorno, pero en su tono no había rastro de arrogancia.

—Su diosa está a salvo, *Herr Graf von Sachsen*^[7]. Su residencia estival será un templo digno para semejante divinidad —respondió el pintor, haciendo una reverencia contenida que el noble respondió con una inclinación de cabeza—. Afrodita está acostumbrada al lujo y al buen gusto, y no ofrecería sus favores a cualquiera. No se atribule, muy pocos mortales poseen el privilegio de estar a la altura de las exigencias de la deidad nacida de la espuma de mar.

—¿Acostumbrada al lujo y al buen gusto? Esa frase podría aplicarse a la mayoría de las damas alemanas —replicó el conde, dejando reposar una mano amistosa en el hombro del artista—. Pero dígame, esa cara... ¿es invención suya o esa criatura de mirada hipnótica realmente existe?

Roderick clavó la vista en el lienzo. Las facciones de Katja, inmortalizadas con una delicadeza casi sagrada, resplandecían en la composición como una pepita de oro entre guijarros lavados por la corriente. En su mente resonó la discusión mantenida con ella la víspera de su partida. Aquel intercambio tenso, cargado de emociones desbordantes, había terminado con una confesión que brotó de sus labios más como una súplica que como una declaración. No sabía si ella podría perdonarlo ni si había alguna posibilidad real de comenzar de nuevo. Pero sí sabía que la quería. Lo comprendió con la misma certeza con la que respiraba.

—Existe. Y es la mujer que me desvela, que me consume por dentro. Mi fiebre... mi delirio —dijo, sin desviar la mirada del cuadro.

Von Sachsen se volvió hacia la pintura con renovado interés.

—¿Su esposa? —preguntó en voz baja.

—He dicho «la mujer que me desvela», no la que me hace la vida imposible —replicó Roderick con un guiño.

Una carcajada sonora, desinhibida, brotó del pecho del conde y retumbó en la sala como una detonación festiva.

—¡Por Dios, Weber! ¿Pretende que me atragante con mi propia lengua?

Roderick sonrió con resignada complicidad.

—Prefiero ser yo quien se ría de mi mala suerte, y no algún otro desgraciado sin nada mejor que hacer.

—¿Está usted casado? —inquirió el aristócrata.

—Sí —respondió el pintor—. Pero no con ella. Fue... un error de juventud. Mi mujer y yo vivimos separados desde hace años, y se opone a liberarnos legalmente a ambos de este sinsentido.

—Y aun así, se atreve a volver a enamorarse —reflexionó el conde—. Un auténtico valiente, caballero.

—No lo busqué. Ella entró en mi corazón tirando la puerta abajo, sin anunciarse y sin pedir autorización. Y para serle franco, *Herr Graf*, usted es en parte responsable por mi actual tormento sentimental.

—¿Yo?

—Se suponía que era una modelo temporal para *Eterna seducción*, y ahora se ha convertido en mi musa.

Von Sachsen enarcó una ceja con estudiado dramatismo.

—Las mujeres son unas sortílegas expertas en ponernos la vida del revés. A algunas las engendra el demonio. Esa joven es la encarnación misma de la dulzura y la gracia. Tráigala a mi castillo. Le prometo que no le haré proposiciones deshonestas —añadió, guiñándole un ojo—. Venga, quiero presentarle a alguien muy interesado en su trabajo. Se dedica a las artes, pero en otro campo: la música. Estoy seguro de que se entenderán.

Los hombres se alejaron de *Eterna seducción*, dejando que la Afrodita de Roderick siguiera conquistando al público con su callada magnificencia, y atravesaron la sala principal sorteando varios grupos de invitados, en dirección a la sección donde se exhibían

miniaturas y esculturas de yeso. En aquel recodo aguardaba Richard Strauss, erguido como un roble solitario en medio de una plaza bulliciosa. Su estatura imponente y la prestancia natural que irradiaba lo convertían en un punto de referencia incluso para los que no sabían quién era.

Sus ojos, de un azul acerado, poseían la intensidad de alguien viajado y difícil de impresionar. Bajo unas cejas expresivas y un rostro de rasgos marcados, brillaban con la lucidez frenética de un genio. Todo en él exhalaba una sensibilidad extrema: la postura, el modo en que sus dedos tamborileaban en el bastón que sostenía con elegancia distraída, y la leve sonrisa con la que parecía anticiparse al pensamiento ajeno.

—¡Strauss! —exclamó Wolfgang, estrechándole la mano—. Aquí te traigo al autor de *Eterna seducción*, el joven Roderick Weber.

El compositor, de cuarenta y un años de edad, ya era considerado una figura capital del universo musical germánico. Su nombramiento como director de la Ópera de Múnich y su matrimonio con la célebre soprano Pauline de Ahna lo habían consagrado como un artista de excepción. Saludó a Roderick con otro apretón de manos.

—Señor Weber, permítame felicitarlo por su cuadro. Hay en él una atmósfera que no se logra solo con técnica. La emoción que transmite es auténtica. Magnífica obra.

—Viniendo de una eminencia como usted, lo considero un verdadero halago —respondió Roderick—. Estuve en Múnich en el estreno de *Guntram*. Aquella noche me marcó profundamente, tanto que al regresar a Rothenburg me sentí compelido a pintar *El caballero de la luz*. Está justo aquí, junto a *Eterna seducción*.

Richard y Wolfgang dirigieron la vista hacia el lienzo que Roderick señalaba y contemplaron una inmensa representación de

un caballero medieval montado en un caballo blanco, orientado hacia el campo de batalla. La pintura medía casi dos metros de alto por dos de ancho, dominando esa parte de la pared de la galería gracias a su presencia sobrecogedora. El soldado, luciendo una armadura reluciente y una mirada determinada, transpiraba honor y coraje mientras sujetaba las riendas de su noble corcel. La escena estaba impregnada de un aura de pompa y grandeza; el cielo proyectaba trazos dorados y rojos, como si anticipara el inminente combate que aguardaba al guerrero. En el horizonte, la loma se elevaba en silenciosa reverencia ante la ilustre figura, y el sol poniente teñía el paisaje bajo el cálido tono del atardecer.

—*Guntram* —repitió Strauss, con cierta añoranza—. Nuestro idealismo hecho carne. Veo que ha captado su esencia. Tiene usted una mirada aguda, Weber. Percibo que su concepto de belleza es distinto del de muchos de sus compañeros.

—Le agradezco sus palabras. Yo diría lo mismo de su música —replicó Roderick.

Richard asintió sonriente, y acto seguido descansó una mano en el brazo del pintor, como si quisiera compartir con él una confidencia.

—A propósito —dijo—, en diciembre estrenaré una nueva obra en Dresde. Se trata de una ópera basada en la *Salomé* de Wilde. Un proyecto arriesgado, sin duda, pero necesario. Hay algo en esa historia que me obsesiona: lo sensual y lo sagrado fundidos en una danza mortal.

Roderick contuvo el aliento, intrigado.

—¿*Salomé*? —reiteró, pensativo—. Imagino que será todo menos convencional.

—Exactamente. Será provocadora, intensa, tal vez escandalosa. Si algo he aprendido durante mi carrera es que el arte que no

incomoda no transforma. Me encantaría que asistiera. Le haré llegar una invitación formal, claro está.

—Será un honor, maestro. Me sentiría afortunado de presenciar el nacimiento de otra de sus criaturas. Estoy seguro de que su nombre perdurará más allá de los siglos como uno de los mejores compositores de su generación.

—Entonces está decidido. Su círculo de admiradores crece, Weber. Será mejor que se acostumbre.

Von Sachsen y su acompañante se despidieron y se alejaron, perdiéndose entre los asistentes que aún recorrían las estancias de la galería, inspeccionando otros retratos, frescos y murales, absortos en conversaciones sobre género y simbología. Roderick, por su parte, permaneció unos minutos solo, aprovechando el breve remanso que le ofrecía la ocasión para observar a distancia una de las esculturas de Adolf von Hildebrand, cuya austeridad clásica destacaba entre las obras más exuberantes de la exposición.

Fue entonces cuando Ernst Kissinger apareció entre el mar de cabezas en movimiento con el andar apresurado de quien traía noticias urgentes y gratas. Se acercó a él, se puso a su lado y le susurró eufórico:

—¡He vendido *La joven del pozo*! Al mismísimo propietario de Krupp.

Su socio lo agarró del brazo.

—¿El dueño de la empresa armamentística? No puedes estar hablando en serio.

—Pellízcame, por favor, antes de que me despierte en mi cuarto húmedo y con goteras —contestó Ernst, rebosante de entusiasmo.

—Me alegro muchísimo por ti, Kissinger. Ya era hora de que salieras de ese zulo indigno. Ahora podrás alquilarte un *cottage* con geranios en las ventanas y cortinitas de encaje... Perfecto para

impresionar a tus conquistas. Y de paso, Herzog dejará de fastidiarme.

—Herzog es un pedazo de pan —protestó Ernst, dándole un codazo a su amigo—. Mi casero me ha prohibido tener animales en el cuchitril que me alquiló, ya lo sabes. Y no soy tan libertino. No he sentado cabeza porque aún no he encontrado a la mujer adecuada. Pero parece que tú me llevas ventaja en eso.

—¿Insinúas algo sobre Katja? Si es así, temo que estás dando palos de ciego. Sigo atado a Liesel y a su costumbre de amargarme la existencia.

—No, Roderick, aquí el que está ciego eres tú —respondió Kissinger con una sonrisa taimada—. ¿No has vuelto a hablar con la señora Bramwell?

—¿Debería? ¿Por qué?

Ernst cerró los párpados, saboreando el momento. Aprovechando que Liesel se hallaba ausente en el centro de Rothenburg, Katja había acudido a su apartamento en busca de su apoyo para una maniobra arriesgada, aunque cuidadosamente planificada. Una estratagema que, de surtir el efecto deseado, pondría fin al enredo en el que se hallaba Roderick, virando el rumbo de las circunstancias. Si los hados les eran propicios, Rod pronto sería tan libre como el viento.

—Porque estás a punto de ver abrirse la portezuela de la jaula en la que has estado encerrado durante el último lustro, querido.

Dicho esto, hizo un gesto con la cabeza hacia el extremo de la sala. La señora Strauss, elegantemente vestida y con una actitud expectante, se aproximaba al cuadro *El caballero de la luz*.

—Ya no falta nada —concluyó Ernst—. Muy pronto volverás a volar y a dibujar piruetas en el cielo estival.

El cielo estaba nublado aquella tarde, como si presintiera la gravedad de lo que iba a decirse bajo su amparo. El aire del camposanto tenía una densidad peculiar, húmeda. Las piedras cubiertas de musgo, las flores marchitas en las tumbas más antiguas y el rumor lejano de la ciudad parecían un decorado cuidadosamente dispuesto para el encuentro que estaba a punto de producirse.

Katja esperaba junto al sepulcro de mármol donde descansaban los restos de Roderick Weber padre. Vestía de manera sencilla: su sombrero de fieltro y su abrigo azul marino la hacían destacar en el paisaje otoñal. Mantenía las manos unidas frente al regazo, como quien rezaba una oración. Cuando divisó la figura de Liesel acercándose por el sendero flanqueado de cipreses, se irguió con sutileza.

—Gracias por venir, señora Weber —dijo, sacando un pañuelo de su bolso.

—Recibir su nota me sorprendió tanto que no podía hacer otra cosa —respondió la otra, con un dejo de turbación—. ¿Qué es lo que desea decirme sobre mi marido?

Katja desvió la atención hacia la lápida del suegro de su rival, y luego la miró. De algo tenía que servirle el haber aprendido a maquillar sus sentimientos delante de Thomas. Si aquella pelirroja calculadora era tan hábil como Roderick había afirmado, debía ser prudente. Mostrarse dubitativa lo echaría todo a perder.

—Me llamo Katja Grosley. Supongo que lo imagina. O intuye. Me pregunté mil veces si era la decisión apropiada.

Liesel se cruzó de brazos, incómoda. El silencio que siguió fue interrumpido solo por el zumbido de una abeja rezagada y el sonido de sus pasos sobre la grava.

—¿A qué se refiere?

—Se lo explicaré mientras caminamos. Venga. —Katja señaló una ruta lateral que conducía a una pequeña arboleda dentro del mismo cementerio.

Pasearon juntas, dejando atrás las tumbas ilustres de familias adineradas de la región. Katja parecía pesar cada palabra antes de pronunciarla, como si no quisiera lastimarla, pero supiera que ya no había otra salida. Caminaba un poco delante de Liesel, pero sin apartarse demasiado. No deseaba parecer dominante ni sumisa. Había meditado cada frase durante la noche anterior, cada pausa y cada inflexión de voz. Su propósito era claro; y sin embargo, bajo la compostura de su porte, sentía el mismo temblor que se experimenta antes de una confesión.

—No me juzgue con severidad, señora Weber —dijo por fin, sin mirarla todavía—. Si la cité aquí es porque necesitaba hablarle con franqueza.

Liesel respondió con una leve mueca de desconcierto.

—Su carta fue... inusual. ¿Qué podría tener que decirme una desconocida sobre mi esposo?

Katja se detuvo junto a una verja de hierro cubierta de enredaderas secas. Pasó un dedo por una hoja muerta y la dejó caer.

—Tal vez más de lo que imagina. Lo conocí de un modo que nunca esperé, y me temo que, en el fondo, fui víctima del mismo engaño.

Aquellas palabras parecieron abrir una grieta en la expresión de Liesel. Su mirada, hasta entonces arrogante, se volvió inquisitiva.

—¿Engaño? ¿Pretende insinuar que Roderick...?

—No pretendo nada. Solo deseo que entienda —interrumpió Katja suavemente— que él me hizo creer cosas que no eran ciertas.

Que era heredero de una fortuna perdida, que le habían arrebatado lo que por derecho le correspondía. Dijo que su padre había sido traicionado, que él debía reivindicar su nombre.

—¡Ah! —exclamó Liesel con una risa breve, sin alegría—. La misma historia. También me habló de herencias y de honor mancillado.

Katja asintió despacio.

—El arte de mentir con convicción es un talento, señora Weber. Y él lo domina. Me sedujo. No encuentro otro verbo más preciso. Fue galante, encantador, misterioso. Me habló de su linaje, de una finca en la Baja Sajonia, de una fábrica de zapatos fundada por su bisabuelo. Me describió todo con tal lujo de detalles que llegué a creerlo. Llegué a... —Hizo una pausa—. Llegué a pensar que él y yo podríamos tener un futuro.

—¿Y no era cierto?

—Nada de eso lo era. Absolutamente nada. No posee ninguna finca, no es el heredero de Sohlenkunst ni descendiente legítimo del señor Bauer. Es un impostor.

Liesel se detuvo en seco. Sus ojos se agrandaron, incrédulos.

—¿Qué está diciendo? ¿Está segura de...?

Katja se giró hacia ella, enfrentándola.

—Un tío abuelo mío, Julius Grosley, trabajó durante años en la corte comercial de Lübeck. Conoció a Roderick cuando este fue acusado de falsear documentos relacionados con un legado que no le pertenecía. El escándalo fue silenciado por la intervención de un benefactor adinerado, pero la mancha quedó. Julius lo reconoció en cuanto vio su retrato en uno de mis álbumes. Me escribió, advirtiéndome. Busqué más. Conseguí contactos de conocidos de Roderick en Düsseldorf. Descubrí que había hecho lo mismo al menos tres veces: se infiltró en círculos de mujeres solteras con

buena posición, fingiendo ser un rico heredero, ganándose su afecto, e incluso comprometiéndose con una de ellas... para después desaparecer cuando las sospechas comenzaban a aflorar. Y estos intentos de fraude los realizó tras su separación.

Liesel abrió la boca, pero no supo qué decir. Apoyó una mano en el tronco de un árbol cercano, como si necesitara sostenerse.

—Pero... el hombre que me describe y lo que sé de Rod... no coinciden. Nuestro matrimonio sí fue legal. Y mi familia es de origen humilde. ¿Por qué un oportunista como ese se desposaría con una mujer como yo?

—No digo que pretendiera estafarla —dijo Katja—. Su intención inicial era otra. Estoy convencida. Tal vez pensó en un plan a largo plazo. O algo salió mal y se vio obligado a seguir adelante, a esconderse de acreedores o personas que pudieran amenazarlo. No lo sé. Pero su patrón es claro.

El viento removió las hojas secas a sus pies. El murmullo de los árboles, en aquel rincón apartado del cementerio, parecía amplificar cada frase como un eco persistente.

—¿Tiene pruebas? —preguntó Liesel, casi en un susurro.

—Estoy trabajando en ello. Ya he conseguido el nombre de una de las mujeres. Se casó con un comerciante de vinos en Estrasburgo y está dispuesta a hablar. Y hay otra en Graz, una pianista que estuvo a punto de suicidarse tras el engaño. Las cartas que él le escribió son casi idénticas a las que me envió a mí. Solo cambiaba el nombre de la finca. He venido a Rothenburg a desenmascararlo y a entregarlo a las autoridades. El motivo de este encuentro es advertirle que no se deje arrastrar con él. Corte todos los vínculos que los unan y huya, por favor. No es justo que pague por sus delitos y la acusen de ser partícipe de un complot del que no tenía la menor idea.

—No puedo creer esto. —Liesel se llevó una mano al pecho. Una sensación de vértigo la invadió.

Katja dio un paso hacia ella. Su voz, sin perder la firmeza, se volvió casi maternal.

—No lo digo por malicia, señora. No quiero verla envuelta en algo que pueda ponerla en peligro.

—¿Peligro?

—No lo sé. No sé hasta dónde estaría dispuesto a llegar si se viera acorralado.

Hubo un largo silencio. Liesel desvió la mirada, contemplando el cielo encapotado. Pensó en las noches compartidas con Roderick, en la forma en que esquivaba ciertas preguntas, en su resistencia a hablar del pasado. Un escalofrío le recorrió la espalda.

—¿Y qué piensa hacer ahora? —preguntó, finalmente.

—Voy a reunir los testimonios de esas damas. Cuando tenga suficiente, lo llevaré ante un tribunal. No puedo permitir que siga repitiendo el mismo ciclo. Ni con nosotras ni con ninguna más.

Liesel asintió muy lentamente. Sus ojos se habían humedecido, pero no lloró. Apretó los labios, tratando de ordenar el torbellino de pensamientos que la embestía sin piedad.

—¿Y por qué decírmelo ahora? ¿Qué busca?

La pregunta flotó entre ellas, grave como el tañido lejano de una campana. Katja inspiró profundamente antes de responder.

—Busco su ayuda para poner fin a esta farsa. Ninguna de las dos merece continuar atrapada en una mentira.

Liesel la observó desconfiada, intentando descifrar su verdadero propósito. Katja notó aquel escrutinio y bajó la mirada con humildad fingida.

—Créame, no hablo desde el despecho. Fui su confidente, su amiga, incluso su cómplice. Y cuando me enteré de que aún estaba

casado... —hizo una pausa, fingiendo que las palabras le dolían— todo se volvió insoportable.

El rostro de Liesel perdió su color. Una ráfaga de viento agitó su tocado y lo hizo ondear como una sombra viva.

—No imaginaba que hubiese alguien más —murmuró—. Aunque, pensándolo bien, con él nada me sorprende.

Siguieron caminando. A su izquierda, un ángel de mármol roto sostenía un lirio decapitado. A lo lejos, el cielo comenzaba a ennegrecerse, anunciando lluvia.

—Sé que le resultará difícil creerlo —prosiguió Katja—, pero he sufrido por él más de lo que admitiría. Cuando lo enfrenté, confesó que todo había sido invención suya: la herencia, la relación con los Bauer, incluso la deuda de honor que decía tener con su padre. Juró que lo hizo por amor, que temía perderme si sabía la verdad.

—El amor... —repitió Liesel, con amargura—. Esa palabra le sirve de refugio. Siempre ha sido su escudo más eficaz.

Katja la miró entonces con la expresión de quien se atreve a compartir una vergüenza.

—Por eso le pedí que viniera.

Liesel vaciló. Se detuvo junto a un túmulo ahogado por la hiedra, donde un nombre casi borrado por el tiempo emergía entre las grietas.

—¿Y qué gano yo con eso? La libertad no llena una casa vacía ni repara una reputación destruida.

—Quizá no —reflexionó Katja, serena—, pero le devolverá su dignidad. Nadie podrá decir que permaneció atada a un farsante. Hay humillaciones que solo se superan con el valor de una decisión, señora Weber.

Liesel pareció meditarlo. Se alejó unos pasos y se inclinó sobre una lápida reciente.

—A veces pienso que el viejo Weber fue el único que comprendió a su hijo —susurró—. Tal vez lo amó demasiado y no supo corregirlo.

Katja se aproximó a su compañera, exultante. El lazo ya la había atrapado.

—O quizá lo amó poco —opinó—. Lo bastante para darle su nombre, pero no para enseñarle a vivir como un hombre de verdad.

—¿Y qué hará usted, señorita Grosley, cuando todo esto termine?

Katja simuló vacilación al hablar.

—No lo sé aún. Supongo que volveré con los míos y reharé mi vida.

La respuesta pareció satisfacer a Liesel, o al menos apaciguar su inquietud. Se enderezó, se ajustó el abrigo y alzó el rostro hacia el cielo, donde empezaban a caer las primeras gotas de lluvia.

—Si lo que afirma es cierto —dijo—, haré lo que sea necesario. No quiero subirme a un estrado ni verme sometida a un escándalo.

Katja asintió queda, aunque por dentro una imparable corriente de triunfo recorría su pecho.

—Gracias. No imagina lo mucho que significa para mí saber que he logrado protegerla de ese degenerado.

Liesel la miró un instante con una mezcla de condolencia y respeto.

—Usted es más fuerte de lo que aparenta. No todas tendrían el valor de enfrentarse a un hombre como Roderick.

Katja sonrió.

—La fuerza, señora Weber, no es un don, es una consecuencia.

Liesel inclinó la cabeza en señal de despedida y se marchó por el sendero principal. Su silueta se fue disolviendo entre los árboles hasta convertirse en una sombra lejana, perdida en la espesura del

bosque.

Katja, en cambio, permaneció un rato más frente a la tumba del viejo pintor. El sirimiri caía ahora con mayor insistencia, resbalando por el mármol y empapando su sombrero. Se encorvó ligeramente, posando una mano sobre la piedra mojada.

—La sacaré de nuestras vidas cueste lo que cueste, Roderick —sentenció, tenaz—. No permitiré que esa mujer lo destruya. Y cuando acabe con ella, devolveré a su hijo lo que le pertenece.

Capítulo 11

Oculto entre los arbustos y rodeado de un delicado encaje de enredaderas, August había construido un coqueto invernadero, al que él mismo solía referirse, con un dejo de ternura y orgullo, como su «capilla botánica». Su estructura, cuidadosamente decorada con arabescos y filigranas florales, le daba un aire de distinción y ensueño a aquel santuario vegetal. Las cristaleras, altas y pulidas, permitían la entrada de una luz tamizada que, al rozar las hojas y los pétalos, provocaba una danza de reflejos irisados sobre el suelo tapizado de musgo.

Al atravesar las puertas de vidrio, el visitante era recibido por una sinfonía de colores y fragancias que emanaban de especímenes traídos de tierras lejanas: orquídeas de las selvas de Colombia, camelias japonesas, crisantemos de Corea y estefanotes de Madagascar. Cada planta ocupaba su lugar con una gracia que parecía coreografiada. Las hileras de macetas de terracota, alineadas con esmero, ofrecían un espectáculo de formas, texturas y aromas que embriagaban los sentidos.

En los rincones más sombreados, helechos plumosos se entrelazaban con buganvillas escarlatas, trepando con audacia por las paredes de piedra que recibían la luz filtrada a través de las

ventanas. Lianas, glicinas y jazmines se disputaban el espacio con una obstinación silenciosa, formando un tapiz natural que parecía crecer al compás. El murmullo constante del agua, proveniente de una fuente blanca que vertía su caudal en un cuenco de mármol, contribuía a la atmósfera de recogimiento y frescura que allí reinaba.

Katja avanzó por uno de los senderos curvos, cuyo trazado sinuoso invitaba tanto al paseo como a la introspección. Había llegado a Vilbruck la noche anterior, agotada por el viaje y por una determinación férrea que no había querido descomponer ante nadie. A la mañana siguiente, Ingrid la había recibido en la sala de lectura para entregarle a la niña y preguntar, con más formalidad que calidez, por su itinerario.

Ahora, frente a la fuente, Katja detuvo sus pasos. El vaho de las plantas humedecía ligeramente el ambiente, como si la tierra respirara. Bauer, agachado ante un tiesto de orquídeas púrpuras, manipulaba una bolsita de abono que espolvoreaba con parsimonia. Al oírla llegar, se irguió con la presteza de quien se sabe sorprendido y se quitó los guantes de jardinería, arrojándolos sin ceremonia sobre un banco próximo.

—¡Hija! —exclamó con una sonrisa tan forzada como fugaz—. ¿Cuándo has regresado? ¿Sabe tu madre que volviste de tu excursión?

Katja no respondió. Sus ojos, grandes y brillantes, se clavaron en los de él con una serenidad glacial que parecía provenir de un juicio ya emitido. En su rostro no había ternura ni cólera, sino una contención peligrosa, la que precede a las palabras que cambian la disposición de los afectos. August, al percibir el mutismo de su hija como un filo invisible, retrocedió un paso, como quien intuye en el ambiente el aliento de una amenaza aún no formulada.

Desde el umbral, se acercaba Ingrid, vestida con una bata de

casa que no ocultaba del todo la prisa con la que había salido. Su semblante, pálido y compungido, nadaba entre el estupor, la contrición y una pena mal contenida. Miró a la joven como se mira a una figura del pasado que regresa trayendo consigo cuentas pendientes y secretos aún palpitantes.

—¿Leíste mi telegrama? —cuestionó Katja por fin, con una voz grave que rasgó el aire del invernadero como una hoja afilada.

A August se le demudó el semblante como si una ráfaga helada le hubiese recorrido la columna. Comprendió, con lúcida resignación, que no podría sortear el tema de Roderick. Si deseaba preservar el frágil equilibrio de su casa —esa estructura sostenida más por apariencias que por vínculos—, debía sofocar la revuelta de raíz, imponiendo su autoridad como patriarca indiscutido.

—Sí —admitió, elevando el mentón.

—Entonces ya sabrás...

—¿Que ha muerto? —la interrumpió sin titubeos—. Agradezco el informe. Es el destino que tarde o temprano alcanza a todos los oportunistas.

Una oleada densa, oscura, se elevó desde las entrañas de Katja, sofocando sus costillas. Enrojeció de ira, pero contuvo la furia con un ejercicio deliberado de respiración. Inspiró una, dos veces, antes de permitir que las palabras tomaran forma.

—¿Dónde está el acta matrimonial?

—¿Qué acta?

—La que prueba que tu tío Jürgen contrajo legítimo matrimonio con Mathilde Weber.

El rostro de August perdió todo color, como si aquel nombre le resucitara fantasmas antiguos que habría preferido dejar enterrados.

—¿Quién te habló de eso?

—El hijo que ella esperaba era suyo —continuó Katja, implacable

—. El abuelo Hans la expulsó de esta casa tras la muerte repentina de su esposo, pero para entonces Mathilde ya estaba encinta.

—Cargaba con una criatura que bien pudo haber sido engendrada por cualquier zángano de entre sus amigos de tertulia —escupió Bauer con desprecio—. ¿Qué esperabas de una mujer criada en ambientes díscolos y corruptos? Jürgen era un muchacho impresionable, con más romanticismo que juicio, fascinado por las faldas y las metáforas. Fácil de encandilar, más aún por una pintora de medio pelo.

—¡Se casó con ella! ¡No teníais derecho a suprimir esa unión ni a borrar su memoria!

—¿Derecho? —tronó August, con un ademán que parecía envolver todo lo que lo rodeaba—. ¡Sohlenkunst me pertenece! Tanto como le perteneció a mi padre Hans, que no dudó en protegerla de la ruina que su hermano mayor habría traído. Jürgen no fue más que un irresponsable, un soñador que solo venía a la fábrica cuando necesitaba dinero para alguna de sus escapadas con mujeres de dudosa reputación. ¿Sabes por qué lo enviaron a Múnich? Para que aprendiera disciplina, para que dejara de arrastrar nuestro apellido por los cafés-concierto. Y volvió trayendo consigo a esa furcia, como una bofetada contra todo lo que representamos.

—¡August! —exclamó Ingrid, turbada por la crudeza de las palabras que acababa de oír.

—Dudo que a Katja le escandalice mi lenguaje —refutó el anciano, sin mirarla siquiera. Se dirigió hacia la entrada del invernadero y empujó las puertas con gesto impaciente—. Y francamente, a estas alturas, me importa bien poco.

Se internó en el jardín, dejando tras de sí un silencio espeso que no lograron disipar ni el rumor del agua ni el perfume de las flores. Katja lo vio alejarse, furiosa como no lo había estado jamás en toda

su vida. Por fin comprendía cuán profundo era el pozo de mentiras sobre el que se había construido la fortuna de su propio hogar.

Siguió a su padre al trote, negándose a permitir que se escabullera entre las sombras de una discusión que ya no podía evitarse. Su alma, antaño templada por la tibieza de la confianza filial, se hallaba ahora sumida en las tinieblas heladas de la decepción más corrosiva. Cada palabra pronunciada por su progenitor resonaba en su mente como un eco perverso, como una campanada fúnebre que anunciaba la muerte definitiva de la fe que alguna vez depositó en él. Sus ojos, que un día brillaron por la lealtad ciega y la esperanza, ahora ardían con un fulgor nuevo: el fuego de quien ha sido traicionado y, sin embargo, no se resigna a acatar su suerte.

—Dame el certificado —exigió.

—Ya no lo tengo —respondió él, sin detener el paso.

—Mientes.

August se paró en seco. Se giró lentamente hacia ella, su rostro contraído por una mezcla de ira, soberbia y algo que rozaba el desprecio. La confrontación era inevitable.

—Lo destruí el mismo día que llegó el telegrama —confesó, con una sonrisa torva que apenas enmascaraba su crueldad—. Reduje ese papel a cenizas en mi chimenea, como debía hacerse con todo vestigio de aquel error. Déjalo, Katja. Roderick ya es pasto de gusanos, y lo que hoy ves como un acto atroz, mañana lo entenderás como una medida necesaria. La herencia que un día recibirás no es fruto de sentimentalismos, sino de lo que construí con esfuerzo al frente de Sohlenkunst.

—Tú no construiste absolutamente nada. Esa herencia es el precio de mi silencio, lo que obtuviste vendiéndome al depravado de Thomas Bramwell.

El gesto de August se crispó. Dio un respingo, como si una serpiente le hubiese mordido la conciencia.

—¿Qué estás diciendo?

—Que conozco al detalle la situación financiera de la fábrica en los últimos años. Tu gestión fue un desastre, y para evitar el colapso aceptaste a escondidas la inversión de Thomas. Pero el precio fue claro: me obligaste a casarme con él para sellar ese pacto vergonzoso. No fue un acuerdo, fue una transacción. Me cediste como quien entrega una cabeza de ganado.

El viejo vaciló, trastabillando como si el suelo comenzara a resquebrajarse bajo sus pies.

—Ignoraba que... que te hiciera daño —murmuró, con voz hueca—. Pensé que así, al menos, te garantizaba un futuro...

—¿Un futuro? —rugió la chica, alzando el puño en un alarde de rabia incontenible—. ¡A costa de mis propios sueños! ¡A cambio de mi libertad! ¡Y todo para que tú pudieras seguir jugando al patriarca, sosteniendo con hilos podridos el nombre de los Bauer!

—¡Por favor, parad los dos! ¡Os lo suplico! —gritó Ingrid, precipitándose entre ellos, con lágrimas en los ojos—. ¡Esto no puede continuar así!

Pero Katja ya no escuchaba sus súplicas. Las compuertas de su indignación se habían abierto de par en par, y la necesidad de nombrar, de exponer, de desenmascarar era más poderosa que cualquier consuelo.

—¿Y sabes qué? Tú, que llamaste «oportunista» a Roderick, ¿te has mirado al espejo? Porque resulta que ese «parásito» tuvo un hijo. Un hijo que no solo heredó los ojos de tu enemigo, sino también su nombre y su talento. Un hijo que creció al margen de esta casa, lejos de la familia que le negó su lugar. Y he dormido en su cama, padre. He amado al fruto de aquel al que tú condenaste al

olvido.

La bofetada llegó como un trueno. El impacto fue brutal, seco, y derribó a Katja como un vendaval. Cayó sobre la hierba, sin emitir sonido alguno. Ingrid gritó, arrodillándose de inmediato junto a ella, protegiendo su cuerpo con el suyo, como si pudiera amortiguar el daño que su marido acababa de infligirle.

August permaneció de pie, con la palma enrojecida por la violencia de su gesto y el pecho agitado por el torbellino de emociones que se le había ido de las manos.

—Si has osado involucrarte con la descendencia de esa rata, despídete de figurar en mi testamento —gruñó, con voz cavernosa, sin atreverse a acercarse a su hija.

La joven se llevó la mano al pómulo, notando el calor punzante del golpe. Luego alzó la mirada, sus ojos brillando con lágrimas contenidas, pero también con una resolución feroz.

—Borraré mi nombre de ese testamento con gusto —espetó—. Tía Katja Rose me conocía mejor que tú. Ella me legó Sunny Hütte y todos sus bienes porque supo reconocer en mí algo que tú jamás quisiste ver: dignidad. Quédate con tu fábrica, con tus recuerdos, con tus cenizas. Sohlenkunst puede irse al mismísimo infierno. Y tú, detrás.

Con la ayuda de su madre, Katja se puso de pie. Se sacudió la falda con gesto lento pero decidido, como si quisiera desprenderse no solo del polvo del jardín, sino también de toda una vida de mentiras, de sumisión, de heridas antiguas. Después, sin mirar atrás, echó a andar, dispuesta a marcharse para siempre, dejando tras de sí la estela de una mujer que por fin se había atrevido a echar abajo las puertas de su prisión.

—Le plantaste cara y te liberaste de las cadenas invisibles que te oprimían. Mereces habitar un espacio donde el amor no sea un lujo ni la comprensión un espejismo, sino la esencia misma que nutra tus días, una atmósfera colmada de ternura genuina, y no un entorno hostil que despierte únicamente tu instinto de supervivencia.

Mientras Rosalind correteaba alegremente entre los cuidados parterres del jardín delantero de Sunny Hütte, su madre y la inseparable amiga de esta, Annette Müller, se entregaban a un momento de reposo y confidencias, extendidas sobre una manta junto a la plácida laguna que reflejaba un cielo de tonos cálidos. Saboreaban la dulzura efímera de los primeros instantes del otoño, conscientes de que aquel paisaje pronto bordearía los días con su melancolía.

Desde aquel aciago episodio con su progenitor, Katja había roto todo contacto con él, negándose a traspasar el umbral del hogar familiar, a pesar de los insistentes ruegos y los esfuerzos conciliadores de Ingrid. Su decisión permanecía inquebrantable: deseaba anular cualquier vínculo emocional que la atase a la figura autoritaria y fracturada del patriarca de los Bauer.

—No puedo estar más de acuerdo contigo, Annie —respondió la anfitriona, haciendo alusión a la reflexión que su amiga había expresado—. Las mariposas solo atraviesan su metamorfosis una vez. Al romper la crisálida, renuncian para siempre a ser gusanos. Ya no puedo ni quiero arrastrarme más ante mi padre ni ante ninguna sombra del pasado. Desde hoy, mi camino es volar libremente. No concederé más injusticias; esta última afrenta ha colmado mi vaso hasta rebosar.

Annette aplaudió entusiasmada, contagiada por aquella firme resolución.

—¡Así se habla! Y te diré algo más: esas gotas que colman los

vasos son, en realidad, las que despiertan la transformación verdadera. Sin ellas, el cambio nunca se concretaría.

Katja tomó un sorbo de su limonada y mordisqueó un panecillo, mientras sus ojos se posaban en la superficie de la laguna. No había logrado guardar el secreto de su amarga experiencia en Rothenburg; Annette estaba al tanto de cada detalle del oscuro entramado urdido por su familia contra Mathilde Weber y su descendencia. En cuanto a Roderick, entre lágrimas le había revelado lo sucedido entre ellos. La señorita Müller se mostró comprensiva y cercana, aunque su naturaleza prudente la llevó a manifestar sus reservas, reflejando así un instinto protector que no podía ignorar.

Aquella tarde, bajo el manto de un sol que declinaba lentamente, ambas mujeres compartieron no solo la frescura del día que se desvanecía, sino también la promesa de nuevos horizontes. Katja, decidida a borrar las huellas del pasado, sentía cómo una fuerza desconocida la impulsaba a reinventarse. Las heridas, por profundas que fueran, comenzaban a sanar en la calidez de una amistad sincera, y en la certeza de que ya no era una prisionera de su historia.

El susurro del viento entre los árboles parecía acompasar sus pensamientos, como un coro discreto que alentaba su esperanza. Rosalind, sin percatarse de la complejidad de aquella conversación, reía mientras perseguía mariposas imaginarias, símbolo viviente de la libertad que su madre ansiaba recuperar para sí misma.

—Me entristece profundamente pensar que mi madre será una víctima inocente de la determinación que acabo de tomar —murmuró, mientras mordisqueaba un fragmento del bollo.

—Ingrid está de tu lado, y no cejará en apoyarte, sea cual sea tu camino —respondió Annette—. Hay quienes esparcen alegría simplemente con su presencia, y otros que la dejan tras de sí al

ausentarse. Perdona mi crudeza, amiga mía, pero no puedo evitar sentir repulsión ante las artimañas que tu familia ha urdido. ¿Qué destino tendrá el documento que avala la legitimidad de los esponsales entre Jürgen y Mathilde?

—Mi padre lo ha destruido —confesó Katja, abatida.

—¿Estás segura de que no es solo una artimaña para silenciarte?

—Lo dudé en un principio, pero mi madre confirmó la verdad de esa revelación, y ella jamás me mentiría.

—¿Y la parroquia donde se celebró la ceremonia? Debería conservar una copia en sus archivos.

—Hans viajó hasta Dachau con la intención de borrar todo vestigio del verdadero estado civil de su hermano fallecido. Se aseguró de que nadie pudiera cuestionar que su fortuna procedía, en realidad, de una herencia arrebatada.

—Katja, eso es... atroz —musitó la señorita Müller, sirviéndose un sorbo de refresco—. Entonces, en lo que respecta a Weber...

—Roderick rehúye enfrentarse a mi familia por la fábrica. Y yo... no consigo aceptar su deseo.

Annette fijó una mirada penetrante en el rostro de su amiga, descubriendo en sus ojos claros una tristeza que le oprimió el pecho.

—Te has enamorado de él —pronunció con un dejo de compasión.

—¿Piensas que es una locura?

—Sabes bien lo escéptica que suelo ser en estos asuntos —le recordó con una sonrisa irónica—. Apenas lo conoces, y, según mi experiencia, por el negocio de mi padre han pasado innumerables hombres: casados, viudos, solteros... de todas las clases sociales. Está claro qué buscan en nosotras. No confío en ninguno.

—Algún día caerás también en las redes del amor, y tendrás que mandar a tu escepticismo a paseo —replicó Katja desafiante—.

Además, presiento que para ti será una historia aún más disparatada e insensata. De esas que te hacen perder la razón por completo.

—¿Qué te he hecho para que me desees tanto mal? —respondió su compañera, fingiendo enfado.

Katja rio y, con destreza juguetona, arrancó una pequeña florecilla entre la hierba y se la lanzó a Annette.

En ese instante, Rosalind irrumpió sudorosa y jadeante tras su carrera, reclamando con voz quejumbrosa un poco de agua. Fue entonces cuando Mielke, la doncella responsable del orden en Sunny Hütte, apareció en el umbral para entregar un mensaje recibido hacía unos minutos.

—Señora Bramwell, el cartero ha traído esto para usted.

—Gracias, Mielke. Por cierto, prepárale un baño a mi pequeña, por favor —añadió, dirigiéndose a la criada—. Y avisa a la cocinera que tendremos un comensal más para la cena.

—Mami, no quiero bañarme ahora. ¡Primero quiero comerme el bizcocho! —protestó Rosie. Katja tiró de la mano de su hija, le dio un beso en la coronilla y dijo, en tono firme:

—Ni se te ocurra quejarte, señorita. Hueles a cochinillo tras revolcarse por el barro. El pastel queda reservado para el postre.

Mielke tomó a la niña de la mano y se la llevó hacia el interior del caserón, y Katja entonces abrió cuidadosamente el sobre con el estilete que le había llevado la muchacha. Annette aguardó en silencio, pendiente de cada movimiento, hasta que la joven terminó de leer el contenido y levantó la vista para responder.

—¿Hay novedades? —inquirió.

—Es de *fräulein* Schulz —explicó Katja—, una de las candidatas al puesto de institutriz que publiqué en el periódico antes de partir hacia Rothenburg.

—¿Ha aceptado las condiciones?

Katja asintió con una sonrisa satisfecha.

—Parece que está conforme con lo pactado. Esperaba a alguien de mayor edad, pero su currículum es... impresionante. ¡Ha trabajado en el Castillo de Possenhofen!

Annette abrió los ojos de par en par.

—¿Donde la emperatriz Sissi pasó su infancia?

—Exacto. Su madre fue maestra de los numerosos sobrinos de Maximiliano II de Baviera. ¡Y Rosie será instruida por su discípula!

Un breve silencio cayó entre ellas, cargado de nostalgia. Recordaron cómo, siete años atrás, la emperatriz Isabel de Baviera fue víctima de un atentado que conmocionó a toda Europa. Luigi Lucheni, un anarquista italiano, la apuñaló con una lima de aguja en el corazón, mientras salía de su hotel Beau-Rivage en Ginebra para dar un paseo tranquilo. El asesinato, motivado por la rabia hacia la aristocracia y el odio hacia las monarquías, truncó abruptamente la vida de una mujer que había luchado por mantener su libertad en un mundo de rigideces. La noticia les causó profunda tristeza, no solo por la pérdida de una figura tan emblemática, sino también por la brutalidad y el sinsentido de aquel crimen.

Annette se incorporó y, al alisar las arrugas de su falda, expresó:

—¡Fantástico! ¿Cuándo llegará?

Katja la imitó, y juntas recogieron la vajilla, doblaron la manta y tomaron la cesta con los restos del pícnic.

—En dos semanas —informó—. Por fin puedo tachar otra tarea de mi lista. Es la segunda buena noticia que recibo en pocos días desde mi regreso a Vilbruck, y confío en que no sea la última.

Mientras se encaminaban hacia la casa, empezaron a hacer planes relacionados con la llegada de *fräulein* Schulz. Su contratación representaba no solo la esperanza de una educación digna para Rosalind, sino también un símbolo de nuevos comienzos

en medio de las ruinas emocionales que la familia Bauer arrastraba. El aire estaba impregnado de promesas, como si la brisa que acariciaba los árboles anunciara un futuro más luminoso, pese a las sombras que aún pendían sobre ellas.

Katja sabía que, aunque el camino fuera arduo, no estaba sola. A su lado, Annie, siempre leal, ofrecía un refugio seguro. Y en el horizonte, más allá de las disputas familiares y las heridas abiertas, se perfilaba un porvenir donde la justicia y la paz podrían, finalmente, instaurarse.

En la plácida brisa vespertina, el valle del río Tauber se desplegaba ante Roderick y Liesel como un retablo bordado con los filamentos dorados del sol poniente. Las colinas ondulantes parecían suspirar con cada soplo del viento, y las sombras alargadas de los árboles, alineados a orillas del afluente del Meno, se disolvían lentamente en el verdor de los prados, donde el día se extinguía sin estridencias.

El murmullo del agua, constante y sereno, se confundía con el crujido de la grava bajo sus botas. Caminaban sin rumbo definido, pero con una certeza tácita de que debían hacerlo juntos, aunque sus pensamientos transitaran por senderos opuestos. Roderick se detuvo junto al cauce y, con los ojos fijos en el discurrir hipnótico de la corriente, sintió una punzada conocida: ese dolor silente que solo despiertan las cosas perdidas para siempre. A su lado, Liesel se mantenía erguida, la mirada absorta en un punto indefinido del horizonte.

Katja había partido días atrás rumbo a Bremen, llevándose consigo el eco de una despedida jamás pronunciada. Ni siquiera le había permitido verla antes de irse. A través de Ernst, le había hecho

llegar una nota breve y sin adornos, en la que le rogaba que no la buscara, y anunciaba que, llegado el momento, Liesel se pondría en contacto. Ese mensaje escueto, tan propio de ella, había sido su veredicto final.

Aquella resolución no le sorprendía, y sin embargo, lo desgarraba. Sabía que no merecía redención, pero había esperado, al menos, la oportunidad de tocarla una vez más, de oír su voz sin la mediación de la rabia o el reproche. Había deseado, aunque fuese por unos segundos, una tregua. Pero los Weber —como ya lo intuía con amarga resignación— parecían condenados por un designio funesto que les negaba el consuelo del amor correspondido. Tres generaciones, tres vidas rotas, tres corazones malversados por promesas que no pudieron cumplirse.

—¿Piensas en esa mujer? —preguntó Liesel, removiéndola con la punta de su bota los guijarros del camino. Portaba un cartapacio bajo el brazo, que sujetaba con rigidez, como si resguardara en él algo más que papeles. En la otra mano, una sombrilla de encaje se balanceaba con indolencia, sujeta apenas por los dedos finos que ahora temblaban levemente.

—¿Desde cuándo te interesa lo que yo piense? —replicó él, sin mirarla, con una amargura que no consiguió disimular.

—Desde que me resultó imposible ignorarlo —respondió ella—. Desde que aparecí en tu estudio aquella tarde, apenas propusiste que nos viéramos. Fue como si una fuerza invisible me empujara allí... como si algo me lo advirtiera.

—¿Advertirte de qué?

—De que esa boda no debía celebrarse.

Él la miró entonces, sorprendido, con una expresión donde se mezclaban la incredulidad y una creciente sospecha. ¿Boda? ¿Qué boda?

—La sedujiste con una historia muy parecida a la que me contaste a mí —añadió Liesel, clavando en él una mirada severa y herida—. Le hablaste de una herencia, de una vida futura imposible de alcanzar, de un compromiso saboteado por terceros. La misma fábula, Rod. Dime la verdad: ¿alguna vez me amaste o solo dijiste lo necesario para meterte bajo mis faldas?

Sus palabras lo golpearon como una ráfaga helada. Roderick frunció los labios, conteniéndose. La ira, el desconcierto, la humillación: todo se arremolinaba en su pecho, pero no hallaba la grieta por dónde escaparse. ¿Cómo podía ella acusarlo de algo tan vil, tan deliberadamente retorcido?

Él no le había propuesto nada a Katja. No por falta de deseo, sino por una comprensión tajante de sus propias limitaciones. Desde el principio supo que lo que sentía por esa joven tan distinta, tan intuitiva, era demasiado grande para enjaularlo en un contrato, en un apellido, en la solemnidad de una ceremonia que nunca podría ofrecerle sin traicionarse. Ernst tenía razón: un desenlace favorable era imposible. Y lo seguiría siendo, por mucho que doliera.

—No le prometí nada que no fuera verdad —dijo por fin—. Y a ti tampoco.

Pero Liesel ya se había vuelto hacia el río. Las aguas seguían su curso, ajenas a las ruinas que dejaban tras de sí.

—Ignoro qué nuevos embustes pretendes atribuirme ahora —replicó Roderick con tono cansado, como quien asiste a una representación cuyo guion conoce de memoria—. Eres una arpía inteligente, Liesel. Inventas tragedias con la misma ligereza con que cambias de amante. Sé concisa, por favor. Dime para qué me has traído aquí y ahórrame el tedio.

—He escuchado que se marchó. Katja. ¿No era ese su nombre?

—Responde a mi pregunta —insistió Weber, sin alterar el gesto.

—No sin que antes tú contestes a la mía—retrucó ella, con ese aire altivo que reservaba para las batallas verbales—. La señorita Grosley me citó en el cementerio y me contó lo que has hecho. Según sus propias palabras, viniste a prometerle una vida de riquezas, amparado en una herencia inventada y en la ilusión de un porvenir compartido. Y todo era mentira. Lo mismo que hiciste conmigo, con la salvedad de que entonces yo era lo bastante joven —y tonta— para creerte.

Roderick parpadeó, desconcertado. Por un instante no supo si reírse o echarse a llorar. ¿Acaso Katja había tramado aquella fábula para herirlo aún más? ¿O era Ernst el autor intelectual de semejante pantomima? Una punzada le atravesó el pecho al recordar las ambiguas palabras de su socio durante la exposición de Würzburg, frases que en aquel momento le parecieron vagas y que ahora adquirirían un cariz premeditado. Estaba claro que habían decidido orquestar un drama perfecto, sin necesidad de consultar con el protagonista.

«Déjamela a mí».

¿Había dicho... Grosley? ¿Qué diablos...?

—Un ardid viejo como el mundo... y que funcionó contigo —declaró él con sorna, aceptando entrar en el juego que ella proponía—. No sé de qué te quejas. A ti te bastó para llevar mi apellido, ¿no es así? ¿O prefieres que hablemos de cuántas veces has hecho lo mismo con otros?

—Aprendí del mejor —rebatía Liesel—. Me envolviste en tus patrañas, y cuando decidí que no quería seguir viviendo en tu burbuja de pobreza y desengaños, te volviste patético. Repetiste la fórmula una y otra vez con cada jovencita que tenía la desgracia de admirar tus cuadros y tus mejillas bien afeitadas. ¡Qué patético es el hombre que se cree original cuando en realidad no ha cambiado de

disfraz en siglos!

Roderick tomó el cartapacio que su esposa le extendía. Su mirada se detuvo unos segundos en los ojos de Liesel, en los que en otro tiempo creyó ser capaz de ver lo mejor de sí mismo cuando en realidad estos solo reflejaban una ambición desmedida. Durante años, Liesel había sido su norte, su voz secreta, la llama que lo mantenía despierto incluso cuando todo lo demás se derrumbaba. Su partida lo dejó convertido en un montón de escombros, y lo peor no fue el derrumbe, sino el eco que persistió durante tanto tiempo después, recordándole que ya no quedaba nadie que pudiera reconstruirlo.

Y entonces llegó ella.

Como una aparición inverosímil en mitad del páramo, como un rayo de luz que lo inundaba todo. Con ella, el caos interior halló orden, las paredes mudas se llenaron de música, y el hombre que había olvidado cómo se amaba comenzó a recordar. Su presencia fue como una tormenta tropical que no se anuncia, y ahora que se había ido, lo único que quedaba era el vacío. Un abismo insondable que su esposa, con toda su retórica y sus provocaciones, jamás podría comprender.

—¿Sabes qué es lo más triste de todo, Liesel? —sentenció—. Que durante años pensé que tú habías sido la herida. Pero hoy me doy cuenta de que no fuiste más que el cuchillo que la causó.

No hubo respuesta.

—¿Qué es esto que me entregas? —Quiso saber él, al tiempo que deslizaba los dedos por la solapa de la carpeta, abriéndola receloso—. ¿Acaso más deudas por saldar?

—Tu demanda de divorcio —declaró ella—. Ya está firmada.

—¿Me devuelves la libertad? ¿Por qué? —musitó, incrédulo—. Te he rogado incontables veces que zanjáramos este vínculo legal.

Nunca quisiste escucharme.

—Porque, por fin, lo comprendo —dijo Liesel, cruzándose de brazos—. Lo nuestro fue un pacto tácito, un juego que dejó de divertirme. Katja Grosley me abrió los ojos, aunque no fuera esa su intención. Me reveló tu engaño con tanta franqueza que no me quedó más remedio que rendirme a la evidencia.

—¿Engaño? —Roderick frunció el ceño, aún procesando la acusación.

—No finjas sorpresa. Nos prometiste el mundo cuando sabías que no poseías ni una parcela en él. Me gustabas lo bastante para pasar buenos ratos, Rod, pero nunca para formar una vida verdadera. Me casé contigo por ambición, sí, y tú me envolviste con fantasías que no pensabas cumplir. Al menos estamos en paz: tú, con tus fracasos; yo, con mi penitencia.

—Te quise, Liesel. Más de lo que crees.

—A tu manera, quizá. Siento lástima por ti. Aun así, espero que encuentres a alguien que te ame como deseas, sin necesidad de fingir. Ernst me entregó el sobre de tu parte. Gracias por tu ayuda.

Le rozó la mejilla con los labios, un gesto tan vacío como significativo, un adiós más simbólico que afectuoso. Él recibió aquel roce como quien acoge un beso de Judas: con resignación, sin rencor, sabiendo que el final era inevitable.

De camino al estudio, cruzando la plaza empedrada de *Marktplatz*, una voz conocida lo sacó de sus pensamientos.

—Dime que lo tienes, hermano. Dime que lo has conseguido —clamó Kissinger, con el entusiasmo propio de quien ha apostado fuerte y vencido.

Roderick alzó el cartapacio como un trofeo improvisado. Ernst se abalanzó sobre él, estrechándolo jubiloso.

—¡Ha funcionado! ¡Por fin! Confieso que dudaba de que la

actuación de tu palomita surtiera efecto, pero... ¡qué talento, madre mía!

—La próxima vez que maquines una conjura contra mi esposa, al menos avísame —bromeó Weber, dándole un codazo—. Casi arruino el plan con mi desconcierto. Por suerte, recordé tus palabras justo a tiempo.

—Esa fue la clave. Tu sorpresa fue genuina, y Liesel lo notó. No hay mejor artimaña que la espontaneidad.

—Mencionó un sobre...

—Un incentivo para desaparecer de tu vida —explicó Ernst—. No fue un soborno, si es lo que temes. Fue... una despedida con dignidad.

—¿Le diste dinero?

—Sí.

—¿Cuánto?

—El importe íntegro de *El vuelo del abejorro*.

Roderick empalideció.

—¡Ernst! Ese es tu cuadro más valioso. No puedo aceptarlo.

—Lo has aceptado ya, amigo. No hay marcha atrás.

—Te lo devolveré. Con creces.

—Considéralo una ofrenda por tu libertad. Además, ¿sabes por qué lo pinté? Por una vieja historia que escuché de niño. Dicen que el abejorro no debería poder volar. Sus alas son demasiado pequeñas para su voluminoso cuerpecito. Pero nadie le ha explicado que es imposible... así que vuela igual. Cargas con más peso del que cualquiera podría soportar, y sin embargo sigues en pie. Te empeñas en desafiar la gravedad de tu pasado, tus errores, tus pérdidas. Tal vez no vuelas alto, pero vuelas. Y eso basta.

Weber se quedó inmóvil unos segundos, como si el eco de esas afirmaciones resonara en lo más hondo de su alma. Luego asintió sin

pronunciar palabra.

—Sé lo que Katja Bramwell significa para ti —dijo su colega—. No vayas a su encuentro con las manos vacías la próxima vez que la veas. Hacedles justicia a tu padre y a Katja Rose, y vivid la vida que ellos hubieran querido para sí.

Capítulo 12

Vilbruck, diciembre de 1905

La nieve había caído durante toda la noche, y el pueblo amaneció envuelto en una claridad perlada que suavizaba los contornos de las casas y hacía brillar como cristales las ramas desnudas de los tilos. Los tejados lucían un espesor blanco y pulcro, y los caminos que conducían a la plaza principal se abrían entre huellas recientes, dispersas como notas en una partitura. Katja avanzaba por el pavimento escurridizo junto a Rosalind, sosteniéndole la mano enguantada, y a su alrededor, el aire olía a pino fresco, a cera derretida y a pan de especias.

El mercado navideño ocupaba todo el corazón de la villa: una sucesión de casetas de madera decoradas con guirnaldas, ramas de abeto y cintas rojas, donde los comerciantes ofrecían figurillas talladas, dulces de miel, juguetes de hojalata y velas con aromas de canela. Los niños corrían entre los puestos, deslumbrados por el tintineo de las campanillas y las voces que entonaban villancicos. Desde una esquina llegaba el sonido áspero de un violín, y Katja creyó reconocer en su melodía la nostalgia de un invierno lejano, cuando aún creía en la inocencia de las fiestas.

Rosalind, con las mejillas arreboladas y los rizos cubiertos de copos, tiraba suavemente de su abrigo. Quería probar un mazapán, mirar las muñecas de trapo y observar el tren de madera que daba vueltas incansables sobre una vía diminuta. Katja sonrió ante la impaciencia de su hija y dejó que la condujera hacia el puesto de dulces; sin embargo, mientras el vendedor envolvía los mazapanes en un papel encerado, su pensamiento se deslizó lejos del bullicio, hacia una ausencia que la acompañaba desde el final del verano. No sabía nada de Roderick desde la última vez que hablaron. Cada día, al regresar a casa, abría el buzón con una esperanza que ya comenzaba a parecerle infantil, y aun así, persistía. Esperaba una carta. Una sola línea, acaso una fecha, una señal de que seguía pensando en ella. Pero los meses transcurrían sin noticias, y el silencio era ahora un peso más severo que el propio frío.

Aquel año no habría Nochebuena en el hogar de los Bauer. Katja lo sabía y no lo lamentaba del todo. Había algo de descanso en no tener que fingir cordialidad bajo el resplandor de las velas, en no escuchar el tono seco de su padre o el murmullo de las viejas discusiones familiares. Se quedarían en casa, solo ella y Rosalind, y prepararían una cena modesta junto al fuego. Ingrid las visitaría probablemente el 25, y juntas abrirían los regalos colocados al pie del tradicional abeto decorado con figuritas de cartón, nueces, manzanas rojas y galletas caseras.

—Mamá —dijo Rosalind mientras se arreglaba la bufanda—, ¿recuerdas que *fräulein* Schulz trabajó un tiempo en Possenhofen?

—Por supuesto —respondió Katja, ajustándole el gorro—. Siempre habla del castillo con mucha nostalgia.

—Pues me contó una cosa muy curiosa antes de marcharse a ver a sus parientes —continuó la criatura, jugueteando con un pequeño charco helado—. Cada Nochebuena, el guardia de correos traía una

carta desde Viena dirigida al mayordomo. Era una felicitación firmada por la emperatriz.

Katja elevó las cejas, interesada.

—Qué detalle tan hermoso.

—Sí. Y un año, *fräulein* Schulz se atrevió a escribirle una postal, deseándole buena salud, un invierno apacible y un feliz cumpleaños.

—¿Y Sissi respondió?

—¡Claro! —exclamó Rosie, emocionada—. Le envió una tarjeta con un ramo de violetas dibujado. Ella la guarda aún, dentro de un misal.

Katja sonrió, conmovida. Tomó su pedido de manos del tendero y se alejó con la niña y su bolsita de mazapanes.

—Esa nota vale más que una condecoración imperial.

—Dice que la relee cada 24 de diciembre, como si la emperatriz siguiera viva.

Se detuvieron frente a un puesto donde colgaban estrellas de paja y corazones de tela bordada.

—Annette nos espera esta tarde para ir a patinar —recordó la dama—. Después tomaremos chocolate caliente, ¿te apetece?

—¡Me apunto! Pero primero quiero comprar una estrella, para regalársela a *fräulein* Schulz cuando vuelva, antes del *Dreikönigstag*^[8].

—Escógela tú, querida. Que brille tanto como la que guio a los Reyes.

Rosalind se decantó por la estrella más delicada: una figura trenzada con hilo de plata que centelleaba bajo la luz de los faroles. Luego madre e hija se encaminaron hacia el coche que aguardaba al final de la calle principal.

El vehículo, un Benz de dos plazas con capota de lona y faros de cobre, destacaba entre los carruajes tirados por caballos. Algunos

transeúntes se detenían a contemplar con abierta fascinación aquel artilugio que resoplaba vapor y olía a aceite. Katja sintió sus miradas, pero no se amilanó. Había aprendido a conducir bajo la paciente guía de Annette, en los caminos que bordeaban el lago, y aunque todavía le temblaban las manos al girar la manivela, no podía negar la emoción que le producía dominar aquella máquina nueva.

—¿Y si se cala, mamá? —preguntó Rosalind, acomodándose junto a ella bajo una manta de viaje.

—Entonces lo volveremos a encender.

El motor tosió dos veces antes de arrancar. El coche avanzó a trompicones, dejando tras de sí un sendero oscuro sobre la nieve. Los cascos de los caballos resonaban a lo lejos, como el eco de un mundo que se desvanecía. El viento les azotaba el rostro, y el olor a invierno se colaba por cada costura de sus abrigo.

A medida que se alejaban del mercado, las luces del pueblo se fueron difuminando entre la bruma. Katja mantenía la vista fija al frente, concentrada en el traqueteo del automóvil y en el parpadeo del faro derecho, que titilaba de manera irregular. Rosalind, entretanto, observaba embelesada los campos dormidos bajo la nieve, los setos cubiertos de escarcha y las chimeneas que humeaban en la distancia.

Cuando por fin divisaron las verjas de Sunny Hütte, el cielo había adquirido un radiante tono rosado. Katja detuvo el coche frente al portón y apagó el motor.

—¿Ves? —dijo la mujer, soltando el volante—. Ni un solo contratiempo.

—Creí que nos iba a dejar tiradas, pero hemos llegado sanas y salvas —replicó Rosalind, plantándole un beso en la frente.

Subieron la escalinata y entraron en la casa, donde el aire tibio y

el olor a leña las envolvieron de inmediato. Desde la cocina llegaba el chasquido del fuego, y el reloj del vestíbulo marcaba las once y media. Mielke apareció al instante, visiblemente alterada.

—¡Señora Bramwell! —exclamó—. Gracias al cielo que han vuelto.

—¿Qué ocurre, Mielke? —preguntó Katja, quitándose los guantes.

La sirvienta dudó antes de hablar. Sus ojos, normalmente dulces, reflejaban ahora una mezcla de nerviosismo y expectación.

—Hay un visitante en la salita de invierno, señora.

—¿Un visitante? ¿A estas horas? —repitió el ama, sorprendida.

—Así es. Llegó hace cosa de treinta minutos. No quiso dar su nombre... solo pidió esperarla.

Katja sintió cómo el desasosiego le recorría el pecho. Se volvió hacia Rosalind, que la miraba esperando instrucciones.

—Acompaña a Mielke a la cocina, cariño. Ve poniendo los mazapanes en un plato.

—¿Quién será? —preguntó la niña en voz baja.

—No lo sé todavía —replicó su madre, procurando sonreír—, pero lo averiguaré enseguida.

Katja cruzó el pasillo cautelosa, aún sin saber qué esperar. El murmullo de la lumbre le llegó antes que la visión del visitante, y el aire tibio de la salita le rozó el rostro. Junto a la ventana, de espaldas, un hombre observaba el jardín nevado. Katja se detuvo, y el corazón le dio un salto. Cuando él se volvió, una leve sonrisa bastó para desarmarla.

—Roderick.

—Así que este es el retrato culpable de que nos hayamos conocido —dijo él, señalando el cuadro colgado sobre la repisa—. Vives aquí con tu hija.

Katja cerró la puerta tras de sí, intentando dominar el temblor que escalaba por sus manos. En el lienzo, la figura de Katja Rose parecía mirarlos como si aprobara aquel encuentro.

—Es mi manera de estar cerca de ella. Y me otorga independencia y solaz. Ni en un millón de años habría esperado verte en esta casa.

—¿Dónde está la niña?

—En las cocinas, con mi doncella. Pensé... que no volveríamos a vernos.

—Tú misma lo pediste —repuso Roderick, sin reproche—. Que no te buscara.

Katja bajó la vista, intentando dominar su agitación. Las semanas de espera volvieron a su mente como un murmullo persistente: los días que pasaban sin noticias, las esquelas que comenzó y rompió antes de terminar, las noches de absoluta soledad. Todo aquel sosiego, tan largo y denso, parecía ahora latir entre ellos con la fuerza de lo no dicho.

—Y, sin embargo, estás aquí.

—Decidí no hacerte caso —admitió Weber—. La añoranza dolía demasiado. Fingir que podía olvidarte fue inútil.

—Eres incorregible... hasta cuando tienes razón.

La joven se apartó un poco, simulando alisar el mantel de la mesa baja, pero no pudo ocultar la emoción que le vibraba en la voz.

—Liesel ha firmado los papeles. Iba a escribirte para contártelo, pero pensé que sería más adecuado hacerlo en persona.

—Felicitaciones. Ya eres libre.

Roderick negó con la cabeza.

—Creo... que esa aseveración no es del todo exacta —indicó, dando un paso hacia su objetivo.

—Pero si acabas de decir..., bueno, sé que el divorcio tardará unos meses en hacerse efectivo, mas...

—Y es el único motivo que me impide ponerme de rodillas ahora mismo.

—¿Qué?

—Sé que haberte ocultado lo de Liesel te ha hecho perder la confianza en mí —prosiguió él—. Merezco que desees salir de mi vida. Pero no quiero dejarte ir sin luchar, ¿me entiendes? Me niego a repetir el error de mi padre. Debíó buscar a Katja Rose, averiguar la verdad, resistirse a creer que ella lo había olvidado tan fácilmente. Tú también me quieres. Nadie se entrega de la manera que tú lo hiciste sin comprometer su corazón. Contigo he descubierto la plenitud del amor verdadero, y en tus brazos encuentro la paz que anhelo, la felicidad que busco y la pasión que me consume. Solo te pido que me esperes. Solo eso.

Katja tendría que haberse opuesto a su propuesta, pues era lo que su sentido común le exigía a gritos, pero la cobardía que selló sus labios no fue capaz de dominar sus ojos, y las lágrimas brotaron de ellos, imparables.

—Claro que te quiero, Roderick —confesó la joven finalmente—. Pero los obstáculos que se nos van a presentar en el camino podrían matar lo que sentimos y acabar con nosotros. Y yo... no puedo más. Mis brazos están cansados de tratar de mantenerme a flote.

—Entonces deja que yo te sostenga —dijo él, acortando la distancia que los separaba y estrechándola contra su pecho—. Deja que te ame y te cure las heridas. Yo seré tu escudo, y tú serás el mío.

Ella recorrió con los dedos la costura de su chaleco, cerró el puño alrededor de la tela y tiró del hombre, haciéndolo inclinarse hasta sus labios. Antes de que estos se tocaran, susurró:

—¿Tienes alguna esposa más escondida bajo la manga?

—Te prometo que Liesel era la única, *madame* —alegó Weber, solemne—. Y tú serás la siguiente, si me lo permites.

—Desde luego que te lo permito, caballero. Pero yo, al contrario que esa pérfida cazafortunas, no pienso concederte el divorcio.

—¿Me obligarás a quedarme hasta que la muerte nos separe?

Katja rodeó su cuello con los brazos y lo besó. Fue un beso anegado de anhelo y nostalgia, un abrazo vibrante donde no había espacio para la duda ni para el temor; solo la certeza de estar donde debían, buscando saciar una sed que hallaba sosiego únicamente en la mutua entrega.

—Te he echado tanto de menos —gimió ella, reclinando la cabeza y balbuciendo atropelladamente—. A veces temía que aparecieras, y otras, que no lo hicieras nunca. Mis noches han sido tan frías, solitarias y oscuras...

Apoyó la frente en su hombro, sintiendo la calidez de su cuerpo y el ritmo cadencioso de su respiración. Quiso continuar hablando, pero las palabras se le antojaron frágiles, incapaces de abarcar lo que sentía.

—No deseo arrastrarte a otra vida —declaró él—. No sería justo alejarte de tus raíces, como hizo Thomas. Quiero aprender a adaptarme a tu mundo, no imponerte el mío. Baviera será nuestro punto de partida, y no me moveré de aquí mientras pueda construir algo sólido contigo.

—Entonces... ¿te quedarás? Mi padre no te lo va a poner fácil.

—No temo a August. Su desprecio no podrá quebrarme. Y si intenta un enfrentamiento, lo hará sabiendo que no cedo terreno

cuando se trata de mi felicidad.

Un chillido seguido de risas infantiles les llegó desde el otro lado de la pared. Katja se separó de Roderick, lo tomó de la mano y tiró de él, diciendo:

—Pero antes de decidir si me conviene tu oferta, deberás pasar un exigente control de calidad.

—¿A quién tengo que impresionar para ello?

Katja rio, giró el pomo de la puerta y salió con él al corredor.

—Ven, te presentaré a Rosalind, la experta en mazapanes de Sunny Hütte. Prepárate, porque aquí los estándares son muy altos.

Era la primera vez que ponía un pie en Sohlenkunst, y le sobrevino un sentimiento de pura aprensión que sacudió por completo su entereza, haciéndole sentirse tan pequeño e insignificante como una hormiga. Katja había aceptado convertirse en su esposa y por fin había conocido a Rosalind, una criatura encantadora de espíritu animoso y carácter risueño, y nada podría estropear la explosiva dicha que le desbordaba, pero aún quedaba un gigante al que vencer en el campo de batalla: la animadversión de August Bauer y su empeño en barrer del mapa a quien él, en su delirio, consideraba un peligro para su continuidad como director al frente de la fábrica que tanto adoraba.

Entró en el coloso industrial que alimentaba las ambiciones de la emergente ciudad. Los ríos de trabajadores, ataviados con monótonos overoles y gorros de tonos amarronados, fluían hacia las puertas de la factoría, ansiosos por dar inicio a una nueva jornada de labor. El bullicio de voces y el traqueteo de carros cargados de materiales completaban el telón sonoro que envolvía el lugar, y

Roderick, inspirando hondo, avanzó por el corredor principal, pidiendo a uno de los recaderos que le indicara en qué parte quedaba el despacho del presidente.

El secretario de August lo vio acercarse, se levantó de su asiento y preguntó el motivo de su visita. Weber le dio su nombre, mas en vez de esperar a ser llamado, lo siguió a la oficina y se asomó detrás del subalterno en cuanto este pidió permiso a su jefe para pasar.

Al divisar a aquel desconocido alto, atractivo y fornido, August primero se mostró molesto por la intrusión, pero sus facciones le trajeron a la memoria muchas vivencias de juventud, llevándolo a reconocerlo sin que tuviera que abrir siquiera la boca. Su asistente le hablaba, pero él había dejado de oírlo. No podía quitarle los ojos de encima a Roderick.

—Déjanos solos, Klein.

—Pero, señor Bauer, tiene una cita con el gerente del Deutsche Bank a las diez y media...

—Cáncelala —ladró el anciano—. Esa y la siguiente. Voy a estar ocupado con asuntos más importantes.

Klein observó de reojo al visitante y luego al patrón. Este tenía las mejillas encendidas, y su mirada irradiaba un extraño destello a camino entre la sorpresa y la ira. ¿Sería aquel joven algún acreedor o un antiguo trabajador de la fábrica?

—Sí, señor —contestó el pasante.

—Y si viene alguien más, dile que no estoy —completó Bauer—. No quiero interrupciones.

—Como usted mande.

Klein se retiró, cerrando detrás suyo, y Roderick entró en el despacho. August se abstuvo de ofrecerle asiento, y gruñó:

—El parecido que tienes con tu padre es casi obsceno.

—Lo tomaré como un cumplido.

—No pretendo elogiarte, lo sabes bien.

Los labios de Weber se estiraron en una sonrisa mordaz. Estaba preparado para defenderse de toda la artillería con la que Bauer deseara tirotearlo. Sus flechas envenenadas no le harían daño a su pellejo engrosado y curtido por los años de penurias y aflicción.

—¿Qué quieres, mocoso?

—Explicaciones —declaró Roderick—. Sé que no me dará ninguna y que es una pérdida de tiempo, pero se lo debo a Katja.

—No tutees a mi hija como si fuerais compañeros de colegio —bufó August—. Ella no es ni será nada tuyo.

—Es mi prima en segundo grado, y pronto será mi mujer.

El rostro del viejo pasó del escarlata al blanco mortecino en segundos.

—¿Qué clase de broma es esta?

—No es ninguna inocentada. Pensamos celebrar la boda en la iglesia luterana de Vilbruck el año que viene a lo más tardar.

August buscó a tientas su sillón y se desplomó en él. De los cientos de escenarios que había imaginado en su reencuentro con los Weber, si algún día se producía, este era el peor de todos. Parecía que una especie de maldición generacional lo perseguía. En el pasado fueron Jürgen y Mathilde, luego Roderick y Katja Rose, y ahora... su propia hija.

—¿Piensas que así lograrás echar mano de Sohlenkunst? ¿A través de una unión marital con mi única heredera? —vomitó el patriarca, inclinándose hacia adelante—. No vais a rendiros, ¿verdad? Primero, el hermano juerguista de mi padre nos obliga a dar la bienvenida a la familia a una advenediza sureña, con la que se casó motivado por la sublevación contra los designios de sus parientes, y...

—Reconoce entonces que sí hubo una ceremonia legal —

intervino Roderick—. Por lo tanto, mi padre también es un Bauer. Usted lo supo desde el primer momento.

—¿Qué más da que lo supiera?

—No esperaron ni a que se enfriara el cadáver de Jürgen, y expulsaron de su casa a su viuda y a su hijo nonato. Ella lo lloró durante años. Nunca volvió a casarse.

—¿Esperas que me conmueva la versión de esa puta?

El joven dio un puñetazo sobre la mesa, y August pegó un salto en su silla, amedrentado. Ese era el *modus operandi* de los cobardes. Instigar a la violencia y luego victimizarse. Bauer llamaría a los guardias y estos lo arrestarían por intento de agresión. No caería en su trampa. Él no era Thomas Bramwell.

—No apelo a su compasión, porque no la posee —enfaticó—. Ni mi prometida ni yo necesitamos la fortuna que ha estado amontonando desde que Hans le traspasó una empresa que debió estar en manos de Jürgen y, después, de su descendencia. Se puede meter su dinero por donde le quepa.

—¿Entonces qué haces aquí?

—Solicitar la mano de Katja.

August soltó una sonora carcajada. Roderick permaneció serio, sin mover un músculo.

—Tienes un sentido del humor inigualable, muchacho.

—No. Simplemente, soy mejor persona que usted.

—Katja no va a heredar la fábrica. Y no te concedo su mano. Ahórrate el formalismo.

—Lo hago por ella. Porque el hombre con el que la obligó a desposarse no le tuvo ni una milésima parte del respeto y el amor que yo le tengo.

—Qué enternecedor. Pero no tienes derecho a juzgarme. Ni a mí ni a su madre. Si hubiera sabido que la golpeaba, la hubiera

arrancado de sus garras.

Roderick quiso reírse, pero se refrenó. El tiempo que Katja pasó en Inglaterra, encerrada en su hogar en Birmingham, durante el cual no pudo visitar a sus padres en una sola ocasión, habría sido una advertencia más que clara de que algo terrible sucedía en el hogar de los Bramwell. La negativa de su marido a costear su viaje a Alemania para asistir al entierro de Katja Rose, su escasa correspondencia...

Estando aún en Rothenburg, le contó que, una vez, Thomas la forzó a un ayuno de dos días de duración porque su cintura se había ensanchado tras el embarazo de Rosie. En el fondo, August era conocedor de la naturaleza del engendro al que había entregado su mayor tesoro. Que no quisiera reconocerlo era otra cosa.

—Voy a dar mi apellido a Rosalind —dijo, aguardando la reacción de su futuro suegro.

—¡Ni se te ocurra! —vociferó August, levantándose y señalándolo con el índice—. ¡La niña es *mi* nieta!

—Sé que no puedo adoptarla y convertirla en mi hija con todas las de la ley, puesto que fue reconocida por Thomas. Una lástima. Pero en la práctica, me encargaré de ser el único padre que recuerde cuando crezca.

—¡Arribista insolente! ¡No puedes quitarme mi empresa e intentas robarme a mi familia!

—No te estoy robando nada, August —aseveró Roderick, tuteándole aposta para sacudir su ego—. Ni Katja ni Rosie son posesiones de las que disponer cuando lo consideres oportuno.

Bauer volvió a sentarse. Decían que la venganza se servía en plato frío, y que el último en reír reía mejor. Echar a Roderick padre a la calle, separarlo de Katja Rose y destruir todas las pruebas de la relación de Jürgen y Mathilde no había sido suficiente. Esa peste

contagiosa transformada en seres humanos brotaba en su jardín como la mala hierba, sin ser plantada ni regada. Si Katja se casaba con aquel mequetrefe, Rosie lo querría como a un padre, añadiría su apellido a sus documentos legales, y algún día sabría lo que había hecho su abuelo.

—¿Cuánto quieres para dejarnos tranquilos? —inquirió, prácticamente sin voz.

—¿Cómo dices?

—Todos los hombres tenemos un precio. Dime cuál es el tuyo y te firmo un cheque hoy mismo.

—No estoy en venta —siseó Roderick, irritado—. No todos somos como tú, aunque entiendo que, en tu caso, careces de un alma con la que negociar con el diablo. Quédate con Sohlenkunst enterita para ti. Podrás ofrecérsela a Satanás para sobornarlo cuando cierres los ojos a esta dimensión y te halles a las puertas del averno.

August quería llorar de rabia. Chillar hasta desgañitarse. Él carecía de los arrestos de Hans para tomar ciertas precauciones. Si fuese su padre el que estuviese sentado en aquel sillón presidencial, habría descargado todo el cartucho de balas de su revólver en el pecho de ese jovenzuelo desvergonzado.

No replicó a los hirientes desaires de Roderick, y se limitó a bajar la cabeza y suspirar.

—Está invitado al enlace —prosiguió Weber, volviendo al trato formal mientras se distanciaba, alcanzando la salida—. Cuando tengamos una fecha concretada, le enviaremos el convite. Y..., señor Bauer...

—¿Y ahora qué?

Roderick se aseguró de decir las siguientes palabras mirando fijamente a los ojos de su enemigo. Las pronunció despacio, para cerciorarse de que el viejo le entendería.

—Si vuelve a agredir de cualquier forma a mi prometida..., aunque sea un solo bofetón..., le amputaré ambas manos con el primer objeto cortante que encuentre.

Kirche der Gnade^[9] había sido el templo escogido por la pareja para la ceremonia que estaba a punto de celebrarse, después de ocho meses de larga espera. En el abrazo sereno de praderas verdes y alamedas, se levantaba esta estructura resplandeciente anidada en el seno de la naturaleza, un santuario de la fe luterana, faro de piedad y bonanza en el corazón de la campiña, adornado con la elegancia eterna de la arquitectura gótica.

Rodeando la capilla, se extendía un mosaico de campos y árboles que se balanceaban suavemente, inclinados en sagrada reverencia a lo divino. En medio del murmullo de las hojas y el canto de los pájaros, los feligreses eran recibidos por la fragancia embriagadora de las flores silvestres que crecían por todo el vergel.

Oculto dentro del carruaje que la había trasladado hasta allí, Katja inspiraba y espiraba rítmicamente, buscando relajarse. Esa mañana, al salir de la iglesia de cuyos servicios dominicales tantas veces participó en su niñez, lo haría con un estado civil y apellido distintos, y ese sería el primero de muchos días futuros de plenitud junto al amor de su vida.

Desde su visita en diciembre del año anterior, Roderick había viajado a Vilbruck tres veces más. Ahora que se mudaba oficialmente con ella a Sunny Hütte, su estudio estaba en manos de Ernst, aunque la sociedad que los unía aún no se había disuelto, y Katja había mostrado su conformidad con el nuevo acuerdo, hasta que Kissinger determinara cuál sería el destino de su negocio

compartido.

—¿Cómo te encuentras? —cuestionó Annette, acomodada frente a la novia en la cabina—. Ese vestido te sienta muy bien. Weber va a echarse a llorar en cuanto te vea.

Katja repasó su atuendo con un rápido vistazo. Al ser su segundo matrimonio, el blanco quedaba descartado, por lo que había escogido un elegante satén color crema.

Su ramo, por supuesto, eran lirios, símbolos de pureza y paz. Rosalind llevaría los anillos, y la señorita Müller sería su dama de honor. La negativa de su padre a asistir no la afectaba tanto como creyó que lo haría, pero reconocía que la ausencia de Ingrid la había entristecido.

—Ahora mismo, no consigo definir mis sentimientos con palabras —declaró, fijándose en el encaje de sus guantes—. Madre no está.

—Y tú volverás a estar casada en unos minutos —le recordó su amiga—. ¿Seguro que quieres hacer esto?

—Amo a Rod —rebatía la chica, vehemente—. Sé que es un riesgo, pero es uno tomado por mí. Cuando me enteré de la historia de su enlace con Liesel, pensé que nunca podríamos estar juntos. No obstante, su separación al fin se ha validado, y tras evaluar nuestro caso, el reverendo Becker ha accedido a bendecir nuestra unión. No te convence, lo sé, pero tendrás infinitas oportunidades de tratarlo a partir de hoy. Roderick se gana el corazón de todos los que lo conocen, a excepción de mi padre. Pero eso no es culpa suya.

—Si no te trata bien, lo mataré —sentenció Annette.

Katja rio.

—Te estás volviendo muy violenta últimamente.

—No bromeo, Kat.

Se oyeron unos pasos en la grava, y las jóvenes descorrieron la cortinita, asomándose por la ventanilla del coche. Annette arqueó las

cejas al divisar a un caballero también rubio, bien vestido y con unos rasgos irresistiblemente apuestos, que se aproximaba.

Vaya. ¿Sería él algún pariente de Katja que no conocía o vendría de parte del novio?

—¿Y ese quién es? —musitó, inclinándose en el oído de su compañera, para que el desconocido no la oyera.

—Ernst Kissinger, amigo y socio de Roderick. Será el padrino y el segundo testigo en la firma del acta.

—¿El pintor?

—Hmm.

—¿Y para qué...?

No logró terminar la frase, porque Ernst las alcanzó y abrió la portezuela del vehículo.

—Señora —saludó, tocándose el ala del sombrero de copa—. Ha llegado el momento. Su futuro esposo la espera. ¿La acompaño?

—¿Vas a... llevarme al altar? —preguntó Katja, confusa.

—Si no tienes inconveniente. Roderick me ha dicho que el señor Bauer no acudirá, y...

Ernst no se había fijado en que había una segunda dama dentro, y al alzar la mirada, vio que unos curiosos y enormes ojos verdes lo escrutaban con sospecha. Katja procedió a introducirlos de inmediato.

—Ernst, te presento a la señorita Annette Müller, mi amiga de la infancia, dama de honor y...

—Primera testigo en la firma del acta —completó Kissinger.

La aludida miró al joven con condescendencia.

—Un placer, señorita Müller.

—Lo mismo digo.

El hombre ayudó a la novia a bajar por la escalerilla, y cuando le tendió la mano también a su acompañante, esta se negó.

—Puedo sola, gracias.

Annette se les adelantó, caminando unos metros por delante, arrastrando la cola de su vestido azulado por los guijarros esparcidos por el terreno.

—¿Le he caído mal o son imaginaciones mías? —preguntó él, contrariado, ofreciendo su brazo a Katja.

—Sabe que me ayudaste a tenderle la trampa a Liesel. No aprueba esta boda. No te lo tomes como algo personal, es así prácticamente con todos los hombres.

—¿Y por qué diablos ha aceptado ser uno de los testigos entonces?

—Porque no estar de acuerdo conmigo no impide que esté de mi parte y me respalde en lo que necesite —explicó ella—. Es uno de los seres humanos más íntegros que conozco. Y ya ha amenazado de muerte a Roderick por si se le ocurre convertirse en una versión más atractiva de Thomas.

Ernst hizo una mueca de desagrado que arrancó una risita jovial a la mujer. Se detuvieron en el umbral de entrada a la iglesia, y Kissinger dijo:

—Ahí detrás, impaciente por verte, está tu felicidad, apuesto por ello. Que Dios te bendiga, Katja.

Cruzaron las puertas abiertas y, mientras desfilaban por el pasillo alfombrado, ella reparó en que Ingrid estaba de pie al fondo de la sala, vestida de gala, contemplándola con lágrimas en los ojos. Le sonrió, agradeciendo su presencia. Desvió después la mirada a su prometido, y suspiró al comprobar lo guapo que estaba con aquel sobrio traje negro y el *cravat* de color granate.

Weber no le quitó la vista de encima durante todo el recorrido, y la observaba emocionado. Al llegar a su altura, Ernst se apartó y se colocó al lado de Roderick, mientras Annette ocupaba su puesto

junto a Katja.

Los invitados que acudieron a la ceremonia eran apenas una veintena de personas entre conocidos, amigos y familia. Una celebración sencilla e íntima, tal y como ambos habían deseado desde el comienzo. Tras el discurso de bienvenida del reverendo Becker, cantaron algunos himnos y luego procedieron a la lectura bíblica (seguida de un breve sermón) y a la pronunciación de los votos.

Obedeciendo a la señal de la dama de honor, Rosalind se acercó con el cojín que contenía las alianzas, y Katja retuvo las lágrimas, conmovida, cuando Roderick se inclinó y, tomando la alhaja, acarició la mejilla de la niña y le guiñó un ojo. Le introdujo el anillo en el dedo, besó el dorso de su mano, y la joven imitó su gesto. El pastor entonces hizo una oración bendiciendo a la pareja y los despidió en paz, no sin antes darle permiso al novio para besar a su ahora recién declarada esposa.

Firmaron los documentos dispuestos en una mesa lateral y abandonaron *Kirche der Gnade* entre aplausos y felicitaciones. El fotógrafo immortalizó el momento con una imagen en la que los novios, junto con todos los convidados y el reverendo Becker, posaron en los jardines traseros del templo de piedra. Entonces se dirigieron en una procesión de carruajes a Sunny Hütte para disfrutar de un modesto banquete al aire libre, aprovechando el cielo despejado de aquella preciosa mañana de agosto, y contando con un cuarteto de cuerdas que, según comentó Rosie más tarde, le recordaron al cuento *Los músicos de Bremen*.

Ingrid permaneció al margen la mayor parte del tiempo en el que los recién casados se mantuvieron entretenidos con los comensales, pero antes de marcharse, se acercó a ellos y besó a ambos, deseándoles lo mejor.

—Gracias por tu respaldo, madre —dijo Katja, sin soltar su mano—. Probablemente tu elección te traerá problemas.

—Llevo muchos años lidiando con el arduo carácter de August —enunció la matriarca, mirando a Roderick—. No haber podido salirse con la suya es una gran lección de humildad para él.

—No represento una amenaza, se lo aseguro, señora Bauer —terció Weber.

—La amenaza éramos nosotros, querido. Lo que se le hizo a tu padre y a tus abuelos fue una injusticia sin parangón. No llegué a conocer a Mathilde, pero estoy segura de que era una buena mujer.

Roderick sonrió a su suegra, reconfortado.

—Sohlenkunst continuará en posesión de los Bauer.

—No para siempre —lo corrigió Ingrid—. No tenemos ningún heredero varón que se haga cargo de la fábrica cuando hayamos partido con el Creador. Los afluentes de un río siempre seguirán su curso natural, no importa cuántas presas y desvíos construyamos a su alrededor para amoldarlo a nuestra voluntad. Eres la única opción de mi marido, Roderick. Eso, o vender la empresa a cualquier extraño que podría acabar con ella. Puede tardar años en admitirlo, pero lo hará. Sed felices, hijos míos.

La señora Bauer volvió a besar a su pequeña, esta vez en la frente, se despidió de su yerno y partió en un faetón propiedad de su esposo. Entonces Roderick, que llevaba ya unos minutos observando a dos invitados muy concretos, dijo a su mujer:

—Me parece que la señorita Müller y Ernst no han hecho buenas migas. Míralos. Ella se mantiene más tiesa que un poste mientras bailan.

Katja, que estudiaba con esmero los movimientos corporales de su amiga, emitió una risita traviesa.

—No han empezado con buen pie, no. Annie aún no se fía de ti

del todo, y creo que Kissinger se ha tomado su cautela como una ofensa.

—No me digas. Mi socio actuando como una gallina clueca. Qué raro.

—Te quiere mucho —señaló la chica, abrazando a Weber por la cintura—. Y a él le debes que tú y yo hayamos pasado por el altar. ¿Recuerdas cuando me echaste de tu taller como a una ladrona al averiguar quién era y a qué fui al apartamento?

—¿Vas a seguir recriminándome por mi estupidez por el resto de mi vida? —se quejó él—. Y sí, Ernst me obligó a leer las cartas de Katja Rose, pero quien fue al Obelisk a arrastrarse fui yo. Y no me lo pusiste fácil.

—No merecías ni una gota de mi simpatía.

Weber le dio un pellizco disimulado en el trasero a su esposa.

—Me importa un bledo que me detestes, siempre y cuando nunca me cierres las puertas de tu alcoba —se mofó, juguetón—. Ese vestido que llevas es fabuloso, pero ya sé cómo luces cuando estás desnuda, y te prefiero sin ropa.

—¡Señor Weber, compórtese! —protestó Katja—. Sea un buen anfitrión, y le prometo que discutiremos lo de sus gustos en moda femenina más tarde, en la soledad de nuestro dormitorio.

Roderick no replicó, expectante ante la promesa implícita de su compañera de una inminente, excitante e inolvidable noche de bodas. Se dejó guiar por ella a la zona del jardín que se había habilitado para el baile, y se unieron a la corriente humana que se mecía al compás del vals que había empezado a sonar, obra del caballero al que había conocido en la exposición de Würzburg: Richard Strauss.

Para cuando la melodía finalizó, Annette y Ernst habían desaparecido. Impulsados por su animadversión mutua, la dama de

honor y el padrino seguramente estarían tomando ponche lo más alejados el uno del otro, haciendo lo posible por evitarse. Conociendo las tendencias pendencieras de Kissinger, Roderick sospechaba que él le habría hecho algún comentario fuera de lugar a la señorita Müller, ganándose después una réplica cáustica que le habría escocido en lo más profundo de su orgullo.

Algunas horas más tarde, cuando los invitados ya se habían marchado y la fiesta había concluido, los Weber se retiraron a descansar, pues a la mañana siguiente partirían temprano a Suiza a pasar su luna de miel en los Alpes. Roderick pidió a Mielke que le preparara el baño en su habitación; y entretanto su esposa se cambiaba, él se desvistió y se metió en la tina, suspirando de alivio en cuanto sus tobillos entraron en contacto con el agua tibia.

Usando una esponja y un jabón de sándalo y cítricos, se aseó de la cabeza a los pies, y apoyó la nuca en el borde de la bañera, contemplando los patrones de las molduras del techo. Cerró los párpados y dormitó por unos minutos, hasta que, notando un ligero toque en su melena húmeda, abrió los ojos. Katja había entrado en la alcoba, e iba ataviada con un batín de lino blanco.

—¿He interrumpido tus dulces sueños?

—Soñaba contigo, así que no me incomoda que me despiertes. La protagonista de mis fantasías sigue siendo la misma, solo que ahora la puedo tocar en la vida real.

La joven sonrió, levemente ruborizada.

—¿Annette se ha llevado a Rosie a casa de tus padres?

—Sí, aunque me ha pedido permiso para hacer una excursión a la costa norte —informó ella—. ¿Estás conforme?

—Lo que decidas está bien —comentó él—. Me alegro de que nuestra niña disfrute un poco en nuestra ausencia. Así se le quitará el enfado por no haber podido acompañarnos a Suiza.

—Le hacía ilusión ir más por ti que por mí —puntualizó ella—. Con todo lo que la consientes, acabará queriéndote el doble.

—Eso es imposible —dijo Weber, tirando de su brazo—. Si tengo que competir contigo por los afectos de cualquier persona, tú siempre saldrás ganando.

Katja apartó la mano y desató el cinturón de su bata. Cuando Roderick se percató de lo que su mujer llevaba debajo del albornoz, se le cortó el aliento. La camisola era tan fina que su desnudez se notaba a la perfección, y sus marcadas curvas creaban bajo la tela un juego de luces y sombras que encendieron todos sus sentidos, haciéndolo arder.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó ella.

—¿Qué te he hecho yo para que me tortures así? —gimió su esposo—. Espera al menos a que termine mi baño y me acicale como debe ser antes de abalanzarte sobre mí como una tigresa hambrienta.

—No pensaba abalanzarme. Ante todo, soy una dama —protestó Katja, mordiendo sus labios.

Roderick se levantó como un resorte y la tomó en brazos. Ella fingió resistirse, sacudiendo las piernas y riendo a carcajadas. Aquel arrebató sería el punto de partida de una grandiosa noche que culminaría sobre el lecho que tenían a apenas unos metros, y por supuesto, el prólogo de la historia que, partiendo de ese instante, escribirían a dos manos por el resto de sus vidas.

Epílogo

París, julio de 1908

La capital francesa hervía bajo la luz de la tarde, y en las aceras de Montmartre se mezclaban los perfumes de los cafés con el olor acre del óleo y el barniz fresco. Los músicos improvisaban vales en las esquinas, y desde la ventana del hotel, Roderick observaba el espectáculo.

—París no duerme —dijo, apartándose del cristal con una sonrisa—. Ni deja dormir a nadie.

Katja, reclinada sobre el diván, levantó la vista del bordado que tenía entre las manos y se acarició el abultado vientre.

—¿Ha ido bien la reunión con el galerista? —preguntó.

—Sí, bastante. Quiere incluir dos de mis paisajes en la exposición colectiva del mes próximo. Pero lo más curioso ha sido el joven que me presentó después —respondió Roderick, pensativo—. Un pintor español. Vive aquí, en Montmartre.

—¿Y qué tiene de curioso?

—Todo. Su manera de mirar las cosas, de hablar del arte, de la forma, del color... Dibuja los cuerpos como si los deshiciera y los volviera a armar desde distintos puntos de vista. Dice que la realidad

no tiene un solo rostro.

—¿Y tú qué piensas?

—Su obra no busca agradar, sino sacudir. Me ha invitado mañana a su estudio, en el Bateau- Lavoir. Quiere mi opinión antes de mostrar su cuadro a Braque.

—¿Irás?

—Por supuesto. Quiero entender cómo piensa. Lo que está haciendo... es algo que aún no sé si admiro o si temo. Si tiene razón, la pintura no volverá a ser la misma. Algunos lo acusan de destruir la belleza. Otros aseguran que está reinventándola.

—¿Cómo se llama ese artista?

—Pablo Picasso. Apenas tiene veintiséis años, pero habla como si hubiera vivido siglos. Creo que el mundo empezará a verlo pronto con otros ojos.

—Eso suena peligroso.

—Tal vez lo sea —admitió él—. Esto podría ser el principio de un nuevo movimiento. Un lenguaje. Quizá incluso una revolución.

Roderick se acercó al diván. Se arrodilló junto a Katja y, con gesto reverente, apoyó la palma sobre su abdomen. Sintió, bajo la suavidad de la tela, un leve movimiento.

—Cada vez que lo toco me da una patada. Nos va a salir con carácter este bebé.

—Espero que no herede tu terquedad. No sé si el planeta resistiría a dos como tú.

Roderick dejó escapar una risita.

—Le he contado a mi padre que volverá a ser abuelo.

—¿Y no ha soltado maldiciones y conjuros contra nuestra descendencia? Vaya, el viejo Bauer se va ablandando poco a poco.

Katja le dio un manotazo y se cruzó de brazos.

—Por lo menos ya no se dirige a ti con apodos peyorativos.

Vamos avanzando. Por cierto... ¿Qué sabes de Ernst?

—Me escribió hace unas semanas —contestó Roderick—. Está en Egipto, explorando tumbas y bocetando relieves antiguos. Dice que el calor lo vuelve loco, pero que las sombras del desierto le enseñan más sobre la luz que cualquier maestro de Europa.

—Qué pena que vaya a perderse la boda de Annette, si es que el señor Müller logra su propósito y la casa con alguno de los burgueses que ha respondido a su anuncio.

Roderick se sentó a sus pies, y suspiró, dubitativo. Conociendo a Annette, antes preferiría que la quemaran viva a acceder a desposarse con un mequetrefe que no supiera distinguir un libro de contabilidad de un poema.

—Annie siempre encuentra la forma de salirse con la suya —sostuvo Katja—. Aunque a veces haga falta un pequeño milagro.

—O una pequeña conspiración —replicó él, arqueando una ceja—. Con algo de suerte, conseguimos que Ernst adelante su regreso, la rapte y la salve de tener que acatar la orden de su padre.

Katja se mordió el labio inferior, divertida.

—¿Un secuestro romántico en el desierto? ¡Qué idea más descabellada!

—No necesariamente en el desierto. Podría esperarla en la estación de tren, aparecer cubierto de polvo del Sinaí y con un ramo de flores marchitas. Annette se desmayaría en el acto, no sé si de asco o de felicidad.

La joven se echó a reír.

—Confieso que he llegado a fantasear con verlos así, a los dos: Ernst, con su aire de héroe distraído; y Annette, con su temperamento imposible. Serían un desastre..., pero un desastre precioso.

—Como todos los amores que merecen la pena —dijo Roderick,

guiñándole un ojo.

Una ráfaga de aire entró por la ventana, trayendo el sonido de un organillo y el murmullo de los álamos del bulevar. Katja se incorporó un poco, buscando la mano de Roderick.

—¿Sabes? Creo que nuestro bomboncito va a crecer en un mundo distinto del que conocimos.

—Eso espero —contestó él, apretándole los dedos—. Si todo sale bien, lo hará entre lienzos nuevos, entre ideas que aún no tienen nombre. Quizá un día pinte algo que ni Picasso se atreva a imaginar.

Roderick se inclinó para besarla. Afuera, el sol se hundía tras los tejados de zinc y la ciudad seguía despierta, como si el panorama estuviera a punto de reinventarse —otra vez—, pincelada a pincelada.

—Entonces, que venga pronto. No querrá perderse el comienzo de la revolución.

Agradecimientos

A mi familia, por su amor y apoyo constante, que me da la fuerza para seguir adelante incluso en los momentos más complicados. A mis amigos, por sus risas, comprensión y por ser mi refugio cuando las palabras no fluían. A mis lectores, por su confianza y por acompañarme en este viaje, dándole vida a cada página.

A Lola, mi editora, por creer en esta historia; y a Laura, por ayudarme a pulir el manuscrito y hacerlo brillar un poquito más.

Y, por último, a los personajes que habitan este libro, por enseñarme más de lo que imaginé. Sin ellos, no habría historia que contar.

Donde la venganza y el deseo se entrelazan, el arte se vuelve pecado y el amor... condena.



Alemania, 1905

Tras la muerte de su esposo, **Katja Bramwell** regresa con su **hija Rosalind** a la **Baja Sajonia** para recomenzar su vida en la **tierra de sus antepasados**. Allí la aguarda una herencia inesperada: **Sunny Hütte**, la casa donde su enigmática tía pasó sus últimos años recluida, lejos del mundo y de su familia.

Entre viejos papeles y recuerdos cubiertos de polvo, la joven descubrirá un puñado de cartas testigos de un amor quebrado por la traición y aún latente en su linaje. ¿Qué llevó a aquella mujer —que

la amó como a una hija— a encerrarse en el silencio? **¿Qué tragedia se esconde tras sus palabras?**

Decidida a desenterrar verdades que jamás debieron ver la luz, Katja se verá arrastrada a un oscuro juego de secretos y deseos prohibidos, **marcados por la aparición de un artista de intenciones veladas que trastocará su vida y podrá en riesgo mucho más que su corazón.**

Miranda Kellaway nació en Brasil y vivió varios años en España. Bibliófila desde la infancia, escribió su primer relato corto a los nueve años.

Admiradora ferviente de la literatura clásica, siente pasión por el jazz, el siglo XIX y las películas de Hitchcock. Disfruta leyendo novelas de misterio y romances góticos, y entre sus autores favoritos se encuentran Stefan Zweig, Charles Dickens, Agatha Christie, Wilkie Collins y las hermanas Brontë.

Su obra ha sido traducida a varios idiomas, entre ellos francés, italiano e inglés. Es autora de ocho novelas y actualmente reside en el Reino Unido con su familia.



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Edición en formato digital: febrero de 2026

© 2026, Miranda Kellaway

© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart
Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10441-95-8

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial

   Penguinlibros

- [1] Pan de centeno típico de Alemania.
- [2] Licor alemán elaborado a partir de la destilación de cerezas fermentadas.
- [3] Creado en 1818, es el cuadro más famoso del pintor Caspar David Friedrich, y una de las obras más conocidas y representativas del romanticismo alemán.
- [4] Otto Jaekel (1863-1929) fue un destacado paleontólogo alemán especializado en reptiles fósiles del Mesozoico, reconocido por sus contribuciones a la comprensión de la fauna prehistórica europea. Fue profesor y director de museos de historia natural, impulsando la educación científica pública.
- [5] Festival instaurado en 1810 con motivo de la boda del príncipe heredero Luis de Baviera. Se celebraba cada año en Múnich entre septiembre y octubre, como una festividad tradicional marcada por la música, la cerveza y la participación multitudinaria.
- [6] Fracción del marco alemán, equivalente a los peniques ingleses, o a los centavos americanos.
- [7] Trato formal para dirigirse a la nobleza alemana. En este caso, la frase significa «señor conde von Sachsen». *Graf* se usa solo para los condes.
- [8] Festividad cristiana celebrada el 6 de enero en Alemania, especialmente en Baviera y el sur del país, en conmemoración de la visita de los Reyes Magos al Niño Jesús. Ese día, grupos de niños bendicen las casas escribiendo con tiza las iniciales *CMB* (iniciales de los nombres latinos de los Reyes Magos: Caspar, Melchor, Baltasar; y también la abreviatura de la frase latina *Christus mansionem benedicat*, que significa «Cristo bendiga esta casa») sobre las puertas y recogen donativos para la iglesia

o fines benéficos.

[9] «Iglesia de la Gracia» en alemán.

Índice

El lienzo de tus sueños

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Epílogo

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Miranda Kellaway

Créditos

Notas